ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCION DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

AÑO XLVII - II EPOCA | OCTUBRE-DICIEMBRE 1971 | VOL. LI - NUM. 226

MELIMÉ

20 y 100 comprimidos

Tranquilizante-Antidepresivo

composición:

Clorodiacepóxido clorhidrato	10 mg.
Amitriptilina clorhidrató	10 mg.
Metilbromuro de homatropina	2 mg.
Excipiente c.s.p.	1 comprimido

posología:

Como dosis medias, 1 ó 2 comprimidos al día, siempre bajo control médico, ingeridos de preferencia a la hora de las comidas.

Laboratorio Emyfar, S. L.

Unificación, 22-24. HOSPITALET DE LLOBREGAT

telfs. 240 43 01 - 240 43 02 (Barcelona)

ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCION DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

Año XLVII - II Epoca | OCTUBRE - DICIEMBRE 1971 | Vol. LI - Núm. 226

DEPOSITO LEGAL B. 1842 - 1959

PUBLICACION TRIMESTRAL

REDACCION:

Carmen, 47 - BARCELONA-1

ADMINISTRACION:

Berlín, 42 — BARCELONA-15 — Tel. *321 72 00

PUBLICIDAD: ESMON

Vía Layetana, 177 — BARCELONA-9 — Tel. 215 35 31

IMPRESO EN INDUSTRIAS GRAFICAS FERRER COLL PJE. SOLSONA, s/n. (Sans-Bordeta) Barcelona-14

ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA se publican trimestralmente, bajo la dirección de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Reúne trabajos originales de los que fueron explanados en las Sesiones científicas de la Academia y otros de colaboración libre.

Todos los facultativos sanitarios pueden aportar trabajos originales, a condición de que sean inéditos, no resulten demasiado extensos y tengan —de estimarse preciso— un número limitado de cuadros sinópticos y de ilustraciones.

Solicita con empeño la Redacción que se presenten transcritos a máquina, claramente y con interlíneas. Los gráficos, dibujos, fotografías, etc., han de permitir siempre una fácil reproducción de los mismos.

Todas las referencias bibliográficas deben ajustarse a las normas más en uso.

Secretaría manifiesta que recurrirá al derecho, natural, de modificar la distribución de materias, sin alterarlas substancialmente, para una mejor edición de la publicación.

Un exceso de ilustraciones y de páginas podría ser objeto de un resarcimiento económico, que trataría directamente la Administración con el autor o autores de los trabajos.

Se prevé que haya, también, una Sección dedicada a Crítica de Libros.

Cabe establecer, siempre, un intercambio con las demás revistas nacionales y extranjeras que lo deseen.

Ni la Real Academia de Medicina de Barcelona, ni la Secretaría de Redacción, convalidan las opiniones sustentadas por los autores de los trabajos.

La Administración obsequia a los autores de trabajos originales con un lote de 100 «separatas».

Se edita, independientemente, un **BOLETIN INFORMATIVO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA**, en el que figura la crónica detallada de las actividades de la Corporación.

Rimactán®

rifampicina

CIBA

Antibiótico de amplio espectro, eficacísimo por vía oral que no presenta resistencias cruzadas con otros antibióticos.

En las infecciones
broncopulmonares,
hepatobiliares,
óticas,
cutáneas.
En la gonococia.
En la tuberculosis.

Comprimidos laqueados de 300 mg.
Frascos con 6 y 12

Suspensión al 2 °/₀ para niños.
Frasco con 60 c. c.

ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA

SUMARIO

NUMERO 226 - OCTUBRE-DICIEMBRE 1971

PECTOLMIN ANTITERMICO

Eficaz descenso de la temperatura

Adultos - Niños

FRUMTOST, S. A.

ESTUDIO DE UN ANTEPROYECTO DE FUNDACION UNIVERSITARIA AGUSTIN PEDRO PONS

Consideraciones sobre la «Fundación Universitaria Agustín Pedro Pons» creada por legado testamentario del fundador

I

PEDRO DOMINGO SANJUAN
(Albacea testamentario, representante de la Real Academia de Medicina de Barcelona)

No es fácil expresar en un testamento ciertas ideas o mandatos referentes a fundaciones de tipo social dadas las variables imprevisibles correspondientes a tiempo y espacio, sociedad y progreso...

Agustín Pedro Pons, nuestro entrañable amigo y compañero, primero de estudios y últimamente de labores académicas, al acabar su período correspondiente a la licenciatura médica en la ciudad de Barcelona, entrelazó con su padre las siguientes palabras:

—Ahora, hijo, gracias a Dios que ha permitido tantos esfuerzos, ¡ya eres médico y puedes ejercer tu profesión!

Pero, con gran asombro por su parte, el padre no oyó en respuesta las palabras de agradecimiento y alegría que esperaba, sino, más o menos, éstas otras:

—Sí; aquí está el documento que me acredita Licenciado en Medicina y Cirugía. Pero por mi parte no creo que este documento sirva para mucho más que para comprender mejor la Medicina que he de aprender y que es ahora cuando he de comenzar a estudiar. Considero que he aprendido mucha medicina de ayer y poca medicina de hoy. He aceptado como buenos a todos los profesores que la Facultad de Medicina de Barcelona ha puesto a mi servicio. Pero, por no ser ellos suficientemente buenos, o no ser yo adecuadamente listo, aquellos saberes no anclaron todos en mí, como debían hacerlo, pero sí bastante para hacerme comprender que los enfermos necesitan médicos completos, enteros, que puedan comprender sus dolencias, y que yo, por mi parte, antes de comenzar a ver enfermos, con plena responsabilidad en mi labor profesional,

(*) Sesión celebrada, en forma de Coloquio, el día 26-X-71.

he de llenar aún muchos huecos que están ausentes de saber; asistir, en otros lugares del mundo, a cursos desarrollados por maestros de positivo valer...

—¿Estás hablando de irte a estudiar fuera de Barcelona? —le interrumpió el padre.

—Sí —respondió Agustín.

—Pues, sintiéndolo mucho, debo decirte —insistió el padre— que la posición modesta en que vivimos, en la que, acumulando esfuerzos y multiplicando economías hemos podido evitarte trabajos retribuidos y pagar matrículas y libros, no nos llega para viajes y estancias en el extranjero. En nuestra casa, que es la tuya, encontrarás siempre una cama donde dormir y una mesa con alimento que comer... y aun un espacio donde encerrarte a estudiar; pero, poco más. Sigue estudiando todo el tiempo que quieras, pero aquí, en Barcelona... Y no se hable más del asunto.

Y aquí siguió, en Barcelona, aprendiendo del profesor Ferrer y Solervicens todas las muchas elementalidades que su más querido maestro pudo darle, y de los otros maestros de la época, todo lo que fue la medicina de aquel tiempo. Incluso, pasados unos años, se matriculó y asistió a uno de los cursos que patrocinados por Maestro Turró se daban en el Laboratorio Municipal, y allí aprendió Inmunología y Bacteriología, curso en el que yo, técnico ya de aquella casa, colaboraba con el mayor entusiasmo.

Cuando se presentó la oportunidad, hizo oposiciones a Cátedra, al principio sin suerte y más tarde, muy joven aún, obteniendo en dura lucha la Cátedra de la Facultad de Medicina de Barcelona.

Desde su sillón de la Cátedra veía a los muchachos salir de la Facultad, ya Licenciados en Medicina y Cirugía, pero no muy diferentes a como él se encontraba al recibir su propia Licenciatura; deficitarios de no pocos saberes indispensables a una elevada moral médica.

Colaboró cuanto pudo a los esfuerzos que en distintas épocas se realizaron para transformar al catedrático en maestro y el estudio memorístico en otro, contentor de rabiosa objetividad. Pero, como que en aquel desborde de necesidades la relación entre el número de estudiantes y el de profesores ayudantes era siempre deficitario, contemplaba al estudiante que, desconociendo en qué consistían aquellos déficits, salía de la Facultad sin saber cuál era el nuevo orden por el que debía luchar. Como signo positivo quedaba el libro; los libros llegados de todas partes del mundo, realizados por los hombres que marcaban los buenos caminos. Y como sima, como profundo y dantesco abismo, la inutilidad del esfuerzo que, sin maestros, aun queriéndolo, no podía llevar a buen término.

Toda la vida, con tal barrinillo en su mente dio perfiles a su Institución. Pero perfiles que, ni él mismo podía precisar. De su propia vida olvidó hogar e hijos esperanzadores, quedando sus ahorros para aquella institución que permitiera al ansioso estudiante

del mañana llegar al corazón de los buenos maestros; a los hogares del saber en los cuales se deseaba, no únicamente apreciar y utilizar el progreso, sino también contribuir al mismo para no ser únicamente consumidores sino también creadores. Ir allí adonde el martillear de la forja científica fuera una vibrante melodía, un cautivante estímulo...

Rememoro lo señalado por cuanto lo considero básico para los que ahora, sin claras directrices, hemos de procurar interpretar lo que en el testamento no está dicho ni escrito: el sentir, el emocionado pensar del doctor Pedro Pons, el cual, consignando en su testamento del año 1960 una Fundación Universitaria que remediara muchos baches universitarios, lo dejó pasar más de diez años en inactivo reposo, sin remozarlo, mientras el mundo, nuestro mundo, iba siguiendo su tambaleante marcha, y los fallos se definían más claramente.

Dice la Cláusula Séptima del testamento que comentamos: "Instituyo heredero universal a la Fundación Universitaria Pedro Pons, que por el presente testamento fundo, creo y doto, debiendo efectuar los albaceas todos los actos necesarios para la organización de esta Fundación para su regulación y ordenamiento, *si no lo hubiera hecho yo en vida...*" ¡Si no lo hubiera hecho él en vida...! Tal es el nudo de la cuestión. Pues, por desgracia no lo hizo en vida, a pesar de que algunas circunstancias importantes debieran haberlo alertado y borrar así de su mente el camino plagado de interrogantes excesivos que hoy tenemos entre manos.

Tales alertas debían ser: en primer término, sus precordialgias, las cuales hacía desaparecer llevando a sus labios, discretamente, un comprimido constituido por un vasodilatador coronario. Algo que él sabía bien que le advertía de su amenaza mortal y le aliviaba, pero que no le curaba de su afección principal. De muy distinto orden, pero igualmente alertadora, era la opinión que los notarios tenían sobre las dificultades con que ellos tropezaban al poner en marcha una Fundación del orden de la que él tenía ya creada y engavetada. "Quienes estén dispuestos a dejar su dinero para crear una Fundación de alcances sociales, que hagan todo lo posible para ponerla en marcha desde el mismo momento en que la idea asome a su mente, sin esperar a que la muerte simplifique, en ningún sentido, sus buenas intenciones".

Agustín Pedro Pons respondió con su Fundación al tajante ¡no! que cercenó, en el momento más oportuno de su vida su contacto directo con los grandes maestros internacionales de la Medicina; al ¡no! paterno, obligado pero cruel; y lo hizo, multiplicando las lecturas y adorando al libro a cuya instalación dio en su casa caracteres de monumentalidad. Había multiplicado su esfuerzo, con un distinguidísimo grupo de colaboradores, para lograr la edición de su gran "Tratado de Patología y Clínica Médica", realizada, un poco, para responder así a su padre: —Mira, sin grandes maestros,

para ser un buen médico hay que haberse leído, entendido, humanizado y transcrito todo eso... Y, aun así, faltará la hondura, la matización, la jerarquización que da a lo sabido el debido color, por no haberlo podido recorrer de la mano de verdaderos guías que nos conviertan de *personas cultas en medicina,* en *hombres-médicos.*

El doctor Agustín Pedro Pons estaba tan convencido de la complejidad de su Fundación que, aun con la idea de profundizar en su testamento no lo hace, en durante más de diez años. Ahora hemos de buscar en el caudal de hechos que jalonaron su existencia, qué cosa quería decir Fundación Universitaria, creada, a primera vista, sólo para dar posibilidades a los profesionales barceloneses que quieran recorrer otros centros de estudios o alcanzar otros meridianos de interés médico. Pero, como universitarios, no podemos dejar de preguntarnos qué soluciones podemos dar, *distintas a la de desaprobar a los alumnos,* al problema del mal profesor, de los males medios, en general, de las malas enseñanzas.

La designación de Institución Universitaria, si la planteamos a plena sinceridad, pues entendemos que para otorgar unas becas de estudio, simplemente, no es necesario movilizar a tantos Decanos y al agobiado de problemas trascendentes, Rector de la Universidad. En nuestro pensamiento un legado como el que estamos estudiando, no alcanza solamente a las particularidades de algún estudiante distinguido, sino, también a la generalidad, para remediar los fallos importantes de un determinado sistema.

Las instituciones excesivamente complejas, o bien se eternizan en las fases previas a su normalización o su ejecución cae sobre personas excesivamente ocupadas en sus propios y preocupantes asuntos. Pensamos en que la creación y puesta en marcha de un centro de investigaciones médicas del tipo del Instituto Rockefeller debe necesitar más de una vida dedicada en exclusividad a su ordenación científica y administrativa. Que el injerto al Patronato de Lucha antituberculosa de una institución diferente en sus objetivos a los por el tal Patronato ya programados no debe ser obra fácil, sobre todo si la evolución de la propia lucha antituberculosa ha logrado nuevos niveles más efectivos con necesidades acuciantes de un orden muy diferente al que un día constituyó la preocupación de un espléndido donador.

El propio doctor Agustín Pedro Pons, que en su momento piensa en la utilidad de las bolsas de estudio, no encuentra, en más de diez años de haberlas constituido testamentariamente, una forma de hacerlas prácticamente eficaces, dejándolas a la voluntad, ciencia o capricho de los miembros de un Patronato, después de haber oído decir a los notarios, en reuniones habidas en el Colegio de Notarios y en la propia Real Academia de Medicina, lo siguiente:

"El que tenga una idea de bien común y desee posibilitarla económicamente, que comience él mismo, por

posibilitarla materializándola con su preocupación y trabajo. No es suficiente tener la idea y el dinero suficiente para llevarla adelante, se necesitan colaboradores, buscar entre muchos caminos el que sea más práctico para sembrar la mejor semilla en el más fértil terreno cuidando con amor su desarrollo". De nuestras conversaciones con abogados y notarios la conclusión a que llegamos fue ésta: No esperar a morirse para dejar libre un dinero destinado, en una forma vaga o concreta a nutrir una idea, por muy altruista y genial que ella sea. Se ha de poner en marcha el primer equipo y con él colaborar sintiendo en la propia carne sus primeras alegrías y desazones. Nuestro platicar con los juristas no le sirvió a Pedro Pons para cumplir lo que insistentemente, machaconamente, se dijo en aquellas jornadas anteriores en unos años a su muerte, cuando su testamento estaba ya registrado: Lo que quieras hacer comiénzalo en vida; siembra tu semilla con tus propias manos para que tu siembra sea eso: siembra, y no entierro.

Pero nuestro querido amigo, que amaba más el ejercicio de la profesión médica, el estudio de la medicina y de sus problemas que adentrarse en el enmarañado bosque administrativo de una Fundación, por muy médica que fuera, no hizo gran caso de las advertencias notariales y un aciago día nos sorprendió con el terrible hachazo de su muerte, y unos meses más tarde, con un testamento cargado de dificultades y de buenísimas intenciones. Las sabias luces de abogados y notarios no habían servido para alumbrar su más útil acción. Reza así el testamento:

"Becas para estudios post-universitarios a favor de licenciados procedentes de la Universidad de Barcelona, en sus Facultades...", etc. Interpretamos, dadas las condiciones universitarias correspondientes a la hora de ejecutar el testamento, diferentes a las del momento en que se redactó, que donde dice Universidad debe leerse Universidades de Barcelona, y con la misma pluralidad las distintas Facultades de Medicina, Farmacia y Ciencias, quedando en igual forma los otros beneficiarios.

Por nuestra parte, interpretamos que cuando se convoquen los concursos para Becas de estudio para profesionales del distrito universitario de Barcelona deben redactarse los anuncios en la siguiente forma: Becas de estudio para profesionales del distrito universitario de Barcelona procedentes de las Facultades de Medicina, Farmacia, etc., sin precisar otras condicionales.

II

Dr. L. TRIAS DE BES
(Académico Numerario)

El fallecimiento de este gran maestro de la Medicina hispánica y figura señera de la ciencia médica barcelonesa ha tenido un generoso epílogo en el legado testamentario con que el ilustre extinto ha rendido un homenaje

póstumo a la ciudad donde forjó su alta personalidad científica.

La donación que en su día se titulará FUNDACION AGUSTIN PEDRO Y PONS tiene una amplia proyección cultural, dado que sus objetivos no son exclusivamente médicos, sino de marcado signo humanístico en variada acepción. Es importante señalar esta circunstancia para una más exacta comprensión de las dimensiones de este legado que al igual de otros casos análogos será de delicada y lenta ejecución.

Nuestro Presidente, doctor Pedro Domingo, en su cometido de albacea testamentario representante de la Real Academia de Medicina ha apuntado con clarividente criterio el real alcance de la futura Fundación señalando sus obligadas limitaciones, hijas de la propia naturaleza del legado y de la pluralidad de sus objetivos.

Por nuestra parte, y con el mejor deseo de autentizar en lo posible el proceso lento y desde luego arduo que ha de sustanciar la "Fundación", señalaré las fundamentales etapas a seguir. Con ello, pretendo mitigar las impaciencias de muchos y las incomprensiones de aquellos que desconocen la complicada y calmosa tramitación de esta modalidad de donaciones testamentarias.

Existe, pues, un obligado proceso jurídico-administrativo que debe recorrerse sin impertinentes apresuramientos y de acuerdo con dos fases bien definidas, a saber: una Fase Fundacional y otra de Patronazgo:

* * *

ETAPA FUNDACIONAL

Esta primera etapa representa el hito del que arranca la puesta en marcha de la "Fundación" de acuerdo con las disposiciones del testador.

Esta inicial actividad creadora corresponde integralmente a los albaceas específicamente designados en el testamento, es decir, a las Corporaciones u organismos que han de asumir el cometido cultural expresado en la voluntad del testador.

Ahora bien, tales entidades delegarán su legítima representación en uno de sus miembros que por sus condiciones de capacidad y tiempo pueda ejercer el cargo de albacea en la *función básica de estructurar la fundación.* Según consta en el testamento, estas entidades son: La Universidad de Barcelona, representada por su Excmo. Señor Rector; la Real Academia, por su Presidente; las Facultades de Medicina, Ciencias Naturales, Farmacia y Filosofía, representadas por sus respectivos Decanos; y el Conservatorio del Liceo de canto y Escuela Municipal de Música, por sus Directores. Es de suponer que al referirse a la Facultad de Medicina se alude concretamente a la antigua Facultad, donde desarrolló el doctor Pedro y Pons su función profesoral, con tanto más motivo si se considera que la fecha de su testamento es muy anterior (año 1960) a la creación de la Universidad Autónoma.

Serán tareas primarias y esenciales de los albaceas fundacionales:

A) *Notificar al Ministerio de Educación y Ciencia su constitución* y obtener el indispensable refrendo oficial para la ejecución del legado.

B) *Realizar una completa revisión e inventario de los bienes* que deberán constituir la efectiva base económica sobre la cual se desarrollará la Fundación.

C) *Redacción de los ESTATUTOS FUNDACIONALES, en los que se articulará su funcionamiento y se consignará la constitución de un PATRONATO,* que habrá de ejecutar, regular y administrar las finalidades y bienes de la "Fundación" de acuerdo con sus directrices fundacionales.

D) Elevación ulterior a la superior Autoridad administrativa provincial (Gobierno Civil) la pertinente solicitud para el funcionamiento de la "Fundación" y su ulterior aprobación estatal por el Ministerio de Educación y Ciencia.

* * *

PATRONATO

El Patronato será el efectivo órgano de gestión de los objetivos fundacionales y asegurará su continuidad y perfeccionamiento, canalizando sus actividades y su sostenimiento económico.

La primera e importantísima misión del Patronato ha de ser necesariamente el estudio y redacción de su REGLAMENTO INTERIOR, que regulará su funcionamiento plenamente concordante con los Estatutos de la "Fundación".

No es éste el momento adecuado para exponer y discutir el texto del futuro Reglamento, cuyo articulado estructural incumbe plenamente a las personas que integrarán el PATRONATO, pero preveo determinados aspectos que en primaria visión deberán estimarse como fundamentales.

Una de ellas es la propia constitución del Patronato, cuyos componentes deben ser necesariamente designados directamente por la "Fundación".

Ahora bien, ¿los nombramientos de "patronos" serán renovables o inamovibles?, y, en el primer caso, ¿cuál será la duración de su mandato sin perjuicio de que pueda ser reelegido?

La composición del Patronato habrá de representar naturalmente a las entidades o corporaciones beneficiarias del legado en cuestión. Es igualmente forzosa la designación de un Presidente, Secretario y Tesorero-contador que en función de Comité ejecutivo darán permanente vivencia a los fines de la "Fundación".

Tiene excepcional importancia la función administrativa, cuyas inversiones deberán ser congruentes con los fondos de capitalización y rentas que han de dar vida y continuidad a la Institución. La heterogeneidad de los objetivos de la Fundación, de amplia dimensión cultural, exige una razonada y muy prudente utilización del fondo económico, cuya real cuantía se desconoce en este momento, pero es evidente que sólo una muy meditada distribución futura de los fondos

de sostenimiento —bien regulada por el Reglamento— podrá evitar fricciones de prevalencia en orden a su utilización cultural ulterior.

Estimo, igualmente, que los componentes del Patronato y de un modo muy especial su Comité ejecutivo permanente deberán percibir una indemnización económica por su continuada labor rectora de las actividades fundacionales que necesariamente exigirán una continuada dedicación y evidente responsabilidad.

Tales son las líneas generales que a nuestro entender esquematizan la laboriosa y ardua puesta en marcha de una obra que plasmará a través del tiempo una voluntad de perfeccionamiento que presidió el espíritu vocacional de este gran maestro de la Medicina catalana que se llamó Agustín Pedro y Pons.

III

Dr. B. RODRIGUEZ ARIAS
(Académico Numerario)

Conceder "becas" o "ayudas" a los post-graduados de Medicina —y en un futuro inmediato de dos Universidades— ha de resultar, en principio, tarea difícil y más bien espinosa.

Ver de estimular la llamada investigación científico-médica o de preparar mejor la formación definitiva de un docente a secas, de un facultativo de hospitales o de un dado a la más cumplida y excelente praxis, en los sectores básicos y en los aplicados o clínicos, de una parte, la primera; y escoger bien, de los fortuitos y numerosos peticionarios de becas y ayudas a tal respecto, para garantizarlas luego, abruma —visto siquiera el designio por nosotros— y continuará abrumándonos durante años.

No es tarea fácilmente realizable, queriendo ser muy justos y beneficiosos para el país, la ordenada en ciertas cláusulas de su testamento por el llorado Maestro y Presidente que fue de la Academia, profesor Agustín Pedro y Pons.

Insistiremos acerca de ello hasta la saciedad y que se nos excuse lo preocupados que estamos y lo machacones que somos. Los antecedentes que saltan al recuerdo más obvio de algunas de las Fundaciones similares que existen "inter nos" llevan de veras a un desánimo positivo.

Los recursos económicos en mano serán, además, limitados y modestos, y los post-graduados que se decidan, lógicamente, a optar a becas y ayudas, no pocos y muy valiosos, creemos.

En fin, los probables planes de investigación o de formación que desarrollen en el papel los eventuales solicitantes, así como la lista de temas de estudio brindada a la consideración de los miembros de la Fundación Universitaria Agustín Pedro y Pons, no ha de dejarse al simple albur, a menudo ingenuo y luego de resultados quizá negativos, del post-graduado, por inteligente, tenaz en los propósitos y competente que sea.

¿Qué deberíamos hacer en la meta

óptima que quepa sugerir al Patronato de la Fundación? A nuestro leal saber y entender, no podrían imaginarse y aconsejarse demasiados, ni siquiera complicados y largos.

Sin tomar partido, naturalmente y de momento, por lo básico o lo estrictamente aplicativo y por los alumnos que salgan graduados de una u otra de las Facultades de Medicina de Barcelona (la de la Universidad clásica o la de la Universidad nueva Autónoma), nos decidiríamos a apuntar una solución concreta, porque la Real Academia de Medicina de Barcelona —cual tantas veces ha ideado y manifestado nuestro Presidente, albacea del testamento aludido— habría de intervenir en el régimen de concesión de becas y ayudas, por un sentido de tradición y de realidad hermanado en los instantes que discurren de la vida médica catalana.

He aquí, pues, un esquema de intervención académica, que brindamos a la estimación y subsiguiente discusión, si procede, de los elementos agrupados en torno de la Real Corporación, presidida trece años largos por el extinto, que en diversos Coloquios celebrados dio y defendió opiniones, recogibles hoy.

a) Los recién Licenciados de las dos Facultades de Medicina, en un plazo no superior a los tres años, serían los únicos candidatos, admitidos, al disfrute de las becas y de las ayudas que, periódicamente, anual o bianualmente, se convocaren.

b) Los Académicos Numerarios, tras la jubilación de la función pública que hubieren desempeñado (docente, asistencial o sanitaria), habrían de ser los encargados, en una forma voluntaria por supuesto, de la tutela continuada de los distintos post-graduados a los que se otorgare el disfrute de una beca o ayuda.

c) La línea de trabajo o de actuación profesional propuesta, libremente, por los varios aspirantes, tendría que ser aceptada —en un alegato razonado— por uno de los Académicos encargados y futuros tutores o bien, de desestimarla, indicar otras, en virtud de su especial competencia al respecto, si no tuvo ocasión antes de haberla realizado por falta de medios, tanto puramente materiales, como de colaboradores personales aptos.

d) La elección y la aceptación mutuas de laborantes y de tutores, como asimismo de temas o líneas de trabajo, en la investigación o en la formación proyectadas, deberían atenerse a un criterio de grande liberalidad, al margen de personalismos y de miras utilitarias.

e) Las cuestiones o los detalles que pudieran motivar pugnas o desacuerdos, pasarían, en un trámite de arbitraje, que zanjare las diferencias y no esterilizare actividades, al análisis y laudo de la Corporación reunida en sesión plenaria.

f) La vigilancia, continuada y crítica, a lo paternalista sustancial, de la marcha de una investigación o de los logros de una formación, es decir, la tutela verdad del post-graduado favorecido, la asumiría nuestro Organismo

cultural, a través del Académico encargado al efecto.

Precepto nada coactivo, dado que la experiencia ha demostrado lo falaz, en grandes rasgos, de un estudio confiado a la libertad omnímoda de los post-graduados o la conducta práctica del autodidacta, del que se mueve egoísta o por timidez a solas.

Sin una tutela cordial y respetuosa, alimentaríamos de nuevo los peligros y las consecuencias nefandas de otros ensayos filantrópicos malogrados.

Aparte de que la vida de un Académico provecto, jubilado oficialmente y con experiencia y capacidad de labor científica, todavía, sin decaer, hallaría un sendero honorable y redituable de ocupación docta.

Muy lógicamente y por justa deferencia a las directrices tan útiles como la nuestra, el porcentaje de post-graduados adscritos a la influencia y tutela de la Real Academia de Medicina, tendría que ser una mitad.

Se trata, así, de un auténtico boceto, no articulado, no reglamentado en su encadenado desenvolvimiento, que sometemos incoativamente a discusión y contingente aprobación de los reunidos.

IV

Dr. J. GRAS
(Académico Numerario)

Nuestra intervención se limita a aportar información sobre el tipo de beca y ayudas que distribuye la Fundación Juan March, de cuyos jurados calificadores fuimos vocal unos años, por si puede servir para aportar sugerencias para la estructuración de la Fundación A. Pedro Pons.

La Fundación Juan March distribuye: I) Ayudas a la Investigación; II) Becas de estudio en España y III) Becas de estudio en el Extranjero. Este año ha creado otro tipo de ayudas, que aún no han sido adjudicadas, que son los Programas de Investigación.

Como ejemplo expondremos algunos datos correspondientes al año 1970.

* * *

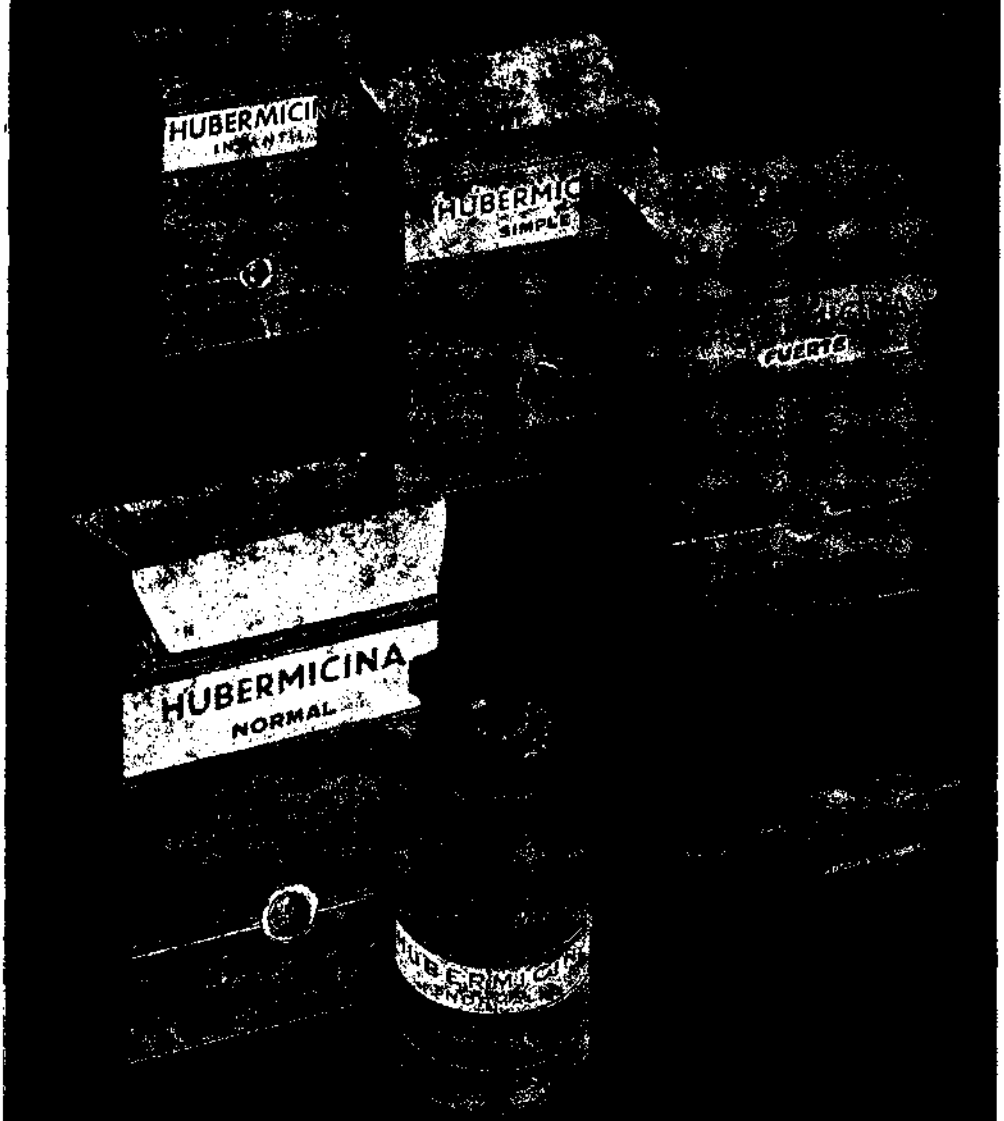
I. AYUDAS A LA INVESTIGACION

Dotadas con 600.000 pesetas para realizar un trabajo en el plazo de 2 años. Adjudicadas de preferencia a personas ya formadas, con posibilidad de trabajo en equipo.

Se distribuyeron 10 ayudas, una para cada uno de los siguientes grupos, excepto para el grupo A, que disponía de dos:

A) Estudios técnicos e industriales.
B) Ciencias físicas.
C) Ciencias agrarias.
D) Ciencias médicas, farmacia y veterinaria.
E) Ciencias sociales.
F) Ciencias económicas.

HUBERMICINA



POTENCIAL ANTIBIOTICO E INMUNITARIO

NOBECUTAN

APOSITO PLASTICO ESTERIL ANTISEPTICO, EN FORMA DE AEROSOL.

LAB. INIBSA - Loreto, 8 BARCELONA-15

G) Ciencias históricas y filosóficas.
H) Arquitectura y Urbanismo.
I) Ciencias de la Información.

* * *

II. BECAS DE ESTUDIO EN ESPAÑA

Dotadas con 150.000 pesetas, excepto el grupo 1, con 175.000 y los tres últimos grupos con una cantidad hasta 150.000. Adjudicadas de preferencia a graduados recientes en período de formación.

Para la adjudicación de dichas becas, la Fundación estableció los siguientes grupos:

1. Estudios técnicos e industriales.
2. Ciencias matemáticas.
3. Ciencias físicas.
4. Ciencias químicas.
5. Ciencias biológicas.
6. Ciencias geológicas.
7. Ciencias agrarias.
8. Ciencias médicas, farmacia y veterinaria.
9. Ciencias jurídicas.
10. Ciencias sociales.
11. Ciencias económicas.
12. Ciencias históricas y filosóficas.
13. Ciencias sagradas.
14. Arquitectura y Urbanismo.
15. Ciencias de la Información.
16. Literatura y Filología.
17. Artes plásticas.
18. Música.

* * *

III. BECAS DE ESTUDIOS EN EL EXTRANJERO

Para la distribución de estas becas, la Fundación utilizó los mismos grupos que para las de estudio en España. Para estas becas se partía de una cantidad en dólares, que para Medicina, Farmacia y Veterinaria fueron de 30.000, y que debían distribuirse entre los solicitantes de acuerdo con su preferencia de méritos. De aquí que el número de becas a adjudicar depende del país en que deseen trabajar los solicitantes de mayores méritos, ya que el gasto es netamente diferente.

Concretándonos a Medicina, Farmacia y Veterinaria, hubo 42 solicitantes de Ayuda a la Investigación, de las que se adjudicó una. A las Becas de estudios en España se presentaron 142 solicitantes, adjudicándose 12. A las de estudios en el Extranjero se presentaron 63, adjudicándose 8. Esto representa, únicamente para este grupo, en el que está Medicina, unos 4.500.000 pesetas.

En esta convocatoria, el Jurado Calificador estuvo integrado por 11 miembros, nombrados por las siguientes entidades:

2 por la Real Academia Nacional de Medicina.

1 por la Facultad de Veterinaria de Córdoba.

1 por la Facultad de Medicina de Santiago.

1 por la Facultad de Medicina de Madrid.

1 por el Hospital Provincial de Oviedo.

1 por la Facultad de Medicina de Cádiz.

2 por el Consejo de Patronato de la Fundación.

2 Secretarios, por el Consejo de Patronato de la Fundación.

Este año, la Fundación ha instituido los Programas de Investigación dotados con hasta 2.000.000 de pesetas, para desarrollar un trabajo de Investigación en el curso de dos años, sobre un tema propuesto por la Fundación. Van orientados a trabajos en Centros calificados para desarrollarlos en equipo o incluso conjuntamente entre Centros de distintas disciplinas.

DISCUSION

Dr. A. SOLER DANIEL
(Académico Correspondiente)

Gracias, muchas gracias, al señor Presidente, doctor Pedro Domingo Sanjuán, por haber traído a esta Real Academia, en sesión pública y en forma de coloquio, el "Estudio de un anteproyecto de Fundación Universitaria Agustín Pedro y Pons" a cargo de los Académicos Numerarios Pedro Domingo, Luis Trías de Bes, Jorge Gras y Belarmino Rodríguez Arias, los cuales en sus respectivas intervenciones han dado la pauta correspondiente a sus puntos de vista que anteriormente se les encomendaron, con plena satisfacción de los asistentes, debiendo no obstante hacer mención especial del discurso del doctor Pedro Domingo, con el cual habrá que contar como una de las bases respecto a los primeros tiempos de la carrera de Pedro y Pons al escribirse en un futuro próximo su biografía completa o para cuando se estime oportuno celebrar la sesión necrológica conjunta (si procede) de las Entidades Médicas, Real Academia de Medicina, Colegio Oficial de Médicos de la Provincia, Academia de Ciencias Médicas de Cataluña y Baleares y demás afines.

La gran amistad que desde hace unos cuarenta y cinco años mantenía con Pedro y Pons, desde cuando a menudo subía a Vilada acompañado de su amigo el doctor Bosch, a visitar alguno de los enfermos tuberculosos que yo trataba en nuestro privilegiado medio climático, cuando todavía en aquellos tiempos los tisiólogos existentes no absorbían ellos solos la población tuberculosa y obligaban a que los más prestigiosos médicos internistas también los tratasen, hasta su repentina muerte, el 17 de marzo del corriente año, me lleva a que haya solicitado el uso de la palabra para manifestar algunas cosas inéditas sobre su decisión de modificar su última voluntad, aclarando lo que estaba pendiente en el testamento que hizo el año 1960 y añadiendo bastante más, pues no en vano habían transcurrido once años de importantes ingresos dignos de tenerse en cuenta, cosa que creía bien necesaria después de lo que habíamos hablado sobre el particular en nuestras entrevistas y estaba previsto en su propio testamento, como así lo ha manifestado Pedro Domingo en la frase que decía "mientras en vida no especificare más detalladamente la aplicación del mismo".

Pues bien, Pedro y Pons era un hombre feliz en aquellos tiempos de principios del segundo cuarto de siglo, sin grandes preocupaciones, aunque con bastante trabajo en su cátedra y ejercicio profesional, siendo llamado en consulta muy frecuentemente, lo que hizo considerarle ya entonces como uno de los mejores médicos de Barcelona, y cuando tenía ocasión de hallarse entre compañeros tendido en un verde prado y al lado de una fuente de agua pura y cristalina, emanando de entre las rocas de nuestra sierra Picancel de Vilada, decía: "que bé s'está aqui amic Soler, no m'estranya t'estimis tant aquestes muntanyes i no vulguis baixar a la capital, perqué aquest paratge és un troç de paradis". Y entonces, amenizábamos la comida con el plato fuerte de la política nacional y local, además de la colegial (pues los dos habíamos formado parte de la Junta algunos años) retardando su regreso a Barcelona al aprovechar aquellas horas de solaz esparcimiento, pues si él era parco en sus manifestaciones, gustaba de curiosear y saber de los aspectos dichos y nunca hablábamos de medicina, ni de la Facultad, ni hospitales, ni de ninguno de los problemas que tanto atosigan a los médicos de las nuevas generaciones.

Pero llegó la guerra civil y nuestro sino fue distinto; nos alejamos mucho y hasta cerca de un año después de terminada la guerra no nos vimos, pues al volver yo a Vilada nuestros contactos fueron pocos; ni él, ni yo teníamos tiempo, pero al vernos gozábamos rememorando aquellas visitas y excursiones, pues todo se había transformado.

Fue necesario que llegara mi jubilación y al trasladarme a Barcelona sufrí un infarto de miocardio, y luego más adelante una prostatectomía que me dejaron bastante maltrecho y con necesidad de un reposo que nunca practiqué lo bastante, volviéramos a vernos a menudo entablando varias veces diálogos, ya no tan agradables como aquéllos de Vilada, pues nuevos derroteros habían tomado tanto la política nacional como la colegial y su Decanato de la Facultad, que los quebraderos de cabeza y algunos sinsabores venidos del centro, le traían amargado y a pesar de haber llegado a la cumbre de la profesión médica con formación de una buena Escuela en su cátedra y distinciones y nombramientos honoríficos de España y del extranjero, no se sentía ya lo feliz de antaño y continuaba más precavido y reservado ante los hechos, aunque seguía deseando conocer por persona amiga los acontecimientos de entonces, celebrando, no obstante, cada año un par de cenas entre los cinco compañeros, doctores Amell, Juliá Rosés, Tomás Pumarola, Pedro Pons y el que suscribe, que también tuvo que suspender últimamente por sentirse ya enfermo después de un infarto que nadie conocía, aparte del doctor Tomás Pumarola, con el que se veían casi cada día.

Y ahora, señores, después de esta digresión, sucede un hecho que me obliga a plantearlo de cuando en cuando, mis indicaciones respecto de su futuro cuando ya no podía aspirar a más y llegaba mi jubilación presidiendo la sección

de jubilados de las provincias de Cataluña y Baleares, y oírme contar las penas y desgracias de varios médicos jubilados o no, incapacitados, débiles mentales, paralíticos, etc., pude con mis descripciones tristes y azarosas de los varios médicos que necesitaban auxilio para sobrevivir y avergonzados de que el Estado no les facilitaba un retiro o pensión decente, teniendo que recurrir a la suscripción de medio millón de pesetas obtenidas para estos auxilios tan absolutamente necesarios. Desde entonces, al salir de las sesiones de la Real Academia me preguntaba cómo seguían nuestras suscripciones y cuántos médicos se hallaban necesitados, lo que hizo se interesara de tales vicisitudes y sin darme nada en aquellos momentos al decirle que teníamos logrado ya un mínimo de diez mil pesetas mensuales para dichos necesitados, entre el donativo de la Caja de Crédito y también del Colegio y otras suscripciones, me dijo un día a mediados de 1970: "No sufras tanto, amigo Soler, por todo esto, pues lo arreglaremos próximamente". Con esta afirmación me quedé no satisfecho todavía, pero previendo que a no tardar podía contar con un apoyo de Fundación, Residencia o lo que fuera, a lo que siempre he suspirado como solución definitiva y antes de terminar mi mandato en la Presidencia de los Médicos Jubilados necesitados.

Y llegó el día de su homenaje de Gosol, colocando en su honor una placa de mármol que perpetuara su nombre en la plaza cercana a la casa en que había nacido. Aquel día el hombre se sintió eufórico, estaba contento y satisfecho, pues también hubo la colocación de otra placa en la casa fonda "Tampanada", donde Picasso había vivido cerca de un año. Por el mal estado de una pésima carretera, no llegó hasta una hora más tarde de la fijada para la fiesta, el señor Presidente de la Diputación de Lérida, pues el Diputado señor Viola, de la provincia de Lérida así nos lo acababa de manifestar. Entonces aproveché este respiro para manifestarle, cogido del brazo y un poco apartado de la gente que llenaba la Plaza Mayor, y frente al majestuoso panorama que nos rodeaba, reanudando mi tema sobre su futuro, le dije textualmente: "Yo creo, amigo Pedro y Pons, que para tu renombre y en vistas al futuro, deberías establecer un paralelo de sentido humanístico al de tu valor científico". Y, entonces, exclamó: "Caramba, que frase me acabas de decir ahora, eso me dará mucho que pensar". Y después de un relativo silencio, añadió: "De todas maneras, lo que te interesa en favor de los jubilados y médicos necesitados quedará arreglado, 'pots pujar-hi de peus', pero ten en cuenta que hay cosas muy importantes todavía que solucionar".

Así transcurrió un buen rato dialogando y dando vueltas al asunto de sus futuras disposiciones dichas con preocupación, pero también con decisión, terminó diciéndome: "Cualquier día te llamaré para determinar la fecha que con Tomás Pumarola iremos a comer fuera de la ciudad y tendremos toda una tarde para nosotros, pues deberá ser con el máximo secreto lo que se decida".

Llegó el señor Presidente de la Diputación de Lérida, y entonces se juntó a las Autoridades Provinciales y Locales, y yo me reuní con el pueblo y compañeros que habían venido de Berga y de su comarca, empezando los actos del homenaje programados, con discursos de las autoridades, señores Alcalde, Diputado Provincial y Presidente de la Diputación, así como del Presidente de nuestro Colegio Oficial de Médicos, doctor Tornos. Todos ellos estuvieron a la altura que les correspondía, debiendo hacer especial mención al que pronunció el homenajeado, Agustín Pedro y Pons, que fue muy emotivo, repleto de sentimiento y recuerdos de infancia. Todos los discursos se pronunciaron en nuestra lengua catalana, saliendo de aquella histórica reunión el acuerdo unánime de la petición de la carretera de Saldes a Gosol, para que cuanto antes fuera un hecho, comprometiéndose todas las Autoridades a trabajar con tal fin y sin descanso. Y tanto fue así, que pocos días después nos recibía a los dos muy amablemente el señor Presidente de la Diputación de Barcelona, De Muller y Abadal, que estaba ya al corriente de nuestra visita por el Diputado Provincial del Bergadá, señor Juan Noguera, muy buen amigo mío, dándonos una seguridad de que la carretera de Saldes se terminaría pronto, y luego, si el Estado y las Diputaciones de Lérida y Barcelona prestaban también su ayuda, podría salir una buena solución. Efectivamente, ocho o diez días después, pude decirle a Pedro y Pons que el señor Ministro de Obras Públicas había prometido al señor Presidente de la Diputación que la carretera de Gosol sería un hecho antes de tres años.

Ya puestos en contacto, cada vez con más frecuencia, pues Pedro y Pons al salir de la Real Academia si no tenía compromiso de una consulta en aquella hora, me invitaba a acompañarle y dentro del coche ibamos confeccionando el colchón de lana de Gosol sobre el que debía reposar perpetuamente el valor humanístico de tan preclaro hijo nacido entre las más altas sierras del Pirineo Catalán: Pedraforca y El Cadí, y estrechando cada vez más nuestra antigua amistad, hasta que en una de estas salidas de la Real Academia confirmó que el primer viernes de abril celebraríamos la comida prevista con el doctor Tomás Pumarola para disponer luego de toda una tarde para examinar y decidir sobre aquel *paralelo que le espeté en Gosol,* ya que necesitaba de nuestra amistad y experiencia como garantía de los mejores consejos.

"Si no hubiese estado enfermo de gravedad Pumarola, durante el pasado invierno ya os habría llamado antes, pero debe hacer buen tiempo porque Pumarola sigue delicado, y verdaderamente, yo ya no puedo demorarme más."

De todo cuanto acabo de manifestar no hay más testigo del que hos habla, pues Pedro y Pons falleció de repente, trece días antes de aquella importante reunión por él designada y que seguramente habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza a los actuales Albaceas y Claustro Universitario, tal como quedó de ambiguo su testamento. Pedro y Pons quiso designar anteriormente Albacea

al doctor Tomás Pumarola, pero temió que por su avanzada edad y delicado estado de salud no podría cuidar del Albaceazgo de sus nuevas disposiciones testamentarias, continuando en vigencia el que había suscrito en 1960 con deseos de modificarlo más adelante.

Yo creo, como Pumarola, que Pedro y Pons presentía su próximo desenlace dadas sus frecuentes manifestaciones sobre la muerte que temía y le preocupaba, especialmente a raíz de su vuelta del homenaje que Gosol le tributó.

Y ahora, para demostrar sus nuevas expresiones de afecto y amor a la clase médica, voy a exponer otra confidencia de la cual sí hay testigos: los doctores Espriu y Llobet Vendrell, y fue cuando al salir de Sabadell el día 8 de enero en el Club Elaia de Asistencia Sanitaria Colegial, donde tuvo lugar su última conferencia, que por cierto fue una gran lección magistral, como si presintiese fuera la última que daba y de la cual quedó muy satisfecho (pues asistieron más de 150 médicos de las Comarcas de Tarrasa y Sabadell), ya de regreso a Barcelona, preguntó al doctor Espriu: "¿Cuánto ha costado este local tan bien distribuido, cómodo y decorado con sumo gusto?" "Dos millones de pesetas", contesta el aludido. "¿Está ya pagado?" "Antes de dos meses liquidaremos el último plazo". Y continúa el doctor Espriu: "Lo que más nos preocupa actualmente es la construcción de una gran Clínica propia, ahorraríamos con ello mucho dinero que permitiría aumentar los honorarios de los compañeros y trabajar con más ahínco si cabe de lo que se viene realizando y más cómodamente para todos, enfermos, médicos y sanitarios, unificando todos los servicios". Y, entonces, Pedro y Pons, después de pensarlo un poco y con la mano puesta en la frente (me fijé bien en esta actitud), se expresó así: "Pues bien, ahora no voy a prometeros nada, pero sí digo, que dentro de tres meses aproximadamente os contestaré sobre este particular lo que haya resuelto".

Espriu le dio las gracias por tan buenos propósitos, pero yo (que sabía de unos terrenos que poseía Pedro y Pons, muy cerca de su finca de Vallvidrera) pensé para mis adentros: "Ahora veo un camino para la Clínica, pues entonces nuestra entrevista con Pumarola se habría celebrado y quién sabe si residentes, jubilados y Clínica iban a un final conjunto. Yo así lo interpreté cuando tuve que recordar la fecha de nuestra íntima reunión que, naturalmente, nadie conocía, pero que precedería unos ocho días a aquella contestación que debía dar a Espriu.

Es indudable, señores Académicos, que Pedro y Pons que había sufrido un infarto años atrás, del que nunca me habló, pues cuando ya jubilado vine a residir a Barcelona ante mis achaques y situaciones familiares además de mi contacto pesado y triste con los médicos necesitados pasaron unos años poco agradables, digo, es indudable, que aquel gran médico, al sentir cercano el final de su vida, quería sentar su nombre, que ya tenía perpetuado en la ciencia de la Medicina, a una misión Económico-Social-Humana muy elevada y también

de carácter permanente, y de ahí sus ansias de disponerlo cuanto antes con la colaboración de dos de sus más antiguos compañeros a los que siempre quiso y distinguió.

Por todas estas razones, una vez conocido parte del testamento en que manifiesta que cede a la Universidad de Barcelona su hermosa finca de Vallvidrera, de unos 400.000 palmos cuadrados, con un antiguo edificio modernizado, con un parque-jardín y bosque, además de una hectárea de un huerto de regadío completamente llano con agua a voluntad, me apresuré a visitar a los Decanos de las cuatro Facultades de la Universidad que él nombraba Albaceas, por creer que podía en esta propia finca instaurar una Residencia para Jubilados, sanos y con unas camas para atender a los incapacitados físicamente; tuve la satisfacción de oír contestaciones todas ellas en sentido afirmativo, lo que me dio ánimos para proseguir mis gestiones en pro de nuestros Jubilados desvalidos, en espera del apoyo que prestaran, cuando al entregarse la citada finca a la Universidad de Barcelona en la persona del Excmo. Sr. Rector y Decanos Albaceas de la misma, podían expresar sus propósitos de forma inmediata para la instalación de un Pabellón en el lugar más llano de la misma caso de no utilizarse el edificio descrito, mayormente teniendo en cuenta que para el mantenimiento de dicha Residencia Universitaria, los adscritos a ella podrían aportar un mínimo de 10.000 pesetas cada uno, contando que con sus derechos pasivos que facilitarían las propias Facultades, como lo hacemos en la Sección de Jubilados del Colegio Oficial de Médicos para nuestros compañeros, y que para gastos personales y extraordinarios podríamos llegar los médicos a las 12.000 pesetas mensuales.

Con esta fórmula comprenderá el doctor Trías de Bes, que hizo alusión a la renta en su estudio de anteproyecto de Fundación Universitaria Agustín Pedro y Pons, que sería necesaria para sufragar dichos gastos, pues no sería indispensable dicha renta que cada internado pagaría personalmente por medio de nuestros Colegios o Facultades en colaboración con el Patronato de Inválidos, su propia aportación y suscripción Colegial, así como de la Caja de Crédito u otras, etc. Esto mismo podrían hacer las demás facultades formando una Junta Administrativa con representantes que controlarían dicha administración.

Durante los últimos años de su vida mostraba en sus conversaciones una preocupación por los acontecimientos catalanes y especialmente en lo referente a su literatura de las más diversas modalidades, adquiriendo cuantas publicaciones existían en lo que va de siglo, pagando importantes cantidades por un solo ejemplar que le permitiera completar su colección. Tampoco es un secreto para nadie su protección al teatro catalán, como lo demostró ayudando pecuniariamente al Teatro Romea, cuna del Teatro Catalán.

He dicho todo esto, señores Académicos, en descargo de mi conciencia, por si puede servir de base y como testigo de excepción, pues mi amistad y

admiración a su personalidad no me ha permitido silenciarlo. Y tanto en así, que durante un par de meses después de su repentina muerte, no pude hablar de él públicamente como debía hacerlo el día 5 de mayo en la fiesta de los jubilados, porque temía que no me ocurriera a mí lo que al doctor Rubió, que también falleció repentinamente al levantarse para ofrecerme el pergamino que los jubilados me entregaban aquel día.

Quede claro que el doctor Agustín Pedro y Pons temía morir antes de que no hubiese arreglado, especificado y ampliado su testamento social-humanitario a un más alto nivel que el vigente, y desgraciadamente así fue.

Que la Providencia y el buen sentido de los Albaceas nombrados puedan llevar con acierto su alta misión superando las dificultades que entrañará su justa aplicación no solamente en el sentido económico, sino también espiritual.

Dr. E. FERNANDEZ PELLICER
(Académico Correspondiente)

Dentro del concepto genérico de lo que la ley llama "Instituciones Benéfico-Docentes", caben tres modalidades: 1.ª, la modalidad clínica, tipo fundación Jiménez Díaz; 2.ª, la modalidad que podríamos llamar de promoción cultural, tipo March; 3.ª, la modalidad benéfico-asistencial, tipo Mundet. Los albaceas del doctor Pedro y Pons deberán, además de cumplimentar los requisitos jurídicos expuestos por el doctor Trías de Bés, optar por una de estas tres modalidades, aquella sobre la cual se haya manifestado el testador, de una manera expresa o tácita, en sus últimas voluntades. Si tal manifestación no consta, los albaceas tendrán la responsabilidad de elegir según su propio criterio. No importa que bajo el punto de vista crematístico los fondos no alcancen a crear una Institución de la envergadura de las citadas; en cualquiera de las tres modalidades cabe hacer una labor provechosa.

Si se prefiere la modalidad clínica, yo aconsejo ayudar a un equipo de investigación médica que trabaje de una manera honrada y eficiente, prolongando esta ayuda uno, dos tres años..., mientras garantice, no un resultado espectacular, sino un afán de trabajo y una perseverancia en el mismo, dentro de unas directrices guiadas por hipótesis razonables, y no pretenda descubrir el Mediterráneo.

Si se inclinan por la formación cultural, yo huiría de la masificación de becas, entregadas a talentos inmaduros y cuyo resultado a largo plazo aún no se ha valorado. Es preferible la ayuda a un proyecto que tenga a la vez alcance científico y social, por ejemplo: plantearnos cuál es la materia sanitaria o la rama del saber médico en la cual estamos evidentemente más atrasados, y cuya puesta al día sería un beneficio evidente para la medicina, para la enseñanza o para la sanidad de nuestro país. Una vez planteado lo más conveniente, buscar la persona más idónea y capacitada para llevar a término este cometido, y

nombrarla por el dedo, con amplias facultades para formar un equipo, o para adscribirse al centro de trabajo que pueda darle mayores facilidades y medios para desarrollar su labor. Se le podría exigir, previamente, a esa persona un programa o planificación del camino que piensa seguir. Unicamente en caso de duda por parte del Jurado podría éste convocar un concurso.

Finalmente, si hubiese el propósito de colaborar en la modalidad benéfico-asistencial, yo recordaría ayudar a una institución de este tipo, ya creada o que se estuviese creando, o a una sección de la misma, que se comprometiera a una modernización de sus métodos asistenciales según las directrices señaladas por la Organización Mundial de la Salud.

Cualquiera de estas tres formas, que parten de vocaciones y esfuerzos ya manifiestos, y no de improvisaciones o deseos a veces ilusorios, me parece adecuada y útil para el progreso de la Medicina y para la promoción científica y social de nuestro país.

Dr. A. GOMEZ Y GOMEZ
(Académico Numerario)

Ante todo, mi felicitación cordial, tan justamente merecida, a nuestro Presidente, doctor Pedro Domingo, a nuestro Secretario Perpetuo, doctor B. Rodríguez Arias, y a los Académicos doctores Trías de Bés y Gras Riera, por sus documentados e interesantes informes, que tan claramente expuestos acabamos de escuchar para la coordinación, organización y realización de las disposiciones testamentarias de la "FUNDACION PEDRO Y PONS".

Además, quiero expresar a nuestro Presidente una felicitación particular en reconocimiento del trabajo abrumador y la responsabilidad inherentes al albaceazgo y como se desprende de la lectura de sus comunicaciones, los muchos sinsabores y la poca ayuda en las gestiones, que ha tenido que hacerlas personalmente; y todo ello a sabiendas de que la REAL ACADEMIA DE MEDICINA no recibe ayuda económica alguna de la Fundación.

Paso ahora al motivo de mi intervención. Por los datos expuestos, la Fundación dispone aproximadamente de 60 millones de pesetas. La mitad, o sea 30 millones, corresponden a la Facultad de Medicina de Barcelona, que al interés del 5 % devengarían 1.500.000 (un millón quinientas mil) pesetas anuales.

¿Cómo aplicar o distribuir este interés anual del capital? Si tenemos presente lo que nos acaba de exponer el Presidente, que el doctor Pedro Pons al acabar la carrera no pudo realizar su gran ilusión de marchar al extranjero, para ampliar y perfeccionar sus estudios, por falta de medios económicos, y que esta adversidad fuese para él causa de un pesar continuo y duradero que motivara la Fundación, por todo ello sugiero que podría atenderse con el interés anual, v. gr.:

A) Una beca de 700.000 pesetas para ampliar estudios e investigar en el extranjero a un post-graduado en nuestra Facultad.

B) Una beca de 350.000 pesetas para la especialización de un post-graduado en España; y

C) 250.000 pesetas, repartida en 3 a 5 becas, para estudiantes de Medicina económicamente débiles.

Las 150.000 pesetas restantes podrían ser destinadas para sufragar los gastos generales de la administración de un Patronato, que debería ser autónomo para la Sección de Medicina y constituido por el Rector de la Universidad como Presidente, y el Presidente de la Real Academia de Medicina y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Clásica como Vocales, o bien en rotación anual, este último con el Decano de la Universidad Autónoma.

Dr. A. GREGORICH SERVAT
(Académico Correspondiente)

Después de oír las documentadas intervenciones de los señores Académicos que me han precedido, quisiera exponerles las ideas que me ha ido sugiriendo este coloquio tan interesante bajo todos los aspectos. Giran estas ideas alrededor de tres premisas esenciales:

La primera de ellas es la finalidad perseguida por el donante de la Fundación, tan bien glosada por nuestro Presidente, aduciendo aquella conversación de don Agustín Pedro Pons, en la que trataba de convencer a su propio padre de la necesidad de alcanzar un mejor grado de madurez antes de ejercer la profesión, no obstante haber superado los estudios de la Licenciatura en Medicina. Podría definirse en términos actuales como el anhelo de perfeccionamiento del post-graduado.

La segunda es, a mi juicio, llegar a dar vida y forma a la Fundación. El complicado proceso legal a seguir ha sido desarrollado en forma clara y realista por el doctor Trías de Bés, clara intervención, verdadero hilo de Ariadna, nos ha llevado por el laberinto de trámites y disposiciones a cumplir hasta la constitución del Patronato de la Fundación. Conforme con las orientaciones generales que nos ha suministrado y que suscribo totalmente, quisiera no obstante exponerles algunas apreciaciones personales propias relativas a la designación, condiciones y mandatos de los patronos.

Y la tercera premisa es, obligadamente, la economía de la Fundación: la evaluación de su caudal, la obtención de unos recursos, su distribución y su empleo.

Voy a expresarles mi criterio personal, posiblemente falible pero bien intencionado, analizando aquellos aspectos fundamentales a los que acabo de referirme.

Comenzaré por el Patronato.

Considerando que el testamento de don Agustín instituye "al Rector de la Universidad de Barcelona", "al Presidente de la Real Academia de Medicina de Barcelona", "a los Decanos de las Facultades previstas", "a los Directores de las Escuelas" también previstas, es decir, a los cargos, haciendo únicamente mención de ellos y no de las personas que puedan ocuparlos en un determinado momento, creo que los cargos enumerados llevan en sí, por institución tácita precisa del fundador, la condición de patronos. Difícilmente pueden ser vitalicios al no serlo los cargos origen de tal condición y, a mayor abundamiento, no se puede coartar la condición de patronos a los Rectores, Presidentes, Decanos y Directores que a su tiempo vayan accediendo a los repetidos cargos. Análogamente, al cesar en aquellos cargos, desaparecería la idoneidad establecida como condición originaria vinculada a ellos por el fundador, creando situaciones confusas y de tensión si permanecieran como patronos, los cesados en el cargo en injusto detrimento de los recién investidos.

Pero no hay duda de que es muy conveniente que haya una buena estabilidad y una aún mejor continuidad en una Fundación como la que nos ocupa. Tal vez podría conseguirse (como ya se ha hecho en algunas Instituciones parecidas) nombrando cada patrón dos adjuntos, comisarios, consejeros o como se les quiera denominar, que podrían renovarse por mitad (por ejemplo, uno de cada dos nombrados por cada patrón) cada seis años, pudiendo ser reelegidos. De esta forma podrían armonizarse la proporción representativa (al elegir un número igual de adjuntos cada patrón), la especificidad establecida testamentariamente inherente a los cargos (variando los patronos según su acceso al cargo específicamente designado) y la continuidad (sobre todo si se procuraba que los cargos ejecutivos: secretario, tesorero, comisario de becas —este último para cada diferente rama de la Fundación— recayesen precisamente en los patronos adjuntos, cuya acertada gestión y dedicación suficiente podría conllevar la reelección). Como los cargos de Rector de la Universidad, Presidente de la Real Academia, Decano de la Facultad y Director de Escuela Profesional no son excesivamente mutables o, mejor dicho, mutados, al coexistir con adjuntos con seis años de mandato previsible, renovables por mitad, creo se establecería una buena continuidad a la vez que unas buenas condiciones de rotación y renovación del Patronato. En cuanto a su retribución con dietas, la considero muy justa y eficaz: asegura una más nutrida asistencia a las juntas de gobierno; en caso de ausencias reiteradas permiten una exigencia en cumplir o un cese forzoso; finalmente, en caso de encargos, gestiones o comisiones comprometen a su ejecución en unos plazos de tiempo previsibles y sin demasiadas dilaciones, precisamente por ser retribuidos.

Permitidme unas pocas palabras más referentes a la economía de la Fundación y a la aplicación de sus actividades, aspectos que creo pueden englobarse

en un solo comentario teniendo en cuenta la limitación del caudal disponible, la diversidad y número de actividades universitarias y culturales a dotar, la obtención del mayor rendimiento cultural y, aspirando también en la medida de lo posible, a satisfacer aquel anhelo altruista del fundador en la forma más adecuada a sus propios deseos y proyectos.

Sesenta millones de pesetas, cifra importante, admirable teniendo en cuenta la procedencia de un solo donante que con denodado esfuerzo se forjó a sí mismo y a su prosperidad económica y que en un acto del más depurado altruismo quiso allanar el camino de perfeccionamiento de muchos que como él ansiaran una ampliación de conocimientos y estudios, sesenta millones de pesetas, repito, a la hora de contar para una Fundación requieren un práctico sentido de la realidad y no dejar de sentar los pies firmemente asentados en el suelo, por cuanto no hay que contar con los sesenta millones, sino con el producto de su inversión. Creo que no es éste el momento de analizar el tipo más favorable de inversión ni siquiera de intentar una evaluación aproximada de lo que con ello podría obtenerse en intereses. Sólo quiero decir que la más elemental prudencia no permitirá acometer desde la Fundación Pedro Pons los costosos caminos de la investigación científica. Por el contrario, creo que dando a la Fundación aquel carácter, tan grato y tan bien sentido por su generoso donante, de Institución de Ayuda para el perfeccionamiento de los graduados, se conseguiría una utilidad no sólo mejor sino más amplia —por lo numerosa en becarios— en consonancia con sus posibilidades pecuniarias y más en armonía con los deseos del doctor Pedro Pons. Además, no me cabe la menor duda de que un buen número de becarios de la Fundación tendrían mejores posibilidades de acceso a las tareas de investigación no sólo por los mayores conocimientos adquiridos, sino porque con toda facilidad la Fundación Pedro Pons podría articularse con otras Fundaciones específicamente dedicadas a aquélla.

Finalmente, no quisiera terminar sin expresar mi criterio de que aun cuando el donante especifica la proporción económica que corresponde a cada rama de actividad universitaria o cultural, creo que esta Real Academia de Medicina en modo alguno puede dejar de intervenir en la totalidad de la administración económica y cultural de la Fundación. Desarticular una Fundación es hacerla más vulnerable, sobre todo en sus ramas más modestas, a las que muy posiblemente el donante quiso arropar y robustecer con el mayor prestigio, mejor consejo y superior experiencia de las más notables (ya que no con su pecunio, específicamente asignado a cada rama de la Fundación). Es, a mi juicio, un legado espiritual irrenunciable por esta Real Academia de Medicina de Barcelona, por proceder de un barcelonés ilustre, destacado maestro de la Medicina contemporánea e inolvidable Presidente de esta Docta Corporación.

LOS FARMACÉUTICOS EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

I. La Ciencia moderna se institucionaliza en las Academias: aportación farmacéutica en las mismas.

II. Breve semblanza de los Académicos farmacéuticos de la Real de Medicina.

III. Los maestros, Profesores Casamada Maurí y Soler Batlle.

Prof. J. ISAMAT VILA
(Académico Numerario)

NOTA PRELIMINAR

Como es obvio, sólo se trata de los Académicos Numerarios fallecidos, y cuyas semblanzas se leyeron en sesiones públicas extraordinarias con motivo de la celebración de las fiestas jubilares del Bicentenario de la fundación de la Academia, los días 10-XI-70, 23-11-71 y 9-XI-71.

El doctor don Benito Oliver Rodés, que inauguró como Académico más antiguo la solemne Sesión Inaugural, de las indicadas fiestas jubilares, falleció en el transcurso de las mismas, y su semblanza se leyó en sesión especial el día 20 de junio y se publicó en el número 224 de nuestros Anales. Su semblanza debe pues unirse en el contexto de estas disertaciones.

Agradezco a mi compañero de Academia doctor don Fidel-E. Raurich y Sas los informes orales o escritos que de algunas figuras, más particularmente conocidas o estudiadas por él, me ha proporcionado.

* * *

Se me ha encargado que resumiera en estas fiestas jubilares del II Centenario de nuestra Academia, el papel que los farmacéuticos han desarrollado en la historia de la misma, y nada más honroso y más placentero para mí que cumplir el encargo; sólo temo que mis fuerzas no sean coincidentes con mis deseos; sólo temo no acertar a desvelar en estos tiempos de especialidades, grupos y gropúsculos, la

aportación farmacéutica verdaderamente importante que han contribuido a dar brillantez a la decana de nuestras Corporaciones médicas y afianzar el sólido prestigio de que goza.

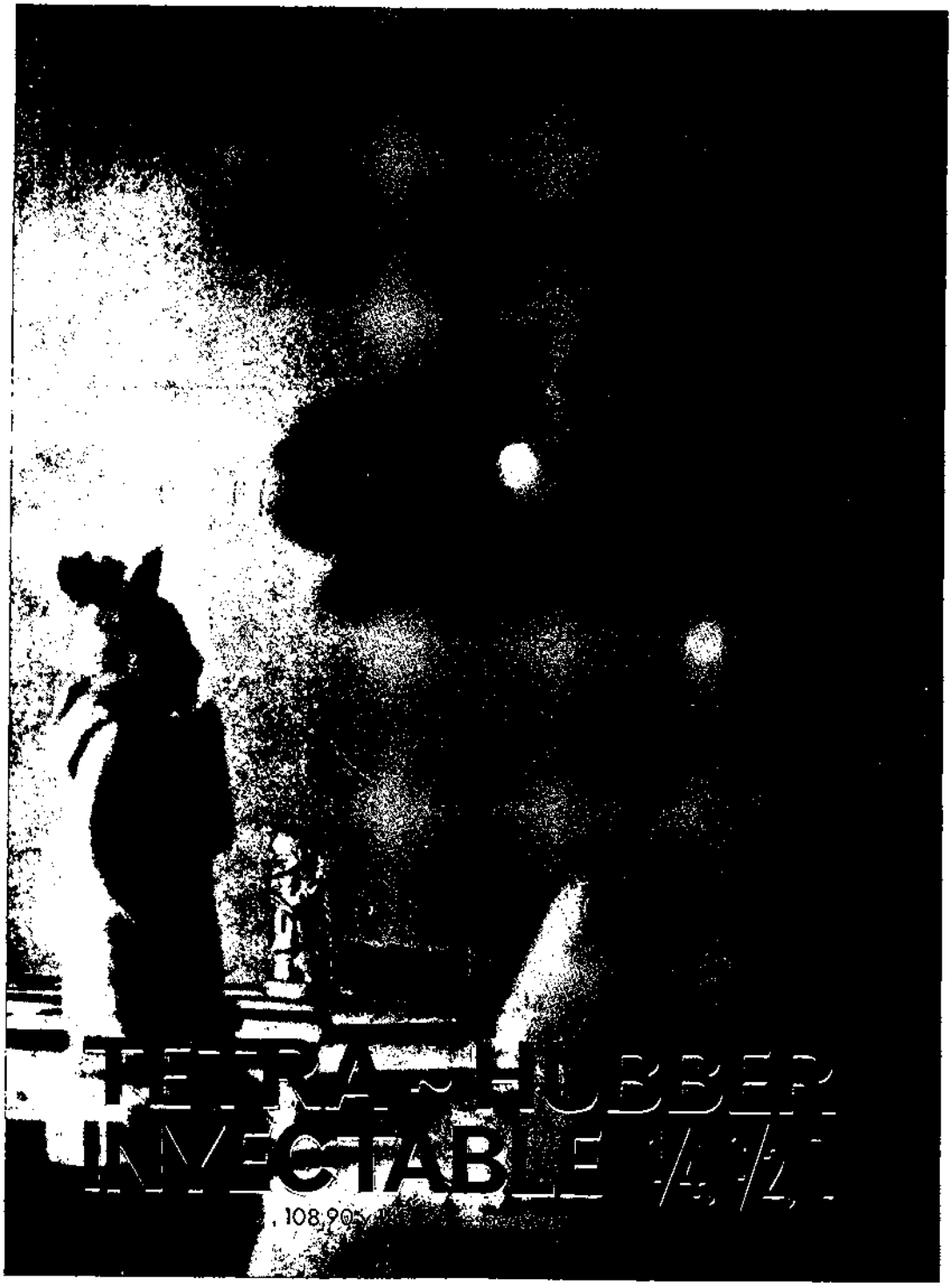
Pero la historia no es sólo la biografía de los grandes hombres, no es sólo el conocimiento estratificado de situaciones pasadas, sino el esfuerzo continuado y permanente de interpretar aquellas situaciones en su propio dinamismo, con sus motivaciones y condicionamientos. La historia sería así, todo lo contrario de la constante mitificación a que solemos someter el pasado. Sería precisamente la desmitificación del mismo, con el propósito de aproximarnos a un dinamismo que en definitiva es la vida, la de antes y la de hoy. El hoy, siempre es consecuencia del oscuro ayer.

Durante bastante tiempo, los estudios de Marañón acerca de Feijoo y la noble pasión que el ilustre médico e historiador sentía hacia esta gran figura, la impusieron casi generalmente como protagonista fundamental de la renovación científica española —el más egregio promotor—, dice Marañón, pero investigaciones posteriores han introducido decisivas modificaciones dentro de tal imagen, según ha demostrado López Piñero en la "Introducción de la Ciencia Moderna en España". Hoy, de forma paralela a lo que sucede en la Historia Universal, es inaceptable explicar la introducción de la Ciencia Moderna recurriendo exclusivamente a las obras de algunas grandes figuras y también lo es, explicarla, sin tener en cuenta el lento progreso cultural que desemboca en las ACADEMIAS.

Durante la Edad Media, las Universidades tenían por misión preparar para las profesiones Eclesiásticas, jurídicas y médicas. A partir del Renacimiento, empezaron a formar eruditos, latinistas, helenistas, etc. La enseñanza de las ciencias permanece durante largo tiempo como accesoria, ya que no preparaba para ninguna profesión y su desarrollo es muy lento, y la Facultad de Artes encargada de la enseñanza de la Filosofía natural como la llamaban, introdujo hacia el siglo XIII el estudio de las Ciencias Naturales, pero tal como se encontraban a partir de los tratados de Aristóteles. De las misma manera que la Facultad de Medicina no conocía más que a Galeno, la Facultad de Artes, bajo la influencia de los dominicos, no conocía más que a Aristóteles, transformándose así las Facultades de Artes en Facultades de índole filosófica.

Al lado de los principios aristotélicos concernientes a las grandes cuestiones de la filosofía natural como la concepción de la materia, se enseñaban algunos elementos de matemáticas y mecánica, y sobre todo, cosmología, derivada esta última de las teorías de Ptolomeo. Es en las Facultades de Medicina donde se refugia y concentra la enseñanza de la Anatomía y de la Historia Natural.

Se comprende por de pronto, que la enseñanza, digamos *oficial*, no proporcionase a los estudiantes un bagaje científico considerable, pero lo que no se encontraba en la Universi-


INVECTABLE

ASOCIACION ANTIBIOTICA-INMUNITARIA-ANTIINFLAMATORIA

TETRA-HUBBER 1/4, 1/2 y 1
DEXAMETASONA

INYECTABLES-LIOFILIZADOS

PRESENTACION Y FORMULA:

Frascos con tapón perforable conteniendo en producto liofilizado:

	1/4		1/2		1	
Gamma globulina humana	50	mg	75	mg	100	mg
Clorhidrato de tetraciclina	100	»	150	»	200	»
Succinato de cloranfenicol	275,4	»	413,1	»	550,8	»
(equivalencia en cloranfenicol activo)	200	»	300	»	400	»
Estreptomicina base (sulfato)	250	»	500	»	1.000	»
m-sulfobenzoato sódico de dexametasona	0,763	»	1,526	»	3,052	»
(equivalencia en dexametasona base)	0,5	»	1	»	2	»
Clorhidrato de lidocaína	30	»	50	»	50	»

ADMINISTRACION Y DOSIS:

TETRA-HUBBER 1/4 DEXAMETASONA

Niños: Un frasco al día por cada 10 Kg. de peso.

TETRA-HUBBER 1/2 DEXAMETASONA

Niños: De ½ a 1 frasco diario.
Adultos: Un frasco 2 ó 3 veces al día.

TETRA-HUBBER 1 DEXAMETASONA

Adultos: Un frasco diario.

Siempre salvo mejor criterio facultativo

LABORATORIOS HUBBER, S. A.

Fábrica y Laboratorios de Productos Biológicos y Farmacéuticos

Berlín, 38-48 - BARCELONA-15 (España)

dad, se iba a buscar en donde se hallare. Ciertamente, los viajes de ampliación de estudios tienen una vieja tradición. Las grandes vías de comercio y de migraciones religiosas, peregrinajes y cruzadas, facilitaban el intercambio entre el Occidente y el Oriente y penetraban aun en las islas británicas y países septentrionales. Así todos aquellos que querían de verdad formarse, los vemos pasar sucesivamente muchos años cerca de los grandes maestros. Incluso cuando habían adquirido alguna reputación, continuaban frecuentemente llevando una vida errante, enseñando algunos años en alguna ciudad, para pasar luego al servicio de algún Príncipe, y recalando ya definitivamente cuando la ocasión se presentaba, veían acudir cerca de ellos a estudiantes de todos los países. *De discípulos se habían convertido en Maestros.*

Es así cómo se extendían los conocimientos, de hombre a hombre, en un tiempo en donde el simple particular no tenía los medios de cambiar correspondencia escrita con otros congéneres, o en donde la circulación de los manuscritos o libros a través de los diferentes países no daba lugar más que a un comercio muy restringido, del cual sólo se beneficiaban las obras clásicas. Es así como en Cataluña Arnald de Vilanova y Raimond Llull alcanzaron los secretos alquímicos que les tenían que hacer célebres. Frecuentemente, el interés de los poderosos por los sabios tenía motivos no muy puros y procuraban asociar y poner a su servicio el poder de la astrología y de la alquimia, cuya división entre ciencia y magia no era entonces muy clara.

El Renacimiento desde el punto de vista científico es un período de transición, sobre el que pesa aún la herencia de los tiempos precedentes sin dejar entrever la brusca evolución que se preparaba.

Con el siglo XVI empieza a manifestarse la idea, que pertenece a los gobernantes, en tanto que Jefes de Estado, el favorecer el estudio de las Ciencias y de las Artes. Cuando en 1552 la reina de Escocia llama a su Corte a Jerónimo Cardan, médico muy reputado, lo hace evidentemente por motivos muy personales. Más desinteresados lo fueron el Rey de Dinamarca, que le ofrece 800 ducados por año, y el Rey de Francia, que aun le hizo proposiciones más beneficiosas; ambos le pidieron que fuera a su país, no para curarlos, sino para continuar sus trabajos científicos.

En Italia, los Duques y Cardenales empiezan a mantener a su lado a artistas,filósofos y sabios. En 1530, Francisco I nombra sus primeros lectores y profesores reales, cuya reunión, desemboca más tarde en el celebrado Colegio de Francia. Es por la recomendación del Landgrave que Fededico II, rey de Dinamarca, instala a Tycho Brahe en la isla de Huen, en el Báltico, e hizo construir para él el observatorio de Uranienborg. A la muerte de Federico II, Tycho Brahe fue llamado por el emperador Rodolfo II y dispone en Praga de una casa-observatorio, dos secretarios y

un ayudante, nada menos que Ivan Kepler. A su muerte, es su ayudante el que le sucede como astrónomo del Emperador.

De las numerosas adquisiciones técnicas de la Edad Media es sin duda alguna la imprenta la que más influencia tiene en el progreso de la civilización. Aunque sus elementos primarios son oscuros en cuanto a su origen, la utilización práctica de caracteres móviles, deviene un auxiliar incomparable para la difusión de los conocimientos científicos. En 1482 se imprimen los Elementos de Euclides, y a partir de entonces, la reproducción de los textos *científicos* sigue a un ritmo muy acelerado y una clientela cierta se forma alrededor de las Universidades.

Hacia finales del siglo XVI, al lado de los sabios propiamente dichos, se empieza a formar un público capaz de interesarse por los trabajos científicos y de seguir los descubrimientos con mucha curiosidad e inteligencia. No se puede comprender el período de la Historia de la Civilización que se extiende de Galileo a Newton si no se tiene en cuenta esta circunstancia. Los nuevos métodos de la ciencia y la ruptura con la dialéctica de la escuela aristotélica no son suficientes para explicar la eclosión de la ciencia moderna, si no hubiera este público erudito que agotando los temas puestos a discusión, comentando con espíritu crítico los argumentos de los unos y de los otros, dieron lugar a este intento de hallar la Verdad que constituye lo que entendemos hoy por Ciencia, y dando al mundo sabio una fisonomía particular, que es su fisonomía moderna, su fisonomía actual, y desde entonces la ciencia vive y se desarrolla sobre dos principios: colaboración y publicidad.

En el siglo XVI se encuentran algunas Academias cuyo nombre tomado de la filosofía griega, fue utilizado para designar una asamblea de amantes de las Letras y de las Artes —es decir científicos— que se reunían periódicamente o no, con el objeto de gustar conjuntamente los placeres intelectuales. Su existencia fue más o menos breve. El alquimista G. B. della Porta había fundado en Nápoles, en 1560, una Academia en la que nadie podía ser admitido sin que aportara un descubrimiento nuevo o secreto. Por eso se le llamó "*Accademia secretorum naturae*". Más tarde se crean otras, siendo el modelo clásico la "Accademia del Cimento", en Florencia, que tuvo su primera sesión en 19 de junio de 1657, y cuyo mismo nombre —el experimento— es todo un programa. Su ejemplo debió influenciar en gran medida en el desarrollo de las academias francesas e inglesas y constituye un episodio de los más fecundos en la Historia de la Ciencia.

Más tarde, la institución académica, al pasar a Francia y a Inglaterra, se había ya renovado y superado, y en Alemania mismo se encuentra, quizá con prioridad a las naciones antes mencionadas, el "Collegium naturae curiosorum", que reunidos y convocados por el alcalde de Schweinfurt-sur-le Main, reunía a un conjunto de hombres cultivados con el objeto de

discutir sobre Medicina, Física e Historia Natural. ¿No fue Séneca quien dijo que la *curiosidad* es la característica del hombre?

De estas Academias más o menos intermitentes, salieron las dos grandes instituciones europeas permanentes, la "Royal Society de Londres" primero, y la "Academie de Ciencias" de París después. La "Royal Society" no surgió espontáneamente, sino que primeramente se reunían, con precaución por razones políticas, entre otros sabios, los médicos Glisson, Merrett y el *farmacéutico Petty,* en cuya farmacia tenían las reuniones. Por razón a su clandestinidad un poco irónicamente, Boyle le dio el nombre de "Colegio invisible". Al morir Cromwell en 1658, y restaurado en el poder Carlos II, obtuvieron de éste la garantía de un decreto real de fundación, que fue registrado en 15 de julio de 1662.

Cuatro años más tarde, en 1666, la Academia de Ciencias de París vio oficialmente la luz pública, pero también después de un tiempo cuya actividad oficiosa dio lugar a múltiples incidencias no desprovistas de interés para la Historia de la Ciencia. El ministro Colbert pide a su médico Samuel Dullos que le indique, naturalistas, físicos y químicos. Quiero señalar los nombres de Cureau de la Chambre, médico del rey, Claude Perrault, anatómico, Jean Pecquet, fisiólogo, Luis Gayant, médico, Bourdelin, químico, Marchant, botánico, Mariotte, físico, Geofroy y Lemery, farmacéuticos, cuyos ingresos son de 1707 y 1699 respectivamente. Se reunían en el Louvre, cuyos locales ocuparon durante más de un siglo.

Veis ya, pues, en los albores de las Academias más antiguas y prestigiosas de Europa, mezclados los nombres de los médicos con los de los farmacéuticos, y no podía ser de otra manera, puesto que no eran en modo alguno Corporaciones profesionales, sino exclusivamente científicas, ya que la Ciencia tiene sus fronteras borrosas.

¿Y en España? También llegaron las ansias renovadoras, y si la Península no contó con científicos cabeza de serie con Buffon, Lavoisier o Linneo, puede sin embargo hablarse entre otros, del mencionado Feijoo, que si no descubridor, sí fue divulgador de toda una cultura, a Jorge Juan, Elhuyar, del Río, Piquer, Casal, quizá Solano de Luque —el del pulso—, Gimbernat, Asso, Gómez Ortega, etc. Estos hombres sumaron sus esfuerzos a los del Poder Real, al que pedía la "ilustración" y las reformas que España necesitaba, y los avances en el campo científico fueron bastante notables, sobre todo durante los reinados de Fernando VI y Carlos III. Secundaron a esos Monarcas, ministros como Grimaldi, Carvajal, Porlier, Floridablanca y Aranda.

La primera fase de la renovación científica española abarca los veinticinco o treinta años finales del siglo XVIII, y su característica es la iniciación en nuestro país como fenómeno histórico, de la ruptura abierta con los principios tradicionales, y de la asimilación sistemática de las nuevas corrientes científicas. Y ello no fue sin

lucha, entre los *intransigentes* y los *moderados,* estos últimos aceptando las novedades que parecían innegables, pero como unas rectificaciones de detalle que no afectaban la validez de las doctrinas tradicionales; los primeros, prefiriendo incluso a negar lo innegable antes de comprometer en algo la coherencia de sus doctrinas. Frente éstos, sus opositores, los *novatores,* nombre entonces despectivo, que fueron no sólo combatidos sino algunas veces perseguidos por la Inquisición como heréticos o judaizantes. Parece curioso anotar cómo la transformación paulatina de las estructuras socioeconómicas favorecieron a estos últimos. En 1682 una ley reaccionaba contra la deshonra legal del trabajo y ya no se perdía la condición de noble por el hecho de poseer fábricas o industrias con tal que los titulares no trabajasen con sus propias manos. También algunos nobles preilustrados, al igual que en el extranjero, se interesan por la Ciencia y actuaron de mecenas de los *novatores.* Tal es como ejemplo el de Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.

En 1687 apareció en Madrid un libro, uno de cuyos títulos decía: "Carta filosófica médico-chymica", verdadero manifiesto de la renovación, "en que se demuestra —sigue el título— que de los tiempos, y experiencias se han aprendido los mejores remedios contra las enfermedades". Su párrafo inicial no puede ser más terminante: "Es regla asentada y máxima cierta en toda medicina, que ninguna cosa se ha de admitir por verdad en ella, ni el conocimiento de las cosas naturales, sino es aquello que ha mostrado ser cierto la experiencia, mediante los sentidos exteriores. Asimismo, es cierto que el médico ha de estar instruido en tres géneros de observaciones y experimentos, como son: anatómicos, prácticos y químicos". Su autor es Cabriada.

Este libro provocó un enfrentamiento polémico entre los partidarios de la modernidad y los de la tradición, polémica que duró dos años, se mantuvo a base de una inacabable serie de folletos anónimos con cruce de insultos personales. En 1690 apareció un libro de Juan de Bayle, elogiando la iatroquímica y aparece en el texto bajo su nombre, con el título de boticario de Cámara, y también como espagírico (químico) de Carlos II.

La propuesta de Cabriada de fundar en Madrid una "Academia espagírica" intentó ser llevada a la práctica en 1693, pero no llegó a realizarse.

Si abundantes son, dentro de la literatura médica, las controversias entre los *novatores* y los *galenistas* acérrimos, también lo son entre los farmacéuticos, surgiendo igual disputa que polariza la obra de Félix Palacios "Palestra farmacéutica químico-galénica", que ya en su primera edición en 1705, fue decidido partidario de la farmacia química experimental, combatido por "Mesue defendido", de Flores, y por "Tyrocinium Pharmaceuticum", de Loeches. Ya antes, los farmacéuticos Gerónimo de la Fuente Pierola y Fray Esteban de Villa, incluyeron en sus obras un buen número de remedios

químicos, y el segundo llegó incluso a criticar acerbamente el miedo que se tenía ante estos últimos.

En Cataluña, tierra de *Marca* —de frontera—, había un clima científico propicio al contacto con la ciencia extranjera. En 1528 había nacido en Vic, Francisco Micó, que se dedicó en especialidad al estudio de la Botánica, herborizando personalmente, dibujando muchas plantas que dio a conocer al extranjero Delacampio, una de ellas desconocida y que en su honor se llamó *Verbascum Miconii*. También en su honor se dio el nombre de Miconia a un género nuevo de la Decandia, del que se describieron cuatro especies.

En 1616 pasó de Calella a Barcelona Juan Salvador Boscá, farmacéutico, que en peregrinación científica exploró botánicamente casi toda España, dando a conocer sus trabajos al francés Padre Barrelier. Hijo del anterior fue Jaime Salvador y Pedrol, a quien Tournefort llamó el "Fénix de España". Excelente naturalista, hizo amistad estrecha con Chicoineau, Maynoy y Nissole. Sus excursiones al Pirineo, Montseny y Montserrat le permitieron formar un Museo depósito de todas las riquezas naturales de Cataluña y de muchas exóticas logradas a cambio. Fundó Salvador, en las cercanías de Barcelona (San Juan Despí), el primer jardín botánico de España, y su nombre mereció que a una familia botánica se le diera el nombre de *Salvadoráceas*. Barcelona le tiene dedicado un monumento y una calle al padre y al hijo —*calle de los Salvadores*—.

No obstante estos ejemplos, quizás aislados, pero prematuramente cortados por la guerra de Sucesión española, de tanta influencia negativa para Cataluña, la primera institución científica española al servicio de las ideas modernas fue la que desde mayo de 1700 se llamara "Regia Sociedad de Medicina y otras Ciencias", de Sevilla y, ¿cómo no?, entre sus socios fundadores y director de su jardín botánico se encuentra Pedro Abad, boticario, y José Arcadio Ortega, también farmacéutico, que fue el secretario de la misma. Sin detallar, conviene que volvamos a evocar aquí las polémicas de sus fundadores iniciales con los maestros tradicionalistas de la Universidad de Sevilla. Fueron tratados aquellos, de inventores de nuevas ciencias, de atrevidos y aun cismáticos.

Un papel, más activo y más cercano a nosotros, desempeñaron los farmacéuticos en el siglo XVIII en la Academia de Ciencias de Barcelona. Esta Academia, hermana a la nuestra, nació con el nombre de Conferencia física, fue inaugurada el 18 de enero de 1764 en el domicilio profesional, es decir en la rebotica de la farmacia de su tesorero, el farmacéutico Francisco Sala, que junto con don José Mollar y Juan Sardañons, ambos farmacéuticos, figuran entre los 16 socios fundadores. Si la Academia de Ciencias de Barcelona se albergó por poco tiempo en una oficina de farmacia, en cambio, la Real Academia de Medicina de Madrid vivió cerca de 30 años en la que don José Hortega poseía en la calle de la Montera de aquella Ca-

pital. En esa farmacia se engendró aquella célebre tertulia literaria médidica, de la que fueron iniciadores con el muy culto farmacéutico ya citado don José Hortega, los señores don José Corralón, afamado médico del Duque de Solferino, y don Juan Andrés Besterrechea, experto cirujano de S. M. De esta tertulia salió la Academia cuyos Estatutos fueron aprobados en 13 de septiembre de 1734.

También Barcelona quiso tener su Academia de Medicina y sus primeros intentos fallaron por Orden denegatoria de 1764, por la oposición verdaderamente inconcebible del Real Protomedicato de Castilla, pero más tarde, en 29 de abril de 1770, quedó constituida la Academia de Medicina Práctica, a la que después, en 1785, Carlos III concedía el título de Real.

La fundación del Colegio de Cirugía de Barcelona debida a Virgili en pleno auge de las Academias y del espíritu que las informa, venía preparado por un ambiente local propicio. La Academia de Buenas Letras en 1729, la Junta de Comercio en 1758, la Academia de Ciencias Naturales en 1764 —desaparecida poco después—, etc., preparaban el ambiente, y como hemos indicado culminó con la de Medicina Práctica en 1770.

La fundación del Colegio de Cirugía había estimulado a la antigua Comunidad o Colegio de farmacéuticos de Barcelona a pedir también la creación de los estudios oficiales de Farmacia, independientes de la tutela del Protomedicato, peticiones que resultaron infructuosas entonces, siguiendo por lo tanto las sesiones científicas semanales en las cuales se estudiaban y rebatían las cuestiones más elevadas y controvertidas de su Arte. ¿No era, en cierto modo una Academia que prefiguraba la actual de Farmacia? Los estudios oficiales de Farmacia, ya independientes, no fueron decretados hasta finales del 1805, pero de hecho por motivo de la guerra napoleónica, aplazados hasta el 9 de febrero de 1815 con el nombre de "Real Colegio de Farmacia de San Victoriano".

Y preguntamos y se preguntan: en la actualidad, con el desarrollo y especialidad de las Ciencias, existiendo como existen Academias específicas de Medicina y de Farmacia ¿persiste todavía esta yuxtaposición de adictos de ambas profesiones? Pues sí; me basta citar, para no alargar demasiado esta conferencia, aducir el sólo ejemplo de la vecina Francia.

La Academia Nacional de Medicina francesa fue fundada en 1820. La sexta sección de esta Academia está formada por diez miembros residentes farmacéuticos, que actualmente son: M. M. Launoy, Fleury, Janot, Penau, Valette, Gautier, Guillot, Veluz, Fontaine y Courtois.

En 1946 fue transformada la Sociedad de Farmacia creada en 1803 en Academia Nacional de Farmacia, en la que figuran estatutariamente médicos que actualmente son: M. M. Binet, Roche, Courrier. Besnard, Wolff y Prevot.

Y en Barcelona misma, en su Academia de Farmacia, recientemente creada, de sus 35 sillones académicos,

se reservan 5 a cultivadores de ciencias afines (*Drs: García-Valdecasas, Cartañá, Calvet, Parés y Séculi,* y tres más simultanean las dos profesiones)

Y, es, que como ya hemos indicado antes, las fronteras de las diversas ciencias, no sólo son borrosas, sino que se anastomosan en sus diversas ramas; es más, no cabe una medicina aislada, como no cabe una ciencia nacional. El desarrollo de la investigación ha dado a la vida científica un carácter completamente nuevo. Los esquemas demasiado estrechos de las Universidades y de las Instituciones Académicas han sido desbordados, y nadie ignora el progreso colosal que han conocido a la vez, el arte de destruir y el arte de curar, debido principalmente al cuerpo de investigadores directamente retribuidos por los Institutos oficiales o privados; los institutos de investigación desprovistos de toda función docente se han diversificado y multiplicado. La dirección práctica del movimiento científico a escapado ciertamente a las Academias tradicionales que otrora y hasta el fin del siglo pasado, la ejercían sin disputa. Quizás ello constituye su más preciada gloria y le pertenece ahora el guardar el depósito y esencias del pasado científico, y ser testimonio con una cierta autoridad moral, una especie de "*Senatus Consultus*" en la nuestra, testigo de la evolución de la ciencia médica, basada en un humanismo, que debe tener los pivotes de toda ciencia que son la Verdad y la Libertad, porque como dice Mark Akensi-de, cuando la Verdad se digna venir, su hermana la Libertad no estará lejos.

* * *

En el año 1795 el farmacéutico Francisco Carbonell y Bravo, fue admitido en la Real Academia como socio libre que en número de 12 —no médicos— debían cultivar alguna ciencia natural conexa con la Medicina, y el 4 de mayo de 1797 fue honrado con el título de socio residente. Entonces, a petición de la Academia, dio gratuitamente un curso de Química aplicada a la Medicina (1797-1798). "Además de los socios de la Academia —escribía su discípulo Yáñez Girona—, asitían a sus lecciones diferentes personas de categoría, y la Corporación quedó tan satisfecha que le libró un testimonio auténtico de gracias que le honró en gran manera." Daba también Carbonell, el gran químico y farmacéutico, nacido en 1768, y cuya muerte acaeció en 1837, lecciones en carácter privado a discípulos que aspiraban a superar las pruebas necesarias para la obtención del título de farmacéutico que libraba el Protomedicato de Cataluña. Para uso de sus discípulos escribió y publicó en 1796 su obra "Pharmaciae elementa chemiae recentioris fundamenta innixa", que le hizo famoso en toda Europa, y que sirvió de libro de texto no solamente en España sino también en diversas escuelas de Francia. Deyeux, catedrático de Química en el Colegio de Medicina de París, escribía: "No me cansaré de repetirlo: esta obra tiene que ser preferida entre los diferen-

tes tratados de Farmacia publicados por diversos autores". En términos no menos elogiosos se expresaba Morelot; y Henry en el prefacio de su obra "La Pharmacopée raisonnée" declara que la obra de Carbonell le había servido de base para componer la suya. No es extraño pues que inmediatamente de su introducción en Francia, la obra tuviera que ser reimpresa y poco después, en 1801, se publicaba una traducción francesa, que a su vez tuvo que ser reimpresa en 1803, y todavía en 1820, el doctor J. H. Lloquet hiciera una nueva versión francesa, basada en la tercera edición española. No era frecuente, ciertamente en la época, que una obra científica española tuviera tanta resonancia extranjera. No puede explicarse el fenómeno Carbonell si no tuviéramos en cuenta el esfuerzo de las instituciones culturales barcelonesas. La benemérita Junta de Comercio añade en el espacio de tres años nada menos que cuatro escuelas, a las de Náutica y Nobles Artes ya existentes. La de Química inaugurada el 16 de mayo de 1805, regida por nuestro Académico Carbonell y Bravo, que no sólo contribuyó con sus lecciones a la formación de técnicos, necesarios para el progreso industrial de Cataluña, sino que contribuyó de manera decisiva a la formación de hombres de Ciencia, alguno tan ilustre como Mateu Orfila, el creador de la moderna toxicología. Orfila, menorquín —de Mahón—, había venido a Barcelona para estudiar Medicina y Cirugía, fatigado de los métodos de enseñanza de la Facultad valenciana. "Padre, escribió, mañana me voy a Barcelona; aquí perdería el tiempo; aquí enseñan anatomía, por los elementos de Heister, pero sin ningún cadáver, la medicina, recitando el texto, sin ver un solo enfermo..." Elogio anticipado de las enseñanzas que suponía en Barcelona, cuando aún no las conocía directamente, elogio que repetía cuando las hubo conocido, incluso cuando las hubo confrontado con las de la Facultad de París. "Apenas, llegado a Barcelona —escribe Orfila en sus memorias— trabé conocimiento con el sabio Carbonell —nuestro académico —añado yo—. Poco después asistía a sus cursos profesados en el Real Colegio y allí vi enseñar, ni más ni menos, cómo se enseña y practica aquí en Francia; todo aquello que es susceptible de ser aclarado por la experiencia, o con el auxilio de demostraciones, así se enseñaba, sin omitir ningún requisito. Carbonell y Bravo era un hombre de entendimiento justísimo y extraordinariamente preparado, y profesaba la química experimental con un lujo y una minuciosidad de la cual no se puede tener idea". Carbonell influyó para que Orfila fuese pensionado con la condición de que, al volver, sería profesor auxiliar suyo, es decir de Carbonell. Ya en París, Orfila estudió química y medicina, con el entusiasmo y el fervor de una vocación triunfante, y en 1811 se graduó con la calificación más alta, y allí quedó. ¿Fue la suya acaso la primera fuga de cerebros? Parece que se le invitó a regresar a España, pero no encontró las facilidades que espe-

raba para sus trabajos, ni tampoco la libertad deseada para organizar la enseñanza médica. Su valer indiscutible acabó llevándolo al Decanato de la Facultad de Medicina de París. Y no olvidó nunca a sus maestros de Barcelona, a Carbonell principalmente, y a los métodos docentes que aquí aprendió. El mismo nos lo dice en sus referidas "Memorias" en párrafos los más entusiastas y elogiosos.

Aunque, al parecer, un poco marginado tengo por su íntima relación ambiental, que hacer referencia ligera a la Escuela de *Botánica* establecida también por la Junta, a finales de 1807, bajo la dirección del académico y publicista Juan Francisco Bahí, de acuerdo con el Colegio de Cirugía, al cual pertenecía el jardín botánico, cedido por el marqués de Ciutadilla, y que al decir de Ruiz y Pablo, fue la admiración de los estudiosos. Por cierto, que en "Cal l'Esquerra", de Albinyana, los actuales propietarios muestran un curioso microscopio portátil que dejó olvidado Antonio de Montpalau, eximio naturalista barcelonés, y que junto con el doctor Escofet, hombre dado a la pura especulación científica, dialogaban con talante crítico-científico, por los cerros de Albinyana. Pues bien, nuestro académico Francisco de Bahí, ya citado, publicó buena parte de estas conversaciones en un opúsculo titulado "Instrucción o Memoria histórico-crítica-práctica, sobre el fomento y progreso de la agricultura por medio de la fertilización de la tierra". Otra Escuela, la de *Mecánica,* dirigida por el famoso Académico Francisco Sanponts, Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas, autor de un "Análisis de las aguas minerales de Gavá", Escuela inaugurada el 2 de enero de 1808, y que desveló idéntico entusiasmo, y la cátedra de *Física,* también fundada por la tantas veces citada Junta de Comercio, y regentada por el también Académico doctor don Pedro Vieta. Fíjense, que estos Académicos, y algunos otros como Ignacio Ametller, Doctor en Ciencias físico-matemáticas, etc., aunque médicos, en realidad lo que profesaban eran ciencias afines, más próximas a la Farmacia que a la Medicina misma.

La Junta de Comercio, los miembros de la cual fueron sustituidos por Orden del General bonapartista Duhesme, vio sus clases desiertas y su profesorado fugitivo a causa de la invasión napoleónica. Por lo que hace referencia a nuestro Francisco Carbonell, figura principal del profesorado de la Junta, en septiembre de 1809 se dirigió a la misma renunciando a la Cátedra con el pretexto del estado de su vista muy deficiente —decía— a causa de una lesión en un ojo provocada en un experimento de Química. Huyó a Mallorca, donde continuó sus trabajos y enseñanzas de Química y Mineralogía.

Hablando de Carbonell, como a profesor escribía su discípulo Yáñez Girona, "Se hallaba dotado con perfección del difícil arte de enseñar: su explicación reunía todas las circunstancias que al efecto se requieren, claridad, concisión, orden y exactitud, he

aquí las condiciones que brillaban en las explicaciones de Carbonell".

Perteneció también a la Academia de Ciencias y Artes, en donde su labor fue extraordinaria, y valga como regla general la pertenencia en ambas Corporaciones de muchos de nuestros Académicos - farmacéuticos. Publicó obras como "Ejercicios públicos de Química" (1818), y principalmente unas Memorias mensuales que durante seis años editó la Junta de Comercio y de cuya redacción estaban encargados nuestro Carbonell, con los ya citados Samponts y Bahí, de la Academia de Medicina y Ciencias conjuntamente.

Le reputación europea de Carbonell aumentó mucho cuando presentó a la Escuela de Medicina de Montpellier su famosa tesis intitulada "De chemiae ad medicinam applicationis usu et abusu disceptatio", en la cual trazó los límites de la Química a la Medicina.

Se jubiló en 1832 y a poco, en 1837, como hemos indicado, murió, pero su obra le pervivió durante algún tiempo, ya que su sucesor en la Cátedra, José Roura, fue químico eminente y el introductor en Barcelona de la iluminación por medio del gas, y contribuyó muchísimo al progreso de los procedimientos industriales empleados en Cataluña.

Si queremos trazar de una manera fría los títulos científicos de nuestro Académico-farmacéutico, resumiéndolos y conjuntándolos, diremos:

Maestro en Artes; Boticario honorario de Cámara de Su Majestad; Catedrático Director por S. M. de la Escuela de Química de la Real Junta de Comercio; Boticario Colegial de Barcelona y del Real Colegio de Boticarios de Madrid; Boticario por S. M. de la Real Audiencia de este Principado; Comisionado por S. M. para el análisis de las aguas minerales de Cataluña, Aragón y Valencia; Inspector de los géneros medicinales de la Aduana de Barcelona; Secretario para la correspondencia extranjera de la Real Academia de Medicina; Director de Química de la Real Academia de Ciencias Naturales; Botánico aprobado en el Real Jardín de Madrid; Socio correspondiente de la Real Academia Matritense; Miembro titular de la Sociedad Académica de Ciencias de París; Socio corresponsal de la Sociedad Médica de emulación de la misma Capital, y Socio corresponsal de las de Ciencias de Montpellier.

¿Es de extrañar que su retrato y nombre se perpetúen en el friso alto del Paraninfo de la Antigua Universidad Central —la de la calle de San Bernardo— como exponente de la Ciencia hispana y paradigma para nuestra profesión? ¿Es de extrañar que Barcelona, su patria natal, le dedique una calle cabe las inmediaciones de Pedralbes?

Ya exclusivamente farmacéuticos fueron, de los ingresados en 1851, don Pedro Roqué Paganini y don Antonio Sánchez Comendador —ingresado este último en 1873—, Catedráticos ambos de la Facultad de Farmacia, farmacognosta famoso el último, y asimismo Académico de número de nues-

tra Real Academia de Ciencias y Artes, cuya medalla núm. 6 ostentó. Fue también Decano de nuestra Facultad.

Una reforma en los Estatutos de las Academias Oficiales de Medicina tuvo lugar poco después y fue la creación en las mismas de dos importantes secciones, la de Farmacia y la de Veterinaria, concretando en estas secciones lo que en los estatutos fundacionales se llamaban sin precisar "Ciencias conexas a la Medicina". En este aspecto la Academia no mostró duda alguna y el doctor don Vicente Munner y Valls fue uno de los primeros elegidos como a tal farmacéutico. El doctor Munner, con justicia, era reputado como uno de los primeros químicos españoles con sólida y envidiable reputación en el escabroso camino del análisis químico, ilustrando al mismo tiempo la Hidrología médica con notables investigaciones. Profesor recto y celoso había sabido infundir en sus numerosos alumnos el amor a la Ciencia, los que al mismo tiempo que le respetaban, le apreciaban. Llevaba su amor al trabajo hasta la obstinación, y el culto a la verdad hasta la intransigencia. Semejantes cualidades le pusieron en condiciones de extender su actividad más allá de la cátedra y del gabinete, formando parte de varias asociaciones científicas y empresas comerciales, no como mero socio, sino como Director eficiente, imprimiéndoles una actividad que antes no tuvieron, en bien del desarrollo de los intereses y de la industria del país.

Esta extensión a otras actividades es de fuerte raigambre en las estructuras culturales, filantrópicas o económicas de Barcelona y fueron constantes en nuestros académicos no recluidos en su torre de marfil sin el contrapeso de lo social, piedra de toque de toda personalidad destacada. Así, en 1894 hubo que deplorar la desaparición del Académico-farmacéutico barcelonés doctor don Ramón Marques y Mata, hombre muy estimado por sus estudios, entre los que destaca uno sobre "El naranjo y perfeccionamiento de sus aguas destiladas", que le valió el ingreso en la Academia en 1856. Movido por su espíritu filantrópico legó a la benemérita "Asociación barcelonesa de Amigos del País" un capital fundacional para otorgar cada año el equivalente al valor del título de farmacéutico al alumno de nuestra Facultad más distinguido por sus estudios, premio que sigue otorgándose en la actualidad.

El Excmo. señor don Julián Casaña y Leonardo sucede al doctor Munner antes citado. Era el doctor Casaña, nuevo crisóstomo, pico de oro le llamaban, catedrático de Química Orgánica de nuestra Facultad y Rector de la Universidad, es decir superior jerárquico en el Distrito Universitario de Barcelona. Quizá no hiciera especial hincapié sobre tal circunstancia —por otra parte cargo tan espinoso antes como ahora— si no fuera que ella hiciera resaltar otra de mucho valer para los dedicados al estudio y era su amor a la enseñanza. Rodeado de apremiantes ocupaciones, las más heterogéneas a veces, cuando en el reloj del estabelcimiento sonaba la hora en

que debía entrar en clase, todo se detenía, todo se aplazaba, para descender a la misma y con su toga y birrete ocupábase con su palabra mágica, de la intrincada fórmula orgánica, sin olvidar la guía, el maestrazgo en el rudimentario gabinete de la Facultad —único existente entonces— de prácticas, naturalmente reducidas a la preparación o aislamiento de algunos productos o principios orgánicos. Acaso facilitara este cumplimiento estricto de lo que consideraba su indeclinable deber, el alojamiento que él y su familia tenían en el mismo edificio en la parte que hoy son oficinas de Secretaría General. Este ejemplo, en realidad poco común en nuestro país, en donde frecuentemente se hallan en el Profesorado ilustraciones eminentes que es imposible negar, son honra de su tiempo, pero que apartados de la enseñanza por ocupaciones que hicieron predilectas, dejan vacías sus Cátedras, durante un largo período de su carrera universitaria, con menoscabo de la juventud estudiosa, cuya ilustración les fuere confiada.

Con sobrada maestría tocó el doctor Casaña en su discurso de ingreso "Del medicamento en general en el concepto farmacéutico", tres o cuatro cuestiones interesantes para la farmacología de su época, y también otras, que rozan con la seguridad en la administración de los medicamentos y por consiguiente con la higiene pública en sus disposiciones legales.

En su discurso de contestación, el Dr. Carbó y de Aloy fija el concepto del farmacéutico de su tiempo, bella estampa retrospectiva. Cree que el farmacéutico es un funcionario público, destinado a un establecimiento público también, a cumplir las prescripciones facultativas referentes a las sustancias medicamentosas con correcta exactitud, pues de no ser así pueden éstas convertirse en inútiles o peligrosas para la existencia del enfermo. La falta de esta exactitud debe considerarse como un medio atentatorio contra la salud del individuo igual a cualquier otro. Al depositar el enfermo, o sus allegados su confianza en el farmacéutico, lo hacen en virtud de las garantías que los gobiernos deben procurar en estos funcionarios, sometiéndoles antes de permitir el ejercicio de su profesión a pruebas de indiscutible idoneidad, y esta *seguridad* es lo que se *remunera* en el terreno particular o privado del farmacéutico.

Perteneció el doctor Casaña, como tantos otros de nuestros comprofesores, a la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, cuya medalla número 11 ostentó, y cuya Presidencia ejerció durante los cursos de 1876 a 1878 y por segunda vez de 1884 a 1886.

Trasladado a Madrid, cuya Cátedra de Historia de la Farmacia en el doctorado de nuestra Facultad pasó a regentar, con su renuncia llenó el cargo de Académico correspondiente (1896) de acuerdo con el Reglamento interior corporativo.

También como tantos otros don Francisco de A. Arola, Profesor de la Facultad de Farmacia compartió sus acitvidades científicas entre las dos

Academias hermanas. En la de Ciencias usufructuó la medalla núm. 34, en la de Medicina ocupó el sillón correspondiente a la sección de Farmacia, ingresando en 1884. Dimitió al ser nombrado Catedrático Númerario de Santiago de Compostela.

Don Ramón Codina Länglin nació en Barcelona el día 3 de mayo de 1842, se doctoró en Farmacia en 1869 y falleció el día 20 de diciembre de 1905. Ejerció la profesión en todos sus distintos aspectos y aún subsiste la Oficina de Farmacia en la que pasó casi toda su vida de trabajo, en el núm. 70 de la barcelonesa calle de San Pablo.

Fue Académico correspondiente de las de Medicina de Zaragoza, Palma de Mallorca y Médico-Quirúrgica de Madrid. Varias veces Presidente y Secretario del Colegio de Farmacéuticos de Barcelona y Corresponsal de los de Madrid, Valencia, Cádiz, Bruselas, Amberes, Oporto y Nueva York.

Químico forense de esta Audiencia, Subdelegado de Farmacia, Vocal de la Junta Provincial de Sanidad, del Jurado de la Exposición Universal de 1888. Vice-Presidente de la Junta Provincial de Caridad y Vocal de la de Gobierno de la Caja de Ahorros, Concejal de nuestro Ayuntamiento y Diputado Provincial.

Sucedió al doctor don Antonio Sánchez Comendador, ya citado, y en sesión necrológica exprofeso (1889) fue nuestro biografiado doctor Codina Längrin, encargado de pronunciar en su elogio la oración fúnebre.

La recepción en nuestra Academia tuvo lugar el 26 de marzo de 1890 y el discurso manuscrito de 27 páginas que lleva fecha de 1889 tiene por título "Observaciones sobre los distintos procedimientos recomendados para la obtención del subnitrato de bismuto medicinal".

En todo su trabajo emplea la notación química dualista, que demuestra conocer muy a fondo y ya desde un principio reconoce y hace resaltar en contra del parecer de ciertos químicos, que en la obtención de dicha sal básica existe un equilibrio, que nosotros llamaríamos hidrolítico, dependiente de las cantidades de nitrato de bismuto neutro y de agua, puestas en juego, del tiempo que dura su contacto, y de la temperatura a que se verifique la reacción.

La fórmula que da de la sal básica, especie química que debe constituir la práctica totalidad de la especie farmacéutica, traducida a nuestra notación unitaria, coincide con la que se le asigna en la actualidad.

Critica de forma correctísima y mesurada los métodos de obtención consignados en nuestra Farmacopea de 1884, en la Germánica de 1882, en la Británica y Francesa de 1884, reconociendo razonadamente como más completos y precisos los de estas dos últimas; se ocupa a continuación de los métodos de obtención no oficiales de Duflos, Bechamp, Schmidt, Winkler y Fremy, criticándolos razonadamente también y sin apasionamiento después de haber analizado muestras de bismuto adquiridas en distintas fábricas

de productos farmacéuticos que declaraban haberlas obtenido por los métodos propuestos por dichos autores.

Termina su discurso proponiendo que las Naciones y los fabricantes procuren ponerse de acuerdo para elaborar un método de obtención que permita disponer de un subnitrato de bismuto oficial de igual composición, y por lo tanto de acción terapéutica siempre constante.

Esta idea unificadora la desarrolla ampliamente en el Discurso inaugural de curso el día 30 de enero de 1900. Lleva por título "Necesidad de fijar un coeficiente posológico en los medicamentos galénicos". Basado en los acuerdos tomados en el Congreso Internacional de Farmacia de 1885, en el de Médicos de 1886, en los de Farmacéuticos de 1895 y 1898 y en el internacional de Química de 1896, con una serie de ejemplos perfectamente escogidos, demuestra las enormes variaciones que en principios activos poseen los medicamentos, bien sea por las diferencias naturales que debido a causas externas presentan los materiales con los que se han obtenido, bien sea por la diversidad de fórmulas, de preparación consignadas en las distintas Farmacopeas. Esta variedad que reconoce es de poca importancia para los medicamentos de los que el médico no espera una acción específica o inmediata, ocasiona enormes trastornos al terapeuta y al enfermo cuando se trata de medicamentos de acción enérgica y específica. Esta unificación de la actividad de los medicamentos de acción heroica es de capital importancia, entonces y ahora, "para que el médico de cualquier país, al disponer la prescripción de un medicamento de igual denominación, pueda contar siempre con una única y constante acción terapéutica".

No pensaría seguramente el doctor Codina Länglin que a poco más de dos años y medio de su referido discurso fuera nombrado Delegado Oficial —con pasaporte diplomático— representante y plenipotenciario de España en la 1.ª Conferencia internacional para la unificación de las fórmulas de los medicamentos heroicos tenida en Bruselas en septiembre de 1902, y asombrará más, todavía al constatar que otro Académico-farmacéutico también barcelonés de nacimiento, el doctor Soler y Batlle, representaría a España —también como plenipotenciario— en la 2.ª Conferencia internacional tenida asimismo en Bruselas en 1925.

Fue Codina Länglin uno de los autores farmacéuticos más fecundos, pasando de 50 sus trabajos científicos pronunciados o publicados en diferentes corporaciones sabias o en las revistas profesionales, abarcando un extenso abanico de conocimientos desde los propiamente galénicos y bromatológicos, hasta los legales y analíticos. Honró a la Academia y a la profesión en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX.

El doctor don Pedro Genové y Colomer sucedió en la vacante al doctor don Francisco de Paula Aguilar, farmacéutico erudito y práctico consumado, laborioso, pensador fecundo,

razonador inagotable y consejero atinadísimo; su palabra y sus movimientos, siempre acompasados, recordaban —escriben sus biógrafos— el isocronismo de una péndula de reloj; su argumentación era lógica y contundente, y cuando manejaba el sofisma, parecía desconcertar a su contendiente, y lo hacía con buen gracejo. Desgraciadamente su colaboración en los trabajos académicos fue poca, pues su dilatada enfermedad, acabó y destruyó antes de tiempo su trabajada existencia.

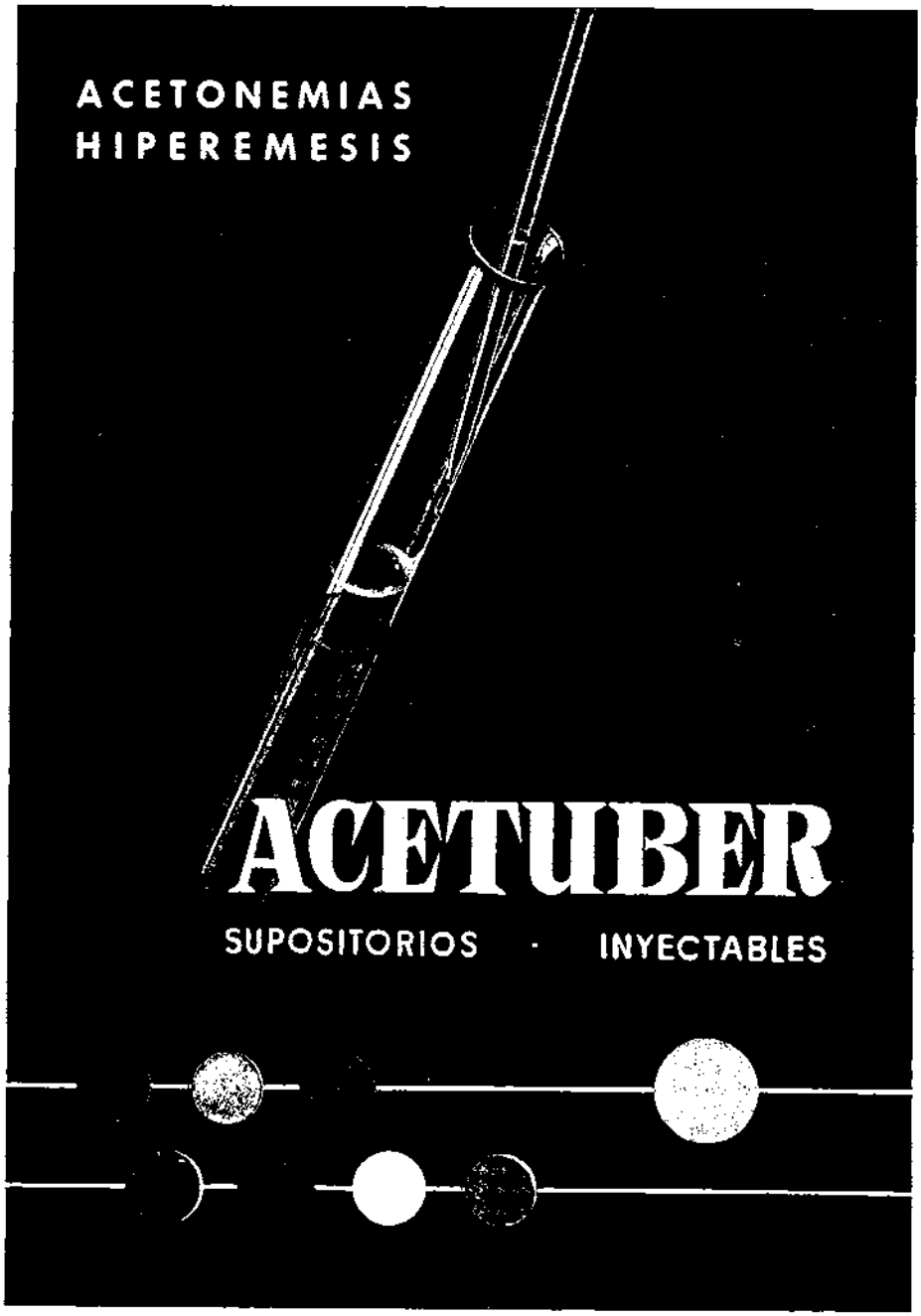
El discurso de ingreso del doctor Genové (27-XI-1891) versó sobre la "Reforma que debiera introducirse en el ejercicio de la Farmacia como función social". Como podéis observar, el tema parece de hoy y es que estamos ya en víspera de lo que se ha dado en llamar "crisis científica de la Farmacia". Preconiza ya la limitación de farmacias como remedio a una competencia desleal; se lamenta de la recluta discriminatoria que muchas veces se hacía —¿se hace hoy?— en las familias, para elegir carrera para el joven bachiller. No es raro —dice— que si la familia tiene medios para ello y se trata de un joven de talento, le incline a estudiar la carrera de ingeniero de caminos, civil o militar, por conceptuarla muy distinguida e importante, o bien la de ingeniero industrial como más afín; si la familia es devota le aconseja que tome el estado eclesiástico; pero si el interesado no siente una vocación decidida por el derecho canónico y la disciplina eclesiástica, resuélvese el problema persuadiéndole a que sea médico o farmacéutico, porque a su entender, son estas carreras lucrativas, principal desideratum que no pierden de vista los padres, en bien de sus hijos, pasando muy por alto las dotes de inteligencia y de vocación que ha de tener el pretendiente, condiciones esenciales que se requieren para el mejor desempeño y acierto en toda profesión. Son —dice en 1891— las carreras de ciencias médicas la bandera de enganche donde se reclutan la mayoría de todos aquellos que son hijos de familia de escasos recursos, por las facilidades que tienen de seguir sus estudios, colocándose de mancebos en las boticas, para ganarse la subsistencia. Pasan por las mallas del tamiz farmacéutico lo mismo el joven acicalado de talento, como el indolente de escasas dotes de inteligencia, el puritano como el tolerante, el laborioso como el haragán, el entusiasta como el pusilánime; y de esta variedad de caracteres surgen naturalmente criterios opuestos en el desempeño de su cargo, y no es posible un régimen y línea de conducta uniforme, en beneficio de la clase y del público.

¿Es posible a 80 años vista, escribirse las mismas palabras? Pues, casi, casi. La limitación de farmacias no es propiamente hablando tal limitación, sino una reglamentación, a título provisional, basada simplemente en el monopolio a perpetuidad de las ya existentes, y dificultando el ejercicio profesional estricto, incluso a los más dotados de talento, si éste no va acompañado del suficiente capital, que por razón de la evolución industrial de la

farmacia es cada vez mayor. Cierto que la Universidad sigue siendo en su mayoría clasista y ello no se corrige con becas, siempre insuficientes, ni incluso con becas-salario, sino creando nuevas Universidades y cerrando la Universidad y Escuelas Superiores a los que faltos del talento entorpecen su labor, en beneficio de los que con verdadera vocación e ingenio puedan el día de mañana ser útiles a la Sociedad y honra de la profesión. *¡Numerus clausus!* No; pero debe haber unos límites; los que la Universidad pueda ofrecer para que la enseñanza no sea estéril.

Cierto que la figura evocada del mancebo de botica es un tanto antañona, pero cualquier trabajo honrado es loable, y tanto más, como el aprendizaje en la farmacia ha servido a tantos, como han dado lustre a su profesión y lauros a la Ciencia o a las Artes. ¿Cómo no recordar en este momento a Claudio Bernard, el gran fisiólogo que desde joven tuvo que atender a sus más perentorias obligaciones entrando como practicante en una farmacia de Lyon? ¿Cómo no recordar al gran químico Juan Bautista Dumas que a los 15 años entraba en una farmacia de su pueblo (Alais) para trasladarse un año después a Ginebra en la farmacia de Le Royer, en donde se familiarizó en el laboratorio de dicho farmacéutico? ¿Cómo no recordar a Enrique Ibsen, uno de los más estimados dramaturgos, quizás el más ilustre después de Shakespeare, que pasó de los 15 a los 20 años como practicante en una farmacia de Grimstead (Noruega)? ¿Cómo no recordar al que fue Carlos Guillermo Scheele, quien no tuvo, ni quiso tener jamás en su vida otro honor que el ser farmacéutico de Köping, humilde pueblo de Suecia, la misma farmacia en la que sirvió como mancebo? De esta oficina salieron tan gran número de descubrimientos que fueron el asombro de sus contemporáneos y serán siempre la admiración de todos aquellos que saben o puedan apreciar lo que ellos representan. El oxígeno, el cloro, los ácidos fluorhídrico, fluosilícico, arsénico, molibdeno, wolfrámico, cítrico, láctico, málico, prúsico, gálico, úrico, la glicerina, la manganesa como tierra especial, la barita con el nombre de tierra pesante, sales diversas y muchos otros más, pregonan sus dotes de talento y la precisión que empleaba en sus investigaciones, mucho más de admirar, cuando entre las buenas cualidades que le acompañaban sobresalían, de un modo extraordinario, su sencillez y su modestia, a tal extremo, que ni las tentadoras ofertas de Federico II de Prusia, consiguieron apartarle del ejercicio profesional, en el que halló gloria científica imperecedera.

Pero no es sólo en el pasado que toma figura el mancebo de botica o práctico de farmacia. Posiblemente muchos no recordaréis que también lo ha sido a los 14 años Herbert George Wells, uno de los grandes escritores contemporáneos, y que es sin duda el de imaginación más ilimitada. Su familia de baja clase media, anhelaba elevarlo a la categoría de "cuello planchado", eufemismo inglés, con que vulgarmente se designa el prestigio de una


ACETONEMIAS
HIPEREMESIS
ACETUBER
SUPOSITORIOS · INYECTABLES

TASUMICINA

KANAMICINA + PANTOTENATO CALCICO

Es el producto que, respaldado por C.E.P.A., ofrece al clínico las siguientes ventajas:

EFICACIA

Tasumicina es eficaz en infecciones por gérmenes gram-positivos, gram-negativos y por mycobacterias (tuberculosis).

SEGURIDAD

Tasumicina asegura una actividad máxima sobre los gérmenes sensibles.

SENCILLEZ POSOLOGICA

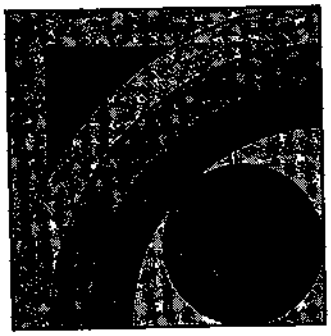
Tasumicina se presenta en viales de 250 mg., 500 mg., y 1 g. que facilitan el establecimiento de la posología adecuada en cada caso.

MINIMO RIESGO

Tasumicina, por la asociación de la kanamicina al pantotenato cálcico, disminuye extraordinariamente el riesgo de ototoxicidad inherente a este antibiótico.

PRESENTACIONES:

TASUMICINA 0,25 g. (55,90 pts.)
TASUMICINA 0,50 g. (81,70 pts.)
TASUMICINA 1 g. (124,00 pts.)



Tasumicina se tolera perfectamente. No obstante, conviene no utilizarla en pacientes con insuficiencia renal.

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE PENICILINA, S. A.

profesión liberal. La farmacia le inclinó a los estudios de Ciencias Naturales y de mancebo de botica pasó con una beca a la Universidad de Londres, y después a profesor de Ciencias en un Colegio de internado. Tuvo allí de alumno a Alfredo Harmswort, del que los profesores tenían una impresión muy pobre, pero que después fue el editorialista y propietario del "Times" y de la mayor cadena de periódicos del mundo. Debido a esta relación, Wells fue su principal colaborador y consiguió darse a conocer en todo el mundo cultivado. La base científica, formada en embrión en la farmacia, le condujo a ampliar el terreno de acción de la literatura, llevándola hasta la ciencia, la mecánica y la sociología, e introduciendo a través de ellas, en el mundo literario, el fantástico reflejo del alumbramiento de nuestra época. Los héroes de sus libros, que forman más de 70 tomos, son las máquinas, los microbios, la electricidad. Es el hombre que ha descrito la invasión de la tierra por los habitantes de otro planeta —quizá la guerra del porvenir—, y que ha descrito la vida oscura y terrible de los dinosaurios. Su libro "Esquema de la Historia", que se publicó por vez primera en 1921 y del que se vendieron sólo en U.S.A. en su primera edición, medio millón de ejemplares a 10 dólares el ejemplar, lo convirtieron en uno de los escritores que más dinero ha ganado en el mundo, a la vez que le elevó a la categoría de escritor de prestigio universal, interesante y respetado.

¿Me será permitido a mí, divulgar un dato muy poco conocido? El conceptuado por muchos, el político de visión más europea de España, don Francisco Cambó y Batlle, también, en sus años juveniles, se ayudó en sus primeros estudios, practicando en una farmacia de Gerona (capital).

¡No sólo, no es peyorativo el trabajo en una farmacia, sino al contrario, por lo que puede tener de mecánico y de intelectual, es por su equilibrio, un excelente ejercicio de formación!

Por los datos recogidos, era el doctor don Pedro Genové y Colomer, un catalán de casta, de alma ancha y noblote de corazón, de voluntad firme y tenaz, y estaba además dotado de aquella especie de penetración como intuitiva que facilita el conocimiento de los hombres y de las cosas, y que tan útil les es en la vida práctica a los que para abrirse en ella camino no cuentan con más recursos que sus propios esfuerzos. Comenzó por rehacer y completar los deficientes estudios que en la enseñanza oficial recibiera, y con la aplicación y la energía propias de su carácter, fue muy allá y llegó adonde se propuso, a fuerza de aplicación, constancia y trabajo. Díganlo sino la medalla académica que ostentó, y la honrosa distinción que supone el ser elegido por sus conciudadanos su representante bien como Diputado provincial, bien como Diputado a Cortes. Si he de indicar el lustre social que dio a la profesión y a su ciudad antal, me bastará indicar que su vida mundana coincidió con el es-

plendor de Barcelona en la 1.ª Exposición Universal de 1888.

En la misma línea que la marcada en el discurso del doctor Genové se mueve el del doctor don Felipe Comabella y Guimet "Del ejercicio teórico-práctico de la profesión de farmacéutico" pronunciado el 14 de marzo de 1895. Condena porque les pesaba, lo que conceptuaban "como el peor mal para la profesión", el llamado peyoritivamente el especifiqueo. El específico socorrida panacea de lo que se creía baladí —sin duda por lo difícil— cual es recordar la acción, formas, dosis e incompatibilidades de los medicamentos. El farmacéutico de la época siguió la corriente e iba en busca de un nuevo específico para dar con el medio de lucrar comercialmente lo que magistralmente empobrece. El abuso de los específicos y su preponderancia a últimos del siglo XIX constituye un verdadero termómetro que regula quizá —dice Comabella en 1895— el descuido de muchos médicos para el "Arte de formular" a la par que patentiza la atonía de la clase farmacéutica que al convertirse en revendedor, siquiera sea responsable, a la silueta de su borla doctoral, ha de admitir unas pesetas de comisión en su lucha por la existencia, que en óbice se resuelve para rehabilitarse y volver a la pujanza de antaño.

Pero a casi un siglo de distancia —comento yo— no debemos llorar por el pasado, porque el día que los fármacos modernos han vencido la mayoría de las enfermedades epidémicas más importantes, su producción supera una actividad fundamental para el bienestar de cualquier actividad humana. De estos profesionales "contestatarios" y de estas modestas oficinas de farmacia ha salido la industria farmacéutica que tantos servicios ha prestado a la Humanidad y que económicamente forma un renglón muy importante en el amplio y complejo capítulo de la industria química, base del poderío y desarrollo de una Nación. Casi todas las más importantes firmas farmacéuticas industriales han tenido su origen en una farmacia, o han sido farmacéuticos sus primeros y principales promotores. ¿Se quiere mayor gloria? Pero si no debemos llorar por el pasado, sí hubiéramos podido mejorar el presente. Me parece que todo el mundo estará conforme que el farmacéutico, al ejercer su profesión en la modalidad clásica, es decir con oficina abierta al público, cumple en un amplio sentido una misión de servicio público, en razón de su interés general para la sociedad, y de la permanencia de sus servicios. Pero estas palabras que parecen decirlo todo, apenas aclaran nada. Quizá servicio público es una actividad en la que la Autoridad no toma necesariamente, en todo los casos, la responsabilidad económica necesaria a su desarrollo, pero que en todo caso se reserva su vigilancia y superior control.

En este concepto, tanto ejerce una misión de servicio público el farmacéutico ruso que desarrolla su actividad en una profesión socializada en todos sus grados, que el farmacéutico espa-

ñol, que ejerce una actividad liberal, pero sometida a normas y preceptos reglamentarios vigentes. Años antes, ningún tratadista de Derecho Administrativo hubiera admitido que una actividad privada pudiera ser clasificada de servicio público; pero hoy todo el mundo considera servicio público cuando el interés superior domina al interés privado en el que está conexo. Es una evolución contra la cual no solamente es imposible luchar, sino que además estaría en contradicción con la norma cristiana del bien común. En la concepción actual del Derecho, pues, la Farmacia es servicio público, porque cumple las normas exigidas para ello y que son:

1.ª *Continuidad:* En efecto, es obligatorio para las farmacias el turno de guardia, para que haya siempre oficinas abiertas que ofrezcan al público en todo momento el socorro que pueda necesitar. Cumple también como todo servicio público, la norma 2.ª de la *Mutabilidad* que quiere que el servicio público esté siempre adaptado al papel que debe desempeñar; en efecto, las farmacias y mayoristas deben estar provistos del necesario *stock*, y éste, adaptado a las necesidades y avances científicos de cada momento. Y, finalmente, cumple asimismo la norma 3.ª de la *Igualdad;* en efecto, el farmacéutico tiene la obligación de prestar sus servicios profesionales a toda persona que los reclame y en idénticas condiciones. De aquí la aplicación de una tarifa única y de unos precios y márgenes autorizados.

La Farmacia es, pues, *una actividad liberal que cumple un servicio público, de gestión privada.*

Si se quiere que un servicio público de gestión privada funcione bien, es preciso que sea rentable. De aquí la idea básica de una limitación o reagrupación de oficinas de farmacia. Hay que afectar a cada farmacia un *quantum* de población. Pero este *quantum* de población en ningún caso es propiedad del farmacéutico. Es preciso prever, por lo tanto, en los traspasos de farmacia esta contingencia, eliminar abusos y dar acceso no al *mayor postor,* sino al de *mejor derecho.* Un sistema de selección que montado sobre una formación universitaria, permitiese a los mejores el ingreso al ejercicio profesional, me parecería en principio irrecusable, y en todo caso sería siempre perfectible. Y perdonadme este comentario mío que encaja perfectamente a las ideas expuestas, por el doctor Genové en 1895.

El doctor don Valentín Carulla Margenat ingresó en la Academia en 11 de enero de 1901, en la sección de Farmacia y Farmacología, y nadie más idóneo, puesto que reunía la condición de Farmacéutico, razón por la que fue elegido, y de médico en su dignidad de Catedrático de Terapéutica; algo así como los fundamentos por los cuales igual descansa la redacción de una fórmula que su dispensación.

Si el almirez y el tubo de ensayo fueron los primeros dientes de su niñez científica, si el batallar por su

existencia en la trastienda y en el mostrador de la botica hicieron en sus ensueños de la pubertad, realidad de sus vaporosas ilusiones que le condujeron más tarde al puesto de rector de la medicina catalana, jamás en justa recordanza a sus prístinas aficiones y en loor y prez de su primera profesión, renegó de su condición de farmacéutico.

Cuando un jueves, el 18 de octubre de 1923 al presidir en el Paraninfo de la Universidad una Asamblea de la Unión Farmacéutica Nacional, cuando como presidente resumía los discursos pronunciados, los asambleístas observaron que sus últimas palabras fueron pronunciadas con manifiesta dificultad, y al terminar cayó pesadamente en el sillón víctima de una embolia cerebral. Sus últimas palabras fueron que siempre se había sentido farmacéutico y estrechó la mano al doctor don Francisco Javier Palomas, que en representación del Sindicato de Farmacéuticos y Catedrático asimismo, estaba sentado a su lado, cual si quisiera que éstas sus últimas palabras quedaran rubricadas, como testamento de una vida, consagrada al Bien, a la Ciencia y a la Humanidad.

Su discurso versó sobre "Consideraciones sobre el arte de formular". Si Buffon dijo "el estilo es el hombre", Pesset dijo "la receta es el médico" y en ella se evidencia hasta dónde llega el conocimiento farmacológico, no tan sólo por lo que respecta al origen, naturaleza, propiedades físico-químicas del medicamento elegido, sino por lo que hace referencia a su acción, efectos, forma farmacéutica, o a múltiples condiciones que influencian en más o en menos la actividad del mismo.

No puede ser mi propósito resumir ni mucho menos enjuiciar el largo y diverso discurso del doctor Carulla, verdadera obra, de un *arte* que se va perdiendo, a lo menos con aquella meticulosidad de que hicieran gala los médicos de antaño, me basta solamente enumerar las cinco secciones de que consta: 1.ª) Conocimientos farmacognósicos. 2.ª) Conocimientos farmacodinámicos. 3.ª) Conocimientos farmacotécnicos. 4.ª) Conocimientos múltiples que hacen variable el coeficiente de actividad medicamentosa, y 5.ª) Deficiencias que se notan en el modo de ser actual del arte de formular; males que de ello se originan y medios a emplear para su tratamiento.

Quizá sólo como comentario y después de una lectura detenida, se me ocurre discrepar del título de su trabajo; en vez de "Consideraciones sobre el arte de formular;, mejor pudiera titularse "Arte de medicar", porque su desarrollo no cabe en el estrecho marco de unas solas consideraciones. Bien pronto en él se advierte su formación de farmacognosta y su formación química, con el atisbo que sólo cabe en los conocimientos de primeros de siglo de la Química Biológica y de la Clínica Terapéutica. Ciertamente, la mejor manera de aprender a medicar, recetar y formular, estriba en la asidua y atenta asistencia a las clínicas, dirigidas por buenos maestros peritos en la nosología, al par que saturados del conocimiento de las virtudes del arse-

nal de la Terapéutica. Si eran escasos los fundamentos en las ciencias de aplicación, el médico al visitar a un enfermo se veía irresistiblemente compelido a desembolsar el Formulario, prótesis muy fea que pocos osaban apelar a ella.

Nació el doctor Carulla en Sarria, en 1864. Sus trabajos científicos tienen por título: "Del azul de metileno en medicina", "Notas de higiene aplicada", "Las aguas medicinales naturales en el tratamiento de la tuberculosis", "Bosquejo del programa para un curso de fisiopatología", etc. Fue nombrado por oposición Catedrático de Terapéutica de Sevilla y por permuta pasó a Barcelona. Antes en Barcelona, trabajaron juntos Jaime Pi Suñer, Ramón Turró y Valentín Carulla en el Laboratorio de Patología General, tres celebridades honra de nuestra Academia. Hombre práctico ante todo —dicen—, se hallaba poco a su gusto en las lecciones teóricas. En cambio, en la Clínica general en la vetusta sala de Santa Eulalia del Hospital de la Santa Cruz, estaba en su centro, como el piloto entre las olas y los vientos. Se elogiaba a Carulla, su don de prodigiosa memoria de las fórmulas que por docenas citaba, sin echarlo de ver, cual si la fuerza de la costumbre quitare ya todo mérito a aquella facultad envidiable. No podía más, era farmacéutico. Más que en el aula, donde oficiaba modestamente de auxiliar de Terapéutica, era en el diálogo en conversación particular en donde desarrollaba sus dotes de profesor más a la moderna. No pensaba más que en su trabajo, no permitiéndose ni permitiendo jamás la maledicencia; era el tipo del *Vir bonus medendi et docendi peritus.*

Secretario de la Facultad primero y de la Junta Administrativa del Hospital Clínico, pasó a Presidente de la misma al cesar el doctor Morales. El doctor Carulla al frente del Hospital Clínico realizó una meritísima labor, sorteando las dificultades casi insuperables que a diario se presentaban con el aumento considerable del movimiento hospitalario y la falta de consignación presupuestaria para que el excesivo número de enfermos fueran debidamente atendidos, sino también por el inconmensurable aumento sufrido con motivo de la primera guerra mundial, primero en los medicamentos y posteriormente en los artículos alimenticios. Son muchos —y yo también lo soy— los testigos que pueden testificar que después de la agitada vida que llevaba durante los días laborables, muchos festivos acudía a la Administración del Hospital a las 9 de la mañana, a veces hasta las 2 de la tarde, a regatear con los abastecedores a veces el valor de unos pocos céntimos, cuando no, a suplicar y obtener un aplazamiento en las facturas. Jamás se amendrentó ante el déficit que progresivamente y en forma alarmante aumentaba en las cuentas del benéfico establecimiento. Sólo en una ocasión en que la situación se iba haciendo insostenible, acudió al pueblo de Barcelona y en un artículo publicado en la Prensa pidió una limosna para el Hospital —para su Hospital— y no sólo las clases pudientes de la Ciudad, sino personalidades de toda

Cataluña respondieron al llamamiento, logrando en muy breve plazo remediar la crítica situación. Fundó en el Hospital las clínicas de urología, tuberculosos y excedentes medicina y excedentes cirugía, y llegó el Hospital a ser la Institución que tuviera más cantidad de Radium de España.

Cuando renunció el doctor Fargas a la Presidencia de la Real Academia fue espontáneo su nombramiento como Presidente. Al frente de la misma realizó el doctor Carulla una grandiosa labor. Y es que el doctor Carulla al aceptar un cargo lo hacía con todas sus consecuencias, actuando honradamente y con el mayor entusiasmo y cuidando hasta en sus más ínfimos detalles del viejo caserón de la calle de Baños Nuevos que es el local en donde entonces se albergaba la Real Academia. La estimación personal de todos hizo que fuera el académico designado para recibir reglamentariamente a muchos, Oliver Rodés, Proubasta, Cirera, Cardenal, Coroleu, Comas, Roig Raventós, Peyrí, etc. Fue el Presidente ideal y habrá —y lo hay— quien le iguale, pero es difícil superarle. Suave y enérgico a la vez, insinuante y hábil, afectuoso y complaciente, sus cualidades eran de una rara mezcla por lo acertada. Momssem ha dicho que la normalidad de talento no se define, como se define bien en cambio la aberración. En el doctor Carulla el caso era evidente. No se sabía de qué estaba formado su trato que atraía e inspiraba confianza y respeto a la vez. Habría y seguramente los tuvo émulos o rivales, pero jamás verdaderos enemigos.

Pero donde la labor del doctor Carulla se agiganta es al frente del Rectorado de la Universidad. Entendiendo que la Escuela es el cimiento de la Patria dedicó sus mayores esfuerzos a fomentar en su Distrito Universitario la construcción de edificios escolares y a dotarles de todas aquellas condiciones y comodidades necesarias para que dieran el fruto apetecido. No existían entonces, Juntas de Construcciones escolares, ni subvenciones por parte del Estado; todos estos cometidos quedaban a la voluntad y a los medios —muchas veces escasísimos— de los Ayuntamientos, que no podían o no querían comprender esta misión. Desde el 5 de octubre de 1913 en que por Real Decreto fue nombrado Rector, 120 escuelas fueron, promovida su construcción e inauguradas por él, y más de 500 Mutualidades escolares fueron asimismo fundadas.

En tres fases —¿Cuántas veces se lo oí contar?— preparaba el ataque. 1.º) Dirigiéndose *personalmente* a veces a los más lejanos sitios de Cataluña sufriendo todo género de incomodidades y penalidades que son fáciles de imaginar para aquella época, para conquistar más que con su autoridad, con su verbo y simpatía a los ayuntamientos y personalidades pudientes; más adelante repitiendo la visita para alentarlos, sobre todo si sospechaba que desmayaban, y finalmente en una tercera etapa para dar cima a la obra, inaugurando la nueva Escuela. Muchas anécdotas podría contar, por él refe-

ridas, o que por otros conductos a mí han llegado. Recuerdo entre otras, cuando en pleno Pirineo, sorprendió a la comitiva una aparatosa tormenta con profunsión de rayos y centellas que caían a pocos metros de la mala *tartana* que conducía a la expedición, y todos empapados de agua llegaron al pueblo que los recibió, asimismo, empapados hasta los tuétanos, a los acordes de la Marcha Real interpretada por unos voluntarios aficionados, *por una mala cobla de sardanas de un pueblo vecino,* que quisieron homenajear de este modo al que tanto se había ocupado de su cultura. Quizás el episodio es grotesco, ridículo tal vez, pero yo quisiera sugerir a mis oyentes que levantando su espíritu, no vieran la escena por su lado cómico, sino por la grandeza de un pueblo que quería redimirse de la ignorancia al conjuro de un alma, que más que de misionero, era la de verdadero apóstol. Y cuando las autoridades contrariadas le consultaron qué es lo que se debía hacer, si aplazarlo, el doctor Carulla ni siquiera contestó... Y la Escuela se inauguró seguidamente.

Y a más de ello la obra delicadísima de tener en paz, dentro del Claustro, a los príncipes de la enseñanza académica; príncipes cristianos todos, pero todos bajo la ley de la dispersión, como las moléculas de los gases. Tal éxito hubo en esto, que un día en septiembre de 1921, el día que duró la flor de la autonomía universitaria que el Ministro Silió decretara en el siempre tejer y destejer de la legislación docente, en el que hubo de pronunciarse el Claustro, nombrando libremente su Rector y Presidente, aviniéronse en la urna, los votos de tirios y troyanos, de güelfos y gibelinos, de capuletos y montescos, conviniendo *nemine dsicrepante* a favor del doctor Valentín Carulla y Margenat. Sí, hubo un solo voto en blanco; el suyo.

En septiembre de 1917 la Federación de Maestros Nacionales del Distrito Universitario, con la firma de su Presidente don Juan Bosch Cusi, pidió para él, con la adhesión de todo el Magisterio y Ayuntamientos todos de Cataluña, la concesión de un título nobiliario; el Gobierno, ante el clamor ciudadano, hubo de aconsejar al Rey la concesión del título de Marqués de Carulla. Premio del Estado, así como ya antes se le había otorgado la dignidad de Jefe de Administración Civil de 1.ª Clase. Ostentaba además la Gran Cruz de Alfonso XII, de la Legión de Honor, de la Cruz Roja alemana, Medalla de oro del I. N. de Previsión, etc. etc. Claro, yo no sé si el doctor Carulla deseaba el marquesado, pero creo que está bien, que el Estado pagase la deuda y al conferirle el título de Marqués, el Estado la saldó dignamente. Si el nombre de Marqués significaba antaño guardador de límites, marcas y fronteras, el doctor Carulla supo guardar hogaño los límites tenebrosos de una lucha contra la ignorancia.

En su escudo, en el que campea junto con los símbolos de la borla bicolor de las dos Facultades que profesara, y las cuatro barras catalanas que señalaban la extensión de su autori-

dad, S. M. el Rey personalmente puso el emblema: "*Transit bene faciendo*". Pasó haciendo el Bien.

El Marqués de Carulla realizó en nuestra tierra tan inquieta, que parece a veces siciliana, por lo sísmica, el milagro de durar. Y duró porque era insustituible a conciencia de todos. Si la Academia, el Hospital Clínico y la Universidad parecían vinculados a su persona, es porque los había plasmado a su modo. Pero ¿qué fuerza tiene el deber tan misteriosa, para ciertos caracteres bien templados? Hay una leyenda griega de un héroe de la guerra de Troya, que ausente y libre de ella vuelve allí a morir por su propio impulso. El Marqués de Carulla creyó quizá de su vida, que era mejor acabarla como los héroes castrenses, al pie del cañón; en el Paraninfo universitario, en el sillón presidencial del Alma Mater que tanto había amado. Es un digno fin, a su belicosa existencia toda ella esfuerzo y constancia.

Barcelona honró su nombre dándolo a una calle en el distrito urbano de Sarriá; muchos pueblos siguieron su ejemplo; otros lo nombraron hijo adoptivo, como Amposta, Viladrau, Arbucias, Las Planas de Gerona, Seriña, S. Saturnino de Ososmont, etc., etc. Este homenaje ciudadano y popular ¿era justo? ¿Por su sabiduría? ¡Quizá no! Pero *sí*, por sus muchas virtudes, porque poseía las dos clases de virtudes que hacen grandes a los hombres; las que hacen ganar el Cielo y las que hacen ganar la Tierra.

Transcribo del "Butlletí del Sindicat de Metges de Catalunya", de su n.º 42 de noviembre de 1923.

"Per la grandesa de Catalunya ha perjudicat al seus. Tot el sou de Rector i de Catedràtic, i a més quantitats crescudes del seu propi peculi, foren esmersades en atencions i compromisos del seus càrrecs. Per la grandesa de Catalunya ha fet de tot, des de Rector a cuiner, car al mateix ha anat a Madrid, a visitar Ministres, pidolant escoles, com a mercadejar el preu de les patates y dels ous amb venedors i majoristes amb benefici del Hospital. Era un home honrat, era un ver patriota, era un Sant."

Por antonomasia, llamósele al Marqués de Carulla, el Rector de los Maestros. ¡Quizá por esto fue el Maestro de los Rectores!

En el esbozo biográfico de cada uno de los académicos, cuando se ha dado la circunstancia de que por dimisión a consecuencia del traslado de residencia o por otro motivo han dejado de ser académicos numerarios, he tenido como me parece lógico, que cesar en la descripción de sus actividades, aunque hayan podido desarrollarlas en otros lugares. En el caso del doctor D. José Casares Gil, por su categoría de Académico de Honor, he de desarrollarlas hasta su muerte, que ocurrió en Santiago de Compostela, su ciudad natal, recién cumplidos los 95 años, el 25 de marzo de 1961.

Su personalidad científica es tan acusada en el campo de la Farmacia y de la Ciencia en general, que una pequeña semblanza suya no se puede

resumir en unas pocas palabras y merece —y ya se ha hecho— un estudio monográfico completo, por lo que en su imposibilidad y aún a trueque de plagio repetiré lo que Stendhal, lleno de admiración por la iglesia de San Pedro en Roma, escribió al empezar su descripción: *Voici des details exacts.*

He aquí pues detalles exactos: José Casares Gil nació el 10 de marzo de 1866 y a los 22 años y 10 meses obtuvo por oposición en turno libre y con el número 1 la Cátedra que luego se denominó de "Técnica física" y la Cátedra de "Análisis Química", de Barcelona, y en nuestra Facultad ejerció su magisterio hasta el 31 de marzo de 1905 que por traslado pasó a Madrid.

Los Profesores jóvenes remozan siempre, a Dios gracias, las Facultades Universitarias. No estaba solo en el remozamiento que entonces experimentó nuestra "Alma Mater". Junto con el Profesor de Química Inorgánica, doctor don Eugenio Mascareñas, y el de Derecho Administrativo, doctor don Jesús Sánches-Diezma Bachiller, formaron un trío de íntimos amigos que hicieron sentir sus ansias de renovación universitaria, y lo que es muchísimo más importante; los tres formaron escuela en Barcelona.

Hijo del Catedrático de Química de la Facultad de Ciencias de la Universidad Compostelana, en aquélla cursó su carrera de Farmacia, licenciándose con la calificación de sobresaliente en 1884 y doctorándose en Madrid con la misma nota el último día de febrero de 1885. Con la misma nota se licenció en Ciencias Químicas en 1885 en la Universidad de Salamanca.

Ya en nuestra Facultad, sucedió al doctor don Federico Tremols Borrell en el cargo de Decano, en el que continuó hasta su traslado a Madrid.

En Madrid fue todo lo que un hombre de Ciencia puede aspirar a ser: Decano de su Facultad de Farmacia por dos veces; Senador del Reino en representación de la Universidad compostelana, Consejero de Instrucción Pública y Consejero del de Sanidad. Era consultado en todo cuanto se relacionaba con la Facultad de Farmacia, y con la Química nacional, asuntos en los cuales intervenía directamente. Presidente de los Tribunales de oposición a muchas Cátedras universitarias. Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y primer premio March de Química como recompensa a la labor científica ya efectuada.

En Madrid fue Académico numerario de la Nacional de Medicina; lo fue también de la Nacional de Farmacia, de la que fue su Director primero y luego Director perpetuo; lo fue asimismo de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la que fue también su Presidente. Era doctor "Honoris Causae" por varias Universidades extranjeras.

Creador y primer Director del Laboratorio Central de Aduanas, fue asimismo el creador de los Laboratorios departamentales y de su cuerpo de Químicos de Aduanas. Precisamente en el Laboratorio departamental de Barcelona, ejercitó sus primeras lides

con el Análisis Químico, el que hoy es Catedrático de la misma disciplina en nuestra Facultad de Ciencias y Académico numerario de la Ciencias y Medicina, nuestro querido compañero y Ex-Rector doctor don Francisco Buscarons Ubeda. Y si me he permitido esta pequeña cita es porque los académicos-farmacéuticos actuales, aparte la gran simpatía que como todos le profesamos, le consideramos como un farmacéutico más por su dedicación asesorativa a empresas farmacéuticas.

En Barcelona, fue don José Casares, Academico Numerario de la Real de Ciencias y Artes, cuya medalla número 6 ostentó y continuando en la categoría de no residente en Barcelona, desde su traslado a Madrid hasta su fallecimiento. Fue Académico Numerario de nuestra Real de Medicina desde 1898 hasta su traslado a Madrid, y lo fue de Honor a partir de 1949. En abril de 1936 el Claustro de nuestra Facultad de Farmacia con motivo de su jubilación, acordó por unanimidad, solicitar del Patronato de la Universidad Autónoma su nombramiento de Decano honorario de la misma, llevando su nombramiento por este extendido, la fecha de 29 de mayo de 1936.

Cuando se creó en nuestra Ciudad Condal en 1955 la Real Academia de Farmacia, fue nombrado Académico de Honor, en méritos no sólo a su destacada personalidad científica, sino también a su pasada vinculación a Barcelona y a los farmacéuticos catalanes.

El discurso de ingreso de nuestro Académico versó sobre "Fundamentos que sirven de base a las fórmulas de estructura de la química moderna, y de la importancia de las mismas en Biología", y es un trabajo completo sobre las hipótesis y teorías que eran entonces novedad en España. Basándose en la diferencia que ofrecen diferentes protoplasmas a la acción de idénticos venenos, lo atribuye a las diferentes isomerias posibles en las moléculas de las sustancias albumnoideas y a diferencias en su estructura física. Con intuición casi profética, propugna como primer dato indispensable, el conocimiento de la fórmula de estructura lo que conducirá —dice— a la síntesis de las sustancias albuminoideas, y cuando esto llegue a conseguirse, una nueva luz, iluminará el problema más grande y trascendente, que es el problema de la vida. Esto se decía en esta Corporación en 12 de noviembre de 1898, y esto es precisamente el trabajo de los biólogos actuales, en los que descuellan nuestro premio Nobel de Medicina, doctor don Severo Ochoa y nuestro compatricio, el leridano, doctor Oróo, cerebro recuperado e incorporado a nuestra Universidad Autónoma.

Para la renovación de la enseñanza que Casares se proponía hacer, era preciso documentarse adecuadamente y conociendo ya los idiomas francés, alemán e inglés, pidió permiso —¡no una pensión! (el dato es sólo de matiz, pero muy *importante*)— para estudiar en Munich con von Bäyer y en el Laboratorio Bender y Hobem; más tarde, en Wiesbaden, en los laborato-

rios del respetable maestro de los maestros en la ciencia del análisis químico, doctor Fresenius, y todavía más tarde pasó un año en los EE.UU., en donde estudió y analizó el sedimento del geyser de Yellowstone Park, que tanto contribuyó a ser conocido en el extranjero. Y al regresar a su patria, el doctor Casares nos transporta el rico tesoro que pudo acopiar de la larga experiencia y del privilegiado espíritu de investigación, de aquellos sabios maestros, y que hace partícipes no sólo a sus alumnos, sino a cuantos quieran saber del tecnicismo moderno, y modestamente, sin nombre, sin adjetivos, a la marcha del cotidiano andar, funda su escuela que en la variante de Barcelona, tienen nombres, entre otros que ilustrarán más tarde nuestra Academia, como Oliver Rodés, Casamada Maurí, Soler Batlle, Brugués Escuder, y que en la variante matritense con nombres como Ranedo, Director que fue de la Real Academia de Farmacia de Madrid, y el que fue Catedrático y miembro del Patronato de la Universidad Autónoma de Barcelona, doctor García Banús.

¿Cuánto costó al Estado español, *todos* los viajes de Casares al extranjero, y que tan saneadas rentas en enseñanzas y en discípulos produjeron, como acabamos de indicar? Pues, sólo la suma de *dos mil* pesetas —único dinero que cobró—, dado el elevado importe del viaje de ida y vuelta a Norteamérica, como reza la orden de concesión del permiso a que antes hicimos referencia.

Orador elocuente y conversador ameno, fueron muchas las conferencias que pronunció durante su vida, todas ellas repletas de fecundas enseñanzas. Como emisario oficial de la Ciencia española he de referirme, las que pronunció en las 18 repúblicas de habla castellana de la América Central y del Sur. Quisiera recordar aquí una anécdota referida por el doctor Casares y oída por mí mismo y otros amigos, en ocasión de un viaje a Barcelona para operarse de cataratas, intervención que verificó nuestro Académico señor Conde de Arruga. En una república de cuyo nombre no me acuerdo, y si me acordara no lo diría, después del ciclo de Conferencias pronunciadas, y a las que había asistido lo más florido del país, y ya a punto de salir, para continuar su misión en otro lugar, recibió de la Presidencia de la República un voluminoso paquete. Asombrado y perplejo, don José lo abrió y se encontró con un flamante uniforme militar y el nombramiento de general honorario de aquella República. Incongruencia pensarán muchos, pero yo, con más reflexión, prefiero considerar que lo tenía bien merecido, porque don José Casares Gil, como buen general, estaba librando, victorioso, batalla tras batalla, por el buen nombre de la Ciencia española.

En 5 de marzo de 1901 ingresa don Francisco Puigpiqué Raurich, farmacéutico, publicista y político. Fue durante muchos años Diputado Provincial por Barcelona. Hombre de ideas liberales, militaba en los partidos de izquierda.

En su discurso de ingreso comenta las "Corrientes Terapéuticas", iniciadas ya en la antigüedad, proseguidas en la Edad Media, para entrar de lleno en las que predominan en la Edad Moderna, para entonar al final, un canto a la verdad objetiva en las Ciencias experimentales, condenando duramente a los que conociendo la verdad, sólo finjen creerla, y de verdad no la creen. Son éstos —dice— mercaderes, falsarios, merecedores de toda repulsión, abusan de la buena fe de los dolientes, con manifiesto escarnio de la Ciencia, cometiendo por consiguiente un crimen de lesa humanidad.

Puigpiqué —yo lo conocí desde mis años mozos— era uno de aquellos hombres, quizás un tanto rudo, como salido, como él siempre decía, y se honraba en ello, de humilde cuna, pero en su cara dominaba la línea recta, en su conciencia no había plegaduras, ni superficies curvas; toda ella era un inmenso plano en el cual chocaban y rebotaban las malas ideas, las malas acciones; algo así como un espejo misterioso en el cual no se reflejasen más que imágenes de puros contornos.

Ocupó la vacante que dejara el doctor don Pedro Genové. Formó parte muy pronto, como Vocal-bibliotecario primero, como Vocal-tesorero después de la Junta de Gobierno. Trabajó para hacer algo más cómodo y confortable el antiguo salón de la Academia en la vetusta casa de la calle de Baños Nuevos.

Puigpiqué encarnaba al farmacéutico del siglo XIX. Era como un sobreviviente de aquellos profesionales escrupulosos, dignos, sabios, con esa sabiduría peculiar que se dibuja tan claramente cuando a ella se llega, saturado de sentido común. Amante de su profesión, por ella estaba en la brecha siempre. Sus campañas como Subdelegado de Sanidad y como Director de "El Restaurador farmacéutico", que fundara el insigne político periodista y farmacéutico Calvo Asensio, fueron célebres. Acaso Puigpiqué en su espíritu romántico no llegara a comprender la transformación que se iniciaba ya de la actual farmacia.

Fue víctima de la revolución marxista, a poco de iniciada la guerra civil, y aunque salvó su vida, el episodio quebrantó su salud de modo mortal y, quizá, más tarde, hiciera despertar en él los sentimientos religiosos que en su corazón había depositado en la niñez su santa y buena madre, como la llamaba siempre, y murió cristianamente. Salvó en un momento trágico su vida, para que pudiera contar cómo después de haberla consagrado toda a la defensa de los humildes, los humildes engañados por propagandas nefastas no se lo reconocieron. El episodio quizá valga la pena recogerlo. Utilizaba su influencia política para lograr que los farmacéuticos barceloneses cobraran de su Ayuntamiento con cierta regularidad, las cantidades —que entonces eran relativamente importantes— correspondientes a las recetas de la llamada Beneficencia Municipal. Al desorden y barullo de los inicios de la guerra civil sospechando las dificultades que podrían sobrevenir, logró que el Ayuntamiento le abonara las corres-

pondientes al trimestre anterior y con ella satisfizo a los farmacéuticos acreedores. Incautado el Colegio de Farmacéuticos por un Comité de prácticos irresponsables y defraudados de no recibir aquellas cantidades, lo denunciaron a otro Comité todavía más irresponsable, que lo detuvo y sólo a su avanzada edad logró salvar su vida. Otra constante de su carácter era su caridad. Acostumbraba al final de año a pasar balance de sus ingresos y gastos, y la cantidad de superávit anual, la destinaba íntegramente a obras de caridad, principalmente a sufragar estudios o adquirir mantas para los hospitales, mantas que se debían adquirir precisamente a la casa Jorba de Manresa —por ser él natural de aquella ciudad— y destinar al Hospital de la Esperanza. También quizá valga la pena puntualizar un poco más sobre la recia personalidad de Puigpiqué. Me valdré de anécdotas, para que a través de ellas, se dibuje su *humana* categoría.

Fuese cual fuese el matiz político imperante, cada año iba a Manresa, en los días de Fiesta Mayor, invitado oficialmente por el Alcalde y Ayuntamiento, a quienes acompañaba en el recorrido ciudadano hasta la Seo. Por sus ideas se abstenía de entrar en el templo y durante la ceremonia religiosa, visitaba en la cárcel —casi vecina de la Catedral— a los presos, a los que obsequiaba con una comida extraordinaria, regada con buen vino, y les entregaba personalmente un *puro habano* o su equivalente en tabaco de inferior calidad. Terminadas las ceremonias religiosas se incorporaba otra vez a la procesión cívica y desde el balcón central del Ayuntamiento, presenciaba con las autoridades las fiestas folklóricas tradicionales terminadas con la *gran tronada*. Luego, comida, asimismo tradicional, en casa de un íntimo amigo, al que se daba la paradoja que era no sólo un patricio de una religiosidad ejemplar, sino de un catolicismo público y políticamente operante. ¡Así sabía convivir y respetar las opiniones ajenas!

Desde su cargo político amparaba a los humildes, principalmente a los emigrantes de las provincias andaluzas que venían a Barcelona en busca de trabajo, muchos de ellos sin oficio determinado. El, catalán recio, políticamente federal, no era discriminatorio y practicaba lo que posteriormente se ha llamado la "unidad entre los Hombres y las Tierras de España".

Su farmacia de la calle del Rech, número 10, no solamente estaba surtida de los medicamentos más modernos y al día, de la Terapéutica extranjera, cuyas noticias comentaba en la prensa profesional o diaria, sino que también era lugar de reunión o tertulia de médicos o farmacéuticos insignes: Entre los primeros Armangué, Crespo, Galcerán, Esquerdo, Martínez-Vargas, Carulla... Entre los segundos Murua, Capdepon, Aranzadi...

Excursionista acérrimo, muchos días —sin forzar la hipérbola podía decir, todos los días—, iba a pie desde su casa, en el barrio del Borne, a la "Font d'en Fargas", en la barriada de Horta. El fue el primero en contar y cantar, las excelencias de este agua, que fue

a su iniciativa, la primera agua de mesa, que se popularizó y se vendió a granel en "garrafas" en sustitución del "agua municipalizada" de no muy buen crédito a la sazón.

Su testamento casi se intuye. Herederos de sus bienes, dos: el Hospital de Manresa y el Montepío farmacéutico del doctor Andreu, que entrará en posesión de una casa con amplio jardín, a la muerte de los actuales ocupantes, ubicada en la parte alta de la barriada de Gracia.

Bien merece, por mi parte, este elogio a sus humanas condiciones, quien ostentó la Medalla de la Corporación, la misma que, a su muerte, sin tantos méritos, tengo el honor de ostentar.

El doctor don Marcelo Rivas Mateos ingresó en la Academia el 28 de febrero de 1903. Catedrático de la Facultad de Farmacia, su discurso de ingreso debía corresponder a su noble condición de docente. Naturalista por vocación —eran los tiempos en que la Universidad de Barcelona se agitaba con las teorías transformistas propugnadas por Odón de Buen y que frecuentemente trascendían a la calle— eligió la descripción del "Arbol genealógico animal, en el contexto de la idea de la evolución".

Sustituyó al desgraciado doctor don Luis Foglieti Sesé, modelo de laboriosidad, de inteligencia fecunda, a quien la muerte arrebató en los albores de la vida, cuando la Ciencia esperaba mucho de él. Considera Rivas Mateos la Farmacia tan íntimamente ligada con las Ciencias Naturales, que cree que el farmacéutico, antes que un mero dispensador de medicamentos, es un perito químico y un naturalista y que su papel, principalmente en el medio rural no puede prescribir jamás.

Su discurso elocuente y detallado, causó impacto en la Barcelona de su tiempo y le clasificó desde entonces en las filas de los elementos avanzados. Sabido es que la teoría de la evolución fue combatida sin piedad, ruda y tenazmente, no cuando se instituyó como principio sancionado por la ciencia, sino en sus nacimientos, cuando aún era débil y sus raíces poco profundas prestaban escasa resistencia; la lucha era lógica y natural desde el momento que negaba la inmutabilidad de la especie, idea entonces sagrada sobre la que ni se admitía ni se intentaba discusión. Más tarde se admitió ya como hipótesis de trabajo, y hoy no existe naturalista que la niegue, y si alguno existe, no es por desconocimiento, sino por un acendrado respeto a la tradición y mal entendido cariño a nuestros antepasados.

Ingresó en el Profesorado con destino a la Universidad de Santiago al año justo de terminar su carrera, y al cabo de poco tiempo vino a Barcelona a ocupar la Cátedra de Mineralogía y Zoología, vacante a la sazón (31 de octubre de 1889). Reflexivo en unas ocasiones, impetuoso en otras, pero siempre afable, siempre dispuesto a aprender, aunque en realidad, sin darse cuenta, cuando hablaba enseñaba. Sus trabajos publicados durante su estancia en Barcelona son numerosos. Obras como Mineralogía descriptiva,

Zoología descriptiva y Materia farmacéutica animal, Gusanos parásitos del hombre. Monografías publicadas en el Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural, cuyos títulos son: Una excursión a Sierra de Gata, Datos para la flora gallega, Rhamondia Pyrineica var. Lazaroi. Riv. Mat. El hirudo troctina de Extremadura, Dos especie nuevas de la flora española, Formas transitorias de las especies españolas del género Silene, Estudio crítico del género Adenostyles, La Santolina oblonguifolia, Especies nuevas de la flora de Cáceres, Especies españolas del género Drosera, etc., etc.

Ya hemos indicado que militaba en el izquierdismo avanzado y políticamente fue Concejal y Teniente de Alcalde del Ayuntamiento barcelonés, y muy relacionado con los políticos de entonces, y en una caricatura de un periódico satírico de la época, se le representa como "cornetín de órdenes" del entonces llamado por sus contrarios políticos, Emperador del Paralelo. Tenía 29 años. Por cierto, en la crónica local barcelonesa, figura, de su época de edil, un hecho que fue trascendente en el urbanismo de la Ciudad que pocos lo saben.

La plaza de Cataluña, antes apenas mal urbanizada —en realidad nació en el año 1902—, para dar especial relieve a las fiestas de la Merced de aquel año. Era un terreno cubierto de cascotes y materiales procedentes del derribo de los edificios y barracones que se habían instalado en aquel lugar en el curso de la segunda mitad del siglo pasado y que el Ayuntamiento tras largos trámites y pleitos, había logrado que se derribasen. Pero los antiguos propietarios se negaban a retirar los escombros, a los que se iban añadiendo otros, que algunos desaprensivos arrojaban allí para ahorrarse el transporte hasta el lugar obligado. Lograda la limpieza y una vez explanado el sector, se trazaron dos paseos de veinte metros de anchura que se cruzaban en el centro. Quedaba un único edificio que no había sido derribado porque sus propietarios no facilitaban la expropiación. Este expediente se hizo largo y polémico, quiero decir político. Finalmente, el Ayuntamiento pudo adquirir el edificio que estaba situado enfrente de lo que hoy es "Centro Cultural del Ejército", pero los ocupantes se negaban a desalojarlo. El alcalde accidental —que lo era nuestro Académico— pensó resolver el asunto de una manera un tanto original: prendiéndole fuego, lo que se aprovecharía para ofrecer al público una demostración de la valía del Cuerpo de bomberos que debían dominar el incendio antes que entraran en acción los picos demoledores y evitar víctimas. Nuestro Académico, alcalde accidental entonces, acudió al lugar, acudieron también muchos barceloneses —ya hemos indicado que el asunto en el fondo era político—, se prendió fuego a la casa, pero un súbito chaparrón descargó sobre la ciudad y, sin que los bomberos tuvieran tiempo de exhibir sus habilidades, el incendio se apagó por... causas ajenas a la voluntad de los organizadores.

No es mi propósito comentar el he-

cho, pero sí, al relatarlo, dar idea de la acometividad de nuestro personaje.

Fue Decano de la Facultad y en ocasión de huelgas estudiantiles, mezclado y confundido por su juventud con éstos, salió mal parado algunas veces y con algunos sablazos. Como Concejal y líder extremista, frecuentemente mezclado con los obreros, asistía a las llamadas *meriendas fraternales,* y parece que también en una ocasión salió con el abrigo y sombrero con sendos balazos. Practicaba el ciclismo como deporte, estaba asociado a entidades velocipédicas, participando en carreras, una de ellas muy larga, hasta San Juan de las Abadesas. Todo esto se puede leer en los periódicos de la época, era por lo tanto como diríamos hoy un personaje "*pop*".

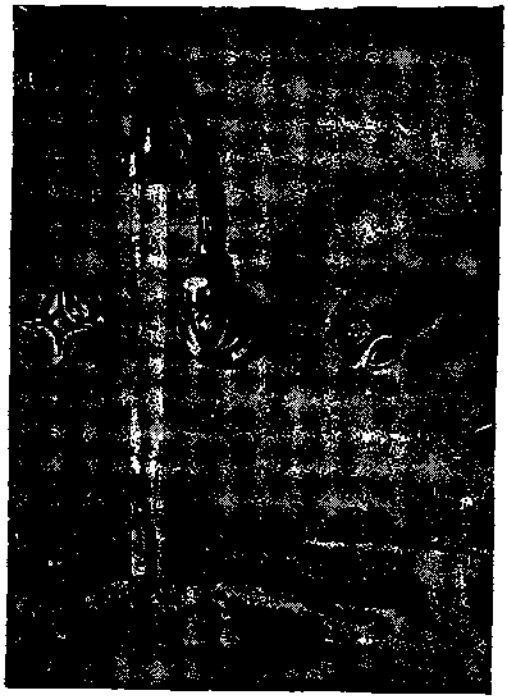
Estaba domiciliado en la calle Ausías-March y en la misma casa habitaban familiares suyos muy allegados, de ideas políticas completamente opuestas; uno de ellos, tío suyo, era marino y había sido comandante del crucero "Carlos V". Pues bien, a pesar de la oposición ideológica, todos le estimaban muchísimo por su simpatía, por su honradez y por su proceder humano, y también por su hombría. No llevó nunca la política a extremos que enturbiaran la atmósfera familiar, y fue por encima de todo, amigo de los amigos.

Por traslado pasó en 5 de mayo de 1904 a Madrid, destinado a igual Cátedra; con el tiempo fue moderando su ímpetu, pero siempre políticamente dentro de las ideas liberales. Fue desde 1909 hasta la Dictadura de Primo de Rivera, Diputado a Cortes por Coria, y en 1918 Director General de Primera Enseñanza en el equipo del Ministro de Instrucción Pública, señor Piniés.

El doctor don Rafael Calvet y Patxot ingresó en enero de 1909, fue Profesor de la Facultad de Farmacia y técnico del Laboratorio microbiológico Municipal, químico a la moderna, basado esencialmente en la experimentación, única base de progresos positivos en la Ciencia, fue un temperamento altamente observador, minucioso y detallista, cualidades esenciales para dominar el análisis químico, especialidad a que preferentemente se dedicó. Su cerebro era un archivo de química; allí se encontraban almacenados datos curiosísimos, fórmulas y métodos de investigación; fue siempre un libro abierto en la página precisa; era de carácter franco, convencido en sus opiniones, y su presencia era de las que no pasan desapercibidas.

Con una votación unánime se le abrieron las puertas de la Academia, y no es de extrañar que dado el boceto que de su biografía he trazado, eligiera como discurso de ingreso un trabajo eminentemente práctico y de minuciosa investigación personal. "La tinta de escribir desde el punto de vista de la Química y de la Fotografía legal".

Verba volant, scripta manent, dice un conocido y antiguo proverbio latino, demostrando la importancia de la escritura desde el punto de vista social, y ésta es tal, que por su carác-



"La llave reguladora de la diuresis"

Seguril

FUROSEMIDA

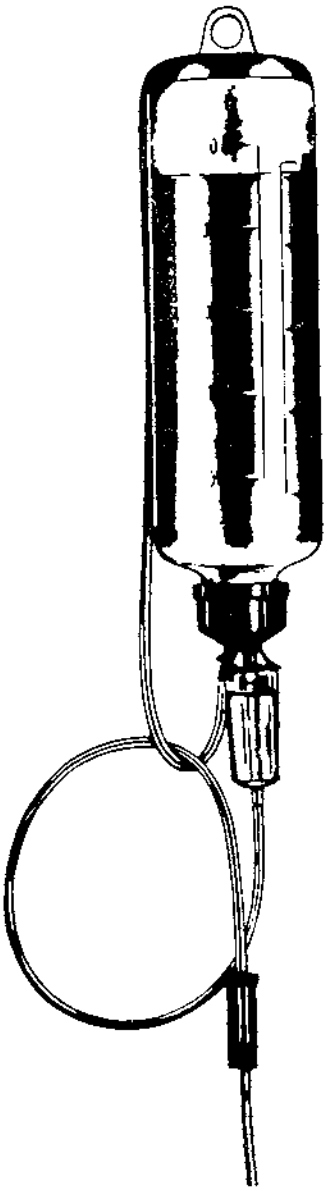
Conocido internacionalmente como LASIX

El diurético de nueva clase

ORAL
PARENTERAL

HOECHST IBERICA, S. A. - Barcelona

Hemoce*



sustituto del plasma a base de polipéptidos

siempre dispuesto

P.V.P. Ptas. 363'90

*

Conocido internacionalmente como **Haemaccel**

ter de fijeza y de personalidad que tiene, fue —si no es ahora—, la prueba judicial de mayor importancia para la demostración de un compromiso contraído o de la voluntad de un donante; de su misma trascendencia se desprende el interés creciente de los falsarios en encontrar medios para borrar, del modo más perfecto posible, trazos y palabras, que por su sola desaparición o por su sustitución por otras se consiga cambiar la esencia de un documento. La ciencia, del mismo modo que ha facilitado medios al falsario, los da también para descubrir la falsificación, métodos y procedimientos de una sensibilidad extrema; llegando a vencer verdaderos obstáculos, descartando posibles causas de error, convirtiéndose en un preciso e indispensable auxiliar de la justicia, al demostrar la verdad de un modo irrefutable.

Este tema desarrollado por el doctor Calvet, con gran amplitud, muy original y de gran dificultad para trazar un método general para la resolución de problemas en que cada caso se presenta como excepcional. El doctor Calvet hizo gala de sus profundos conocimientos químicos y si hoy la escritura —mecanizada— es diferente de lo que era antes, no quita mérito a su trabajo, que continúa siendo válido sobre todo para los documentos del pasado.

El doctor don Pedro Genové y Soler ingresó en la Academia el día 8 de julio de 1906 y sustituyó en el sillón académico, el que dejara vacante por su traslado a Madrid, el doctor don José Casares Gil. Discípulo predilecto de él, el análisis químico fue también la especialidad a la que preferentemente se dedicó. Pero un discurso de ingreso ante un público heterogéneo sobre esta rama de la Química, es generalmente de una monotonía abrumadora cuando está separada del apasionado quehacer del laboratorio. Buscando amenidad, eligió el estado —entonces de una actualidad palpitante— de los conocimientos sobre el Radium, que descubierto por M. y Mme. Curie, en los minerales de bario y de bismuto extraídos de la prechblenda, poseían la propiedad, en un grado considerable, de emitir rayos de la misma clase de los rayos catódicos, y cuyo descubrimiento causó una verdadera revolución en la Ciencia por la perturbación que llevó en las entonces teorías, acerca de la constitución de la materia.

Su discurso, evidentemente ahora más que desfasado, envejecido, tiene no obstante atisbos geniales, que luego la experiencia ha confirmado en gran parte; hace especial hincapié en su aplicación a la Terapéutica. De las propiedades Terapéuticas de las aguas minerales y barros, en los que se descubrió la radioactividad, hace surgir la idea de que *si* de algunos medicamentos de los que se emplean corrientemente se aumentaría su eficacia por la adición de sustancias radíferas, como si el radium actuara como una especie de excitador comparable a los cuerpos que obran por acción catalítica o de presencia. En este sentido —dice—

los medicamentos debieran dividirse en dos grupos: los radioactivados y los radioactivos. Bien sabemos ahora que los primeros han caído en desuso, no los últimos, que positivamente ejercen una acción profundamente modificadora sobre los tejidos vivos, deduciéndose en buena lógica que aplicados de un modo conveniente sobre tejidos enfermos, puede llegar su acción hasta los elementos primordiales, deteniendo su generación o poniéndoles en condiciones para adquirir nueva vitalidad que les sirva de base para su regeneración fisiológica. Intuyó, por lo tanto, la radioterapia en su aplicación contra los tumores malignos e indirectamente los *trazados radioactivos* de los medicamentos *marcados*.

Si se tiene en cuenta que en 1896 fue la época que Becquerel descubrió la radioactividad y que en 1900, Madame Curie el Radium, es de admirar que apenas 6 años después, en la Real Academia de Medicina de Barcelona, un Académico, fiel a la norma de que el profesional del medicamento es el farmacéutico, hiciera alarde de unos conocimientos tan novedosos como profundos, tan sugestivos y de aplicación terapéutica hoy día tan extendida, que honra a la profesión y a la Corporación que le eligió.

El doctor don Pedro Genové Soler fue hijo del otro Académico del mismo apellido ya citado, acreditadísimo farmacéutico ingresado en 1891. Tan trabajador como su padre, del cual bien supo aprender honradez y laboriosidad, logró inaugurar, realizar y ensanchar su educación científica en las Universidades de Barcelona y Madrid y en escuelas y laboratorios del extranjero; Genové, como Comabella, Codina Länglin, Durán y España, Gimeno, Oliver Rodés y tantos otros, fueron los farmacéuticos *ejercientes* que en la Barcelona del pasado supieron añadir lauros a la profesión con su inteligencia y capacidad, sin menoscabar en un ápice la muceta morada que cubriera sus nobles pechos.

Interesante es esbozar, aunque en una breve pincelada, el perfil, en sus dos vertientes —humana y científica— del Académico doctor don Pedro González Juan. Nacido en Andraitx (Mallorca), cursó su bachillerato por libre en el Instituto de Palma, en el viejo caserón de la calle de Monte Sión, en donde yo también, por azares del destino, promocioné el ingreso y primer curso.

Terminado el bachillerato y hecho a los 15 años unas oposiciones a Correos, González, inadaptable a esta profesión, la abandonó y se vino a Barcelona ávido de una vida más intensa. Quizá fueron sus primeros pasos en Barcelona los de una vida algo bohemia, como de vagancia, rica en anécdotas, pero que en realidad no lo era, sino el de buscar horizontes con que satisfacer su extraordinaria curiosidad. Por curiosidad fue al Laboratorio Municipal, regido por Turró, como iba a otras partes; por curiosidad, menudeó las visitas, aplicando el ojo al ocular del microscopio en cuanto Turró

lo levantaba, con el solo afán de ver el mundo nuevo que se descubría desde aquella altura, y por curiosidad aprendió por sí mismo, con una intuición extraordinaria, a fijar preparaciones y teñirlas, preparar caldos y otros medios de cultivo, el manejo del microscopio, del autoclave, de las estufas y demás aparatos; el cuidado e inoculación a los animales, etc., etc.; todo ello sin que Turró se esforzase en enseñárselo, y convirtiéndose por vocación en un auxiliar indispensable para Turró, solo a la sazón en el Laboratorio Microbiológico Municipal. Después alcanzó, en 1907, oficialmente en el mismo, un puesto modestísimo, hasta lograr subiendo como la espuma a compás de sus merecimientos, al cargo que otrora desempeñaba Turró, en realidad su Maestro, su Guía, su Amigo.

¿Cómo alcanzó González el nivel a que llegó, sin una cultura científica previa? Como se desvasta siempre; por medio del estudio, pero González a más de estudiar en los libros —cursó la licenciatura de Farmacia— se interesó desde un principio en las cuestiones que agitaban la Bacteriología y la aprendió viviéndola, comprobando unas veces los enunciados que la investigación adelantaba, discutiendo sus interpretaciones, depurando siempre en el crisol del experimento el juicio emitido por los demás, y así, día por día, adquirió el dominio de la técnica, que llegó a ser en él impecable, y lo que es más difícil de conseguir, un juicio certero para la valoración del experimento.

Ya dicho esto, era natural que se le saltasen en la mente ocurrencias cuya demostración experimental empieza casi siempre por fallar, pero que a la larga conduce siempre a resultados positivos. Y así la enumeración de sus trabajos sería tanto como revivir una época de la historia de la Bacteriología, la de sus comienzos, hoy en día ya superada.

Descubre González, en 1910, el poder hemolítico del yodo y lo publica en los "Comptes Rendus de la Société de Biologie", y con la colaboración de Armangué y de Dalmau ahonda en el tema de las hemolisinas, que llega a dominar con extensa erudición.

La diferenciación de las albúminas procedentes de animales de distinta especie, obtenida por medio de las precipitinas, de suma importancia industrial y con trascendencia médico-legal, se complementa en los trabajos de González con la determinación experimental de la anafilaxia, y como el ataque anafiláctico es rigurosamente específico, de ahí que esa contraprueba da un valor inapreciable a los resultados del análisis. Todo ello le lleva a ahondar sobre los problemas anafilácticos, y fruto de los mismos es la idea, completamente suya, de la *anafilaxia inversa* nota que publicada, reivindica internacionalmente para González el hallazgo.

Con una visión más amplia, relaciona estos problemas con el general de la inmunidad, y así su discurso de ingreso siguiendo el lema de Turró "las defensas de la materia viva dependen de la vida misma, y la vida es la nutrición", tiene por título "Me-

canismos nutritivos de la inmunidad", con lo cual se alinea con la tesis de su Maestro, línea que no abandona en los discursos académicos de contestación, al de los de ingreso de los doctores Sabater, Domingo, Soler Dopff, etc. La escuela catalana de Biología que fundara Turró, juntamente con el Maestro, está bien representada en estos discípulos que son verdaderos próceres académicos, gloria de la Biología barcelonesa.

Desempeñó González con singular ilusión la Cátedra de Microbiología de nuestra Facultad de Farmacia, a propuesta nuestra —a nivel de Junta de Facultad— en las dos breves épocas en que funcionó la Universidad Autónoma de Barcelona.

El doctor don Casimiro Brugués Escuder, Doctor en Farmacia y Ciencias Químicas, con la inscripción de su nombre en el Libro de Honor de nuestra Universidad y por la puerta llamada estrecha de la oposición entra apenas terminados sus estudios a formar parte del cuerpo docente como Profesor Ayudante de la Facultad, y después como Profesor Auxiliar supernumerario, y tres años más tarde, al producirse la primera vacante como Profesor Auxiliar Numerario.

Tuvo siempre en la Facultad la consideración de Catedrático numerario, cargo que no llegó a obtener por el mezquino burocratismo de ciertas disposiciones de la "Gaceta de Madrid" o de sus intérpretes. El episodio vale también la pena de contarlo. Es un ejemplo clásico de la "picaresca oficial". En el plan de estudios de Ciencias Físico-Químicas figuraba como asignatura la de "dibujo", disciplina de la que no se otorgaban otras calificaciones que las de aprobado o suspenso, circunstancia que certificó el Decano de Ciencias doctor Luanco. Pues bien, este aprobado, máxima calificación y única positiva, le valió el *no* ser nombrado Catedrático numerario de Materia farmacéutica vegetal en el Concurso de méritos a presentar en los Concursos a Cátedras en los que tomó parte, acaso porque le faltaba el sobresaliente en dibujo. Claro que al mismo tiempo y de más importancia, se "*extraviaron*" en el Ministerio su trabajo especial titulado "aplicaciones de la microfotografía a la Materia farmacéutica vegetal y a la Botánica", acompañado de *dos cajas* de excelentes preparaciones originales y un informe extremadamente laudatorio de la Junta de Facultad. Esto ocurría en mayo de 1899.

Perteneció a la llamada escuela Casares en su vertiente de Barcelona y con el doctor Soler Batlle, aficionados ambos al excursionismo, cuya topografía catalana conocían extensamente y también parte de la selva negra alemana, en la que casi todos los años pasaban parte de sus vacaciones estivales.

La afición a los estudios químicos e histórico-naturales le hacen extender su campo de acción a la Ciencia agrícola, y así le vemos durante varios años como Director del Laboratorio Químico del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y Director de la Re-

vista Hortícola del mismo Instituto, así como también autor de un Resumen de Agricultura. Vocal de la Comisión provincial para el estudio de las plantas cultivadas, y Profesor de tres cursillos intensivos de Química a obreros pensionados para el extranjero.

El remozamiento del Laboratorio de Análisis que regentaba el doctor Casares a su regreso de orear su privilegiada inteligencia en Alemania, hizo que el doctor Brugués tuviera ocasión de utilizar su habilidad de experimentador y su fina inteligencia. Fruto de aquel trabajo fue la publicación de un libro titulado "Prácticas de Química Orgánica", en el que describe la preparación sintética de algunos compuestos orgánicos en número de 26 cuerpos que comprenden los diversos tipos de funciones químicas, todos ellos personalmente verificados por él y estudiadas condiciones y rendimientos máximos. Aquéllas fueron posiblemente las primeras operaciones de síntesis químicas verificadas en España, como su libro, el primero de esta clase publicado en nuestro país, y que no desmerecía de los análogos publicados por Fisher y por Gatterman en Alemania. Y es con cierta emoción que recuerdo todo esto, pues yo también tuve ocasión de realizar en mi época de estudiante siguiendo las detalladas indicaciones del libro, las 26 operaciones indicadas.

Lo evoco bajito, con su bastón y sombrero negro flexible redondo a lo artista, con su eterno puro puesto entre los labios leyendo pensativo el semanario festivo "Pêle-Mêle", y siempre tan modesto y reposado. En 1907 fue elegido Académico de Ciencias adscrito a la Sección de Agronomía. Su afición a esta Ciencia le llevó a ser Profesor de la Escuela de Agricultura de nuestra Excma. Diputación Provincial; en el Discurso de ingreso trató "De la fermentación alcohólica sin células vivas". Por dos veces le corresponde al doctor Brugués leer la oración inaugural; la primera en el curso 1922-23 y su discurso versó sobre "La tierra de labor", tema que está de acuerdo con su afición a la Agricultura. El segundo, en 1940-41, versó sobre "Química del tabaco".

Otros cinco trabajos presentó a la Academia, cuyos títulos enumero: "Algunos ensayos de capilaridad, resistencia y evaporación de agua", refiriéndose a las tierras de labor, de las que muy brevemente se ocupa a manera de prólogo. En este trabajo hay 728 valores experimentalmente determinados. Otro sobre "Las propiedades físicas de las tierras de labor" con 98 datos experimentales. El tercero, sobre "La arcilla coloide". El cuarto, sobre "Las bebidas sin alcohol". El quinto y último, en 1935, "Algunes notes sobre la Història del tabac".

Si me he detenido un poco en esta enumeración de trabajos originales del doctor Brugués, es porque todos ellos en su parte experimental se realizaron en el Laboratorio de la Facultad, que organizara el doctor Casares Gil y que regentado a la sazón por el doctor Casamada Maurí, ambos Académicos de la Real de Medicina, era, como ya hemos puesto de relieve, cá-

tedra y taller, escuela activa en fin, fuente en la que bebían los que se adoctrinaban en aquellas enseñanzas. Permítaseme evocar entre los que ayudaban en aquellas prolongadas experiencias, algunas comenzadas ya en 1898 y terminadas en 1912, al doctor don Miguel A. Baltá Botta, a quien imagino absorbido con sus ensayos sobre capilaridad practicados con tubos de vidrio de pared delgada de 22 mm de diámetro y longitud variable.

Evoco a mi fraternal amigo Raurich Sas, que con Baltá tenían a su cargo el cuidado del aparato *(l'orga; el órgano)* como vulgarmente le llamaban en el laboratorio al dispositivo especial, y la lectura a las experiencias sobre las propiedades físicas de la tierra de labor. Evoco y recuerdo al doctor don Antonio Colomer Pujol que juntamente conmigo nos ocupábamos —en realidad más él que yo, pues era más antiguo en el Laboratrio, y de un curso superior—, del trabajo experimental de "La arcilla coloide". El doctor Colomer Pujol fue Profesor temporal de Técnica-Física, adscrita al citado laboratorio hasta 1939, y después víctima de las desgracias que llevó consigo la tragedia de nuestras querellas civiles.

Ingresó Brugués en la Real Academia de Medicina, el 18 de enero de 1925, a cuya sesión asistí. El discurso reglamentario versó sobre "Nuevas orientaciones de la Farmacognosia", y el de contestación corrió a cargo del doctor don Ramón Casamada Maurí, su compañero de trabajo en el laboratorio del doctor Casares Gil en la época de su mayor prestigio en esta Universidad. Después de recordar en su preámbulo al doctor don Valentín Carulla Margenat, Marqués de Carulla, cuya vacante pasaba a ocupar, y a los doctores Sánchez Comendador —asimismo académico— y Plans Pujol, que fueron sus maestros de Materia farmacéutica vegetal y de Botánica respectivamente, entra en materia y con aquella minuciosidad que tanto le caracterizó y tanto le apreciábamos los que le conocíamos, trata de la microsublimación, de la microdestilación, del anhídrido silícico, del extracto, de los alcaloides, determinados por gravimetría y por volumetría, de los glucósidos por valoración de glucosa, antes y después de la hidrolisis, o por métodos biológicos, o por hemólisis con su poder hemolítico o colorimétricamente, por microscopia con determinación del tamaño real de los componentes observados y, finalmente, por las reacciones de identificación, todo ello como medios los más adecuados para el estudio de Farmacognosia.

No fue éste su único trabajo en nuestra Academia. En la sesión ordinaria del día 2 de mayo de 1932 se ocupó de "Noves investigacions quimico-biologiques sobre alguns alcaloides".

En este trabajo se ocupa del tabaco refiriéndose al tema tan debatido hoy día, sobre si es o no perjudicial su uso y abuso; trata luego de la riqueza en nicotina y de los componentes del humo de las diferentes suertes de tabaco; se refiere después a las cantidades de nicotina absorbida y forma

de eliminar la contenida en el humo; estudia a continuación la riqueza de la planta en alcaloide, según la forma del cultivo y naturaleza del terreno. Se ocupa asimismo de la manera de inactivar los tóxicos, principalmente los de tipo alcaloide y los de tipo congénito productos de su combustión, terminando con un sentido párrafo dedicado a la Medicina, como una de las más bellas parcelas del Jardín de las Ciencias.

No quedaría completa la reseña de la labor del doctor Brugués si no indicara otras publicaciones: En 1900 una asimismo experimental sobre "La cera de las abejas". En 1901 otra sobre "Guía para el trabajo del vidrio en los laboratorios", del que no existe otro análogo en lengua castellana. En 1902 otro sobre "Ensayos de microfotografía aplicada a la Farmacia". En 1903 su obra sobre "Elementos de Química Agrícola". En 1905 aparece a la luz pública otra obra, "Química popular", prologada por Casares Gil; colaborador de la revista "Resumen de Agricultura", en la que aparecen 16 artículos sobre consecuentes temas; del "Boletín farmacéutico", en el que se insertan 20 trabajos de colaboración; asimismo, en la revista del "Fomento del trabajo Nacional", con 14 trabajos; en la "Revista de Farmacia", y en la del Instituto Catalán de San Isidro, en el "Mundo Científico" y quizás en alguna otra más, en todas ellas da muestra de su valer extraordinario.

Colaborador y traductor de la "Enciclopedia Espasa", deben sumar decenas y decenas las voces y artículos a él debidos. Igualmente, en las publicaciones de la editorial "Labor". De mi tiempo recuerdo "Tratado de química farmacéutica", del doctor E. Schmidt, que en sucesivas ediciones continúa aún siendo de actualidad; la "Enciclopedia industrial de Sir E. Thorpe", con 13 tomos, y la "Bacteriología y esterilización aplicada a la práctica farmacéutica del doctor C. Sich", publicada en 1923. Todas ellas tuvieron en su día una muy grande aceptación.

Si bajo fue de estatura, fue un gigante en erudición, en conocimientos, en trabajos experimentales —lo que hoy llamamos investigación—, y también en modestia y en bondad. Su nombre era conocido y apreciado en el extranjero, principalmente en Alemania.

Murió el 29 de diciembre de 1940, de las penalidades sufridas a consecuencia de nuestra guerra civil, en la que me constan sus padecimientos principalmente de índole alimenticia. Sólo un limitado grupo de discípulos y amigos le acompañamos —con dolor inmenso— en el acto de dar tierra a su cuerpo. Quien tan alto brilló, vivió modestamente y modestamente fue enterrado. Quizá se había cumplido su último anhelo.

El ilustre farmacéutico y publicista don Antonio Novellas Roig ingresó en la Academia en 21 de marzo de 1944 y fue apadrinado por el doctor don Benito Oliver Rodés, y ofrece a la Academia en el acto de su recepción una memoria de 68 páginas impresas con unos apéndices, uno de

ellos, una lista de incunables de los siglos XV y XVI, interesantes en Farmacia, y otro con más de 107 notas explicativas al texto. Este es una "Apología histórica de la Farmacia", que abarca desde los tiempos primeros hasta principios del siglo XX. Si breve fue su vida académica, pues murió al poco de ingresar en nuestra Corporación, víctima también de los sufrimientos logrados en el período de luchas civiles, dilatada es su obra anterior, aureolada ya por el nombramiento de Académico Correspondiente por Premio.

Inauguró su vida de escritor o publicista científico en los albores de su vida estudiantil, en 1900, con un opúsculo leído en la Agrupación Escolar Raimond Llull, titulado la Alquimia y los alquimistas. Exactamente deja escritas 76 obras entre libros y folletos, opúsculos y conferencias, todas ellas teniendo por objeto la Ciencia farmacéutica en sus diversas modalidades. Añadamos que no desdeñó lo anecdótico y la novela, como no desdeñó la práctica usual y diaria en el ejercicio profesional en su botica abierta exactamente un cuarto de siglo día por día, en la aristocrática Rambla de Cataluña, regentada hoy por otro farmacéutico insigne, don Antonio de Bolos Vayreda, Académico de la Real de Farmacia, de ascendencia ilustre en la Botánica, ex-Director del Instituto Municipal de Botánica.

El señor Novellas se aficionó a la Farmacognosia siendo alumno en 1899-1900 del doctor Brugués, cuyo sillón académico ocupó a la muerte de éste. Ya graduado pudo trabar amistad con su antiguo Profesor en ocasión de sus constantes viajes por Suiza y Alemania en 1906, 1907 y 1912. En aquella época, tanto el doctor Brugués como el señor Novellas eran admiradores decididos de la bella Helvecia, y desde Ginebra organizaban excursiones estivales a las regiones de los lagos azules, de las altas montañas, del viejo Heidelberg... Y no eran excursiones turísticas, como las masivas de hoy, sino las de dos amantes de la naturaleza, observadores atentos, bien preparados y aptos para captar las novedades científicas en sus intercambios y coloquios con los Profesores extranjeros. Viajar hoy no supone ningún mérito, viajar a principios de siglo, con afán de aprender, sin auxilio pecuniario de ninguna clase, denotaba una preparación y una vocación que muy pocos poseían.

Fundó Novellas con otros elementos estudiosos, en 1900, la "Institución Catalana de Historia Natural", en la que ya mostró su temperamento inquieto para la conquista del saber, en el campo de las Ciencias, y en el de los conocimientos que podían tener relación con la Farmacia. Asiste al curso que se desarrolla en Ginebra en el "Instituto de Botánica Delessert de la Ariana", en el que lleva a cabo provechosa labor, dejando la mejor impresión como farmacéutico español. Posteriormente acude, en la misma Ginebra, a un curso del Profesor Chodat, y más tarde a otro curso en la Facultad y Jardín botánico de Montpellier, en los que se consolidan en el

señor Novellas sus conocimientos en Farmacognosia, a la que aporta datos y orientaciones científicas originales. Fue Profesor de la Escuela de Comercio fundada por la Mancomunidad de Cataluña.

Entre sus obras merecen especial mención: "Las tinturas medicinales", "Las ergotinas", "Formulario-Guía de Terapéutica", "Las tinturas de estrofantus hispidus", "Dinamización y estabilización vegetales, "Farmacodinámica", "Farmacografía de Tinturas, Gotas y Elixires", "Farmacología del Cercus grandiflorus"", "Repertorio de Fitoterapia cardíaca", "Tratado elemental de Fitoterapia", "Las bases orgánicas vegetales", "Nuevos métodos de preparación de medicamentos opoterápicos", etc., etc.

Dos obras notables he de consignar de manera particular: "Farmacología y Farmacodinámica del Apocynum cannabinum" (1933) y la "Doctrina farmacéutica catalana" (1934) que merecieron el "Premio Turró" concedido por esta Academia.

Ciertamente no puede decirse que la obra de Novellas no fuera dilatada y fecunda en pro de la Farmacia de sus amores, pero como él mismo cita: "Importa poco, en realidad, que el que ha sembrado no recoja el fruto de su trabajo. Basta con que la recolección aumente".

* * *

Al doctor Genové, segundo de una dinastía académica de tal nombre, asimismo farmacéutico e igualmente discípulo del doctor Casares, fue don Ramón Casamada Maurí. Fue Casamada en sus momentos de estudiante en la Facultad, uno de los contados alumnos que por su constancia, por su laboriosidad y por su saber, pudieron ganar muy pronto la voluntad del citado Profesor Casares. Fue aquel entonces en que la Química y la casi totalidad de las Ciencias que se cursaban en nuestros centros oficiales tenían que desarrollarse forzosamente de una manera descriptiva, mejor diría de una manera teórica, limitándose la parte práctica a las experiencias que podía llevar a cabo el Profesor en el momento de su explicación en la cátedra. El alumno que deseaba realizar sus estudios en forma experimental, tropezaba con una serie de inconvenientes; ni las Facultades estaban organizadas para procurar una enseñanza en tal forma, ni era dable a los catedráticos, por muy buena voluntad que en ello pusieran, atender en todo momento a las aspiraciones del alumno que deseaba la enseñanza de manera práctica. Ante tales dificultades se estrellaban la mayor parte de las veces los proyectos del estudiante que falto del estímulo que procura la enseñanza experimental, se entregaba al trabajo confiando sólo a la memoria, la retención de textos y las lecciones de cátedra, para poderlos repetir luego al llegar al momento del examen.

Varias veces me he referido a estas deficiencias a lo largo de este trabajo, porque también son varios los Académicos que las han señalado; pero

ahora quisiera precisar algo más quizá como justificación, ya que por mi pasada condición de Secretario de la Facultad, tuve ocasión de enterarme de algunos datos que al cabo de tanto tiempo tienen un valor documental y porque con Casares empieza de verdad en Barcelona y en la Facultad de Farmacia un cambio en verdad notable. Con Casares y Casamada se inició la suscripción de Revistas, que después fueron la base de los fondos que de ellas aportó nuestra Facultad, al actual "Seminario y Biblioteca de Química anexos a las Facultades de Farmacia y de Ciencias" y que es probablemente uno de los logros más fecundos de una colaboración entre la Universidad y la Industria. La iniciativa fue del excelente químico e investigador —hoy desaparecido— doctor García Banús, al que prestamos nuestra colaboración y entusiasmo el doctor José Pascual Vila por la Facultad de Ciencias y yo mismo por la de Farmacia, bajo la presidencia del Vice-Rector doctor Soler Batlle. Baste decir que hoy el valor de los fondos bibliográficos sólo en revistas especializadas sobrepasa los ocho millones de pesetas. Esta biblioteca es consultada diariamente por muchos lectores que fácilmente se comprende, dada la índole de los textos, son sus asistentes más frecuentes, industriales y técnicos de la Industria Químico-farmacéutica barcelonesa. He sido testigo muchas veces de los elogios que autoridades docentes y administrativas han prodigado a la institución, no acostumbrados a contemplar un ejemplo de colaboración tan patente que ha llegado a interesar a las Corporaciones económicas locales. Con la Biblioteca especializada se lograba aprovechar al máximo las posibilidades escasas, evitar la duplicidad y no entrelazar esfuerzos aislados, ~~so, es ya un problema social.~~

La consignación para prácticas entonces era inexistente, sólo en 1902 fueron declaradas *obligatorias en el papel*, y posteriormente se fijó una tasa que en mis tiempos de estudiante era de 10 pesetas por matrícula.

Se comprende así, que no podían permitirse muchas prodigalidades con las 10 pesetas, ni con las 45 pesetas trimestrales de subvención estatal por toda la Facultad, y que los sinsabores de los profesores fueran múltiples. Cierto que el valor adquisitivo de la peseta era diferente y sirva de ejemplo algunas facturas de aquellas épocas que como he dicho he podido leer. Hay partidas que hoy asombran: Un ocular de microscopio, 11 ptas. (1890); una navaja para microscopio, 6 pesetas (1890); una resma de papel de filtro, 9 ptas. (1899); ácido sulfúrico puro para análisis, 0,75 ptas. (1895); 6 gramos de hilo de platino, 73 ptas. (1893); 200 g de fenilhidracina p. a., 30 reales (1897); 1 kg de varilla de vidrio hueca, 3 ptas. (1898); instalación de tubería de plomo 17 × 10 mm y 15 metros largo, instalación comprendida, 40 ptas. (1897), etc., etc. Facturas de importe 35,35 ptas. tuvieron que ser aplazadas por no disponer la Facultad de los fondos necesarios y una importación de variado y moderno material (¡moderno entonces!) tuvo que abonarse a plazos bastante largos

y lo que es peor rechazados por Hacienda los recursos contra derechos de Aduanas (22 de noviembre de 1892). ¿No merecen estima y agradecimiento los profesores que empeñando a veces su crédito personal superaban tales dificultades en aras a su amor a la enseñanza?

Afortunadamente, en los tiempos presentes se ha cambiado en este aspecto. Las consignaciones han aumentado, pero asimismo el número de alumnos ha crecido desproporcionadamente, y el valor de la moneda se ha deteriorado encareciendo los precios, las exigencias de los alumnos son mayores y la ecuación educación = progreso es ya un problema social.

Casares rompió con la rutina y empezó a trabajar él y enseñar a trabajar, no a todos, sino a un grupo seleccionado de alumnos. Entre ellos estaban los que luego fueron nuestros Académicos, Casamada Maurí, Soler Batlle, Brugués Escuder y Oliver Rodés. Fue el alumno Casamada uno de los que sin reparar ante las referidas dificultades y ganándolo por su propio esfuerzo, consiguió un lugar en el laboratorio, y ante las aptitudes demostradas por el estudiante fue considerado casi como ayudante particular de Casares, y fue probablemente en aquella ocasión en la que se trazó una línea de conducta de la que no se separó jamás. Ya licenciado, opositó a una ayudantía (luego auxiliaría) en 17 de febrero de 1897, previo doctorado en Madrid el 6 de noviembre de 1896 con Sobresaliente por su tesis intitulada "Determinación del tanino en los vinos". Demostrando una resistencia intelectual no frecuente, cursó simultáneamente los estudios que corresponden a la licenciatura en Ciencias Físico-Químicas, alcanzando poco después el doctorado en Ciencias. Los cargos de Ayudante y después Auxiliar del grupo de Técnica Física, Química Inorgánica y Análisis Químico los desempeñó hasta 1911. Cuando la Universidad de Madrid, en 31 de marzo de 1905, llamó al doctor Casares, solicitándole como Catedrático de aquella Universidad, quedaron confiadas al doctor Casamada las explicaciones de las cátedras que desempeñaba aquel Profesor, hasta el momento de acudir a las oposiciones, obteniendo brillantemente en ellas, de modo definitivo las cátedras que desempeñaba accidentalmente. Su nombramiento es de fecha 8 de mayo de 1911.

Como Profesor y fiel continuador de Casares procuró apartar a los alumnos de conceptos adquiridos por moldes, llevándolos por los caminos del razonamiento y la deducción. No obstante, en mis tiempos era Casamada profesor muy discutido, y es que su personalidad tenía dos aspectos muy diferentes: uno para la cátedra y otro para fuera de ella, y la diferencia era en tal grado perceptible, que cuantos le tratábamos a diario comprobábamos en pocos momentos de intervalo, los dos aspectos de su doble personalidad. En el aula llevaba su carácter, si no de rigidez, sí de una cierta seriedad especial, hija del convencimiento que tenía formado de sí mismo, y de la misión docente que le estaba confia-

da, la que es llevada tal vez a un grado superlativo, pero tan luego había dejado el umbral, aparecía con una afabilidad especial para cuantos le rodeaban; los alumnos que se le dirigían en busca de alguna aclaración o encareciéndole alguna pregunta encontraban siempre al profesor dispuesto a facilitarles las resoluciones pertinentes a problemas de sus asignaturas, aclarando cuantos puntos fueron objeto de dudas y consultas. Las prácticas ya no eran limitadas a unos pocos alumnos seleccionados, sino que se extendían obligatoriamente a *todos,* y los *seleccionados* formaban una verdadera familia con los partícipes permanentes del laboratorio. ¿Qué es lo que en este sentido pudo hacer don Ramón en las décadas de los años 10 y 20, hasta el 1936? Formaba secciones de 20 alumnos, que se sucedían turnando en el laboratorio cada dos semanas, trabajando los días alternos de diez a una, de manera que a cada alumno le correspondían unas ocho semanas, a nueve horas semanales, o sea en todo el curso, unas setenta y dos horas de trabajo de laboratorio para ochenta y cuatro horas de lección de cátedra, en los cursos normales. En este corto tiempo de trabajo de laboratorio, cada alumno, *individualmente,* hacía —no podía hacer más— que resolver un corto número 6-8, en algunos pocos casos hasta 10 problemas de análisis cualitativo mineral, para que adquiriera una idea práctica de la marcha sistemática a seguir para investigar la parte ácida y la básica, y luego unos pocos ejemplos de determinaciones cuantitativas por métodos volumétricos con reactivos que se les entregaban ya valorados con vistas o aplicándoles a análisis especiales, principalmente de alimentos. Si el curso se desarrollaba normal finalizaba con unos ejemplos de análisis gravimétrico. Esto, las prácticas generales, obligatorias para cada alumno, oficiales y libres, sin cuyo requisito no se podía presentar a examen.

Y un número reducido, diez, doce a lo más, de alumnos seleccionados trabajaban todos los días laborales en las horas que les quedaban disponibles de sus demás obligaciones universitarias, de diez a una, por la mañana, y de cuatro a siete, por las tardes, que eran las horas en que permanecía abierto el laboratorio; trabajaban así un promedio de quince horas semanales, y por tanto un promedio de 330 horas durante el curso. El plan consistía en trabajar en análisis cualitativo para resolver problemas que se *complicaban progresivamente* por la calidad y proporción de los componentes hasta que el alumno adquiriese cierta habilidad y dominio. En el análisis gravimétrico procediendo con sales completamente puras se determinaban gravimétricamente sus componentes ácido y básico, haciendo luego aplicación de los dos métodos generales de análisis a sustancias alimenticias e industriales. Y todavía una nueva selección de aquellos alumnos con especial disposición a quienes reservaba plaza en el laboratorio, para que bajo su dirección y orientación, se aplicasen en trabajos de investigación con miras generalmente a tesis doctorales. No es ex-

traño, pues, como ya he dicho, que formasen estos últimos una verdadera familia; de fervientes admiradores; en su conjunto, era una verdadera *escuela*. Esta enseñanza, *completamente gratuita,* apenas ha podido ser superada actualmente, ni siquiera con los cursillos con elevada matrícula extra, tan prodigados ahora. De mi tiempo, cómo no recordar a mi fraterno amigo el doctor don Fidel Enrique Raurich y Sas que sucedió a Tayá primeramente en la Ayudantía de Química Inorgánica y después a Casamada en las cátedras de que era titular, y en las dignidades de Académico de las Reales de Medicina y de Ciencias. Cómo no recordar al malogrado doctor Antonio Colomer Pujol que asumió la Ayudantía de Técnica-Física al desdoblarse los cargos que ostentaba el doctor Tayá. ¡Cómo no evocar mis tiempos formativos al lado de todos estos excelentes amigos y maestros, al suceder a Raurich, cuando éste fue propuesto para las cátedras de igual denominación en la Universidad de Santiago de Compostela!

Más jóvenes y por este orden, Raurich, Colomer y yo formábamos lo que en el orden particular dentro del laboratorio se nos denominaba o nos llamábamos la "Trinidad". Son innumerables las anécdotas, intrascendentes unas, aleccionadoras otras que podía contar. Por su relación con otros miembros de esta Academia me permito referir la comida que acostumbrábamos a celebrar todos los años, al finalizar el curso, y que los alumnos de la Facultad, con la gracia y la ironía peculiares en ellos, motejaban como el de la "celebración de los *suspensos*". En estas comidas no faltaban nunca, aparte los asistentes al laboratorio, presididos naturalmente por los doctores Casamada y Soler Batlle, los doctores Oliver Rodés, Peyrí y Saforcada.

También quiero hacer alusión a personajes eminentes en el quehacer científico, que si bien no fueron alumnos suyos en el sentido docente, sí lo fueron en el burocrático. Nuestro compañero doctor don Hermenegildo Arruga, Conde de Arruga, se examinó de Análisis en junio de 1910 con el número 17 de Matrícula ordinaria, y el doctor don Antonio Medinaveitia, asimismo eminente, que ha llevado la ciencia española, principalmente la Orgánica, en tierras hispánicas de América se examinó con Casamada en el curso 1912-1913. Alumno suyo fue también José Cuatrecases Arumí, que igual que Medinaveitia, después fueron Catedráticos en Madrid e igualmente cerebros exiliados, profesan en América.

La particularidad del trabajo práctico de don Ramón fue la exactitud. Sus trabajos eran modélicos. Quizás hoy —tiempos de prisas y computadoras— no fueran rentables; tampoco necesitaba él que lo fueran. Eran motivo de enseñanza y eso bastaba. El análisis de las aguas minerales de la "Font picant" o Manantial número 1 de San Hilario Sacalm duró aproximadamente 1 año —el año 1919—. Todo un año trabajando él (don Ramón), ayudado por Tayá, Baltá, Cardona, Raurich, José M.ª Tarrés, Pascual Vila. Todo se hacía por triplicado. Si los

resultados eran concordantes se admitía el valor medio; si no eran concordantes se repetía otra vez y por triplicado. El trabajaba con una limpieza y pulcritud extraordinarias que le hubieran permitido hacerlo vestido de etiqueta y guante blanco. Y esto, esta manera de trabajar, esta *honestidad científica*, era la que inculcaba a sus discípulos y lo que distingue a los de la *Escuela de don Ramón*. En las prácticas generales para los alumnos, que él supervisaba personalmente, la palabra más usada era el ¡¡REPÍTELO!! cuando algún alumno se le quejaba de que la reacción cualitativa o el dato cuantitativo no era correcto; ¡repítelo y *limpie antes* cuidadosamente los tubos, matraces, etc.! Y generalmente bastaba esta observación para hacer fructífera la enseñanza que ya no era olvidada jamás.

Yo bien quisiera citar con detalle los nombres y algunas circunstancias de los más destacados alumnos de la Escuela de don Ramón durante los 22 años que regentó la cátedra. En la imposibilidad de citarlos a todos y excusando las omisiones, cito a Enrique Moles Ormella, y a algún otro.

Moles estaba matriculado con el número 1 de Honor y junto a él, cuatro condiscípulos también matrículas de Honor *Salvador Tayá Filella* (número 2), *Juan Bofill Combeller* (número 3), *Juan Ferrer Camps* (número 4) y *Pedro Ribera Vidal* (número 5). Estos forman la *base* que resultó ser muy sólida de la llamada escuela barcelonesa de análisis o escuela de don Ramón.

Moles fue Profesor Auxiliar de nuestra Facultad de Farmacia y por ausencia del doctor Casamada se encargó de las enseñanzas a éste confiadas en corto período de tiempo en el mes de noviembre del año 1907.

Traslado a Madrid por oposición a Auxiliar numerario de Química Inorgánica de Madrid hasta mayo de 1927 en que por oposición turno libre, obtiene la cátedra de Química Inorgánica de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, dándose la casualidad que le sucede en la Auxiliaría de la Facultad de Farmacia de Madrid otro farmacéutico de la Escuela de don Ramón, nuestro compañero de Academia tantas veces citado, el doctor Raurich Sas residente entonces en Madrid como Técnico de la Sección de Química del ahora denominado Instituto Técnico de Farmacobiología.

Su gran capacidad de trabajo que lograba infundir a sus colaboradores en el Laboratorio de la Junta de Ampliación de estudios en los altos del Hipódromo primero y en el Rockefeller después, en cuya consecución y funcionamiento tomó parte muy activa, formó y preparó para la Universidad española gran número de profesores de Química inorgánica y analítica, entre ellos el doctor don J. M.ª Clavera, Decano de la Facultad de Farmacia de Granada y Sub-Director General de Farmacia, y asimismo de Físico-Química, materia ésta a la que dedicó, casi exclusivamente, su actividad a partir de finales de la segunda década de este siglo. Muchos de sus trabajos eran considerados de máxima

importancia por las autoridades mundiales, a cuyos respectivos idiomas las traducían; las notas de laboratorio de tales trabajos, las escribía en catalán sobre todo las que le interesaban quedasen en relativo secreto. Su actuación en la Real Sociedad Española de Física y Química, gracias a él, en mucha gran parte es conocida en todo el mundo científico, y queda reflejada con sólo decir que durante su gestión cada tomo anual tenía de 1400 a 1500 páginas, cosa que en la actualidad dista mucho de suceder. En sus tomos él aceptaba los trabajos de extranjeros elaborados fuera de España en su idioma original, cuando él creía que por su importancia y por el honor que nos otorgaba su autor, así debía hacerlo; pero nunca hubiera tolerado lo que actualmente se hace con relativa frecuencia: la publicación en los Anales de trabajos de españoles, elaborados en España y publicados en un inglés-americano, y con sólo un pequeño resumen en castellano.

Moles formaba parte de la Comisión internacional de Pesos Atómicos, y era conocido y respetado por los científicos de la especialidad de todo el mundo.

A partir de 1918, quizá como consecuencia del masivo empleo del ácido silicotúngstico (como entonces se le llamaba) como reactivo de alcaloides, consiguió con tenacidad ejemplar que se hiciera justicia y honor a nuestros compatriotas los hermanos Elhuyar, que descubrieron un nuevo metal, bautizándolo con el nombre de Wolframio y asignándole el símbolo W; metal rescubierto años más tarde en Francia, denominándole Tungstene, símbolo Tu. Hoy en la tabla internacional de Pesos Atómicos, figura gracias principalmente a Moles tal elemento con el nombre y símbolo que sus descubridores le asignaron.

Enrique Moles era hijo de padres catalanes y había nacido el 23 de agosto de 1883 en Ginebra (Suiza), donde cursó la 1.ª Enseñanza; le fueron familiares, ya desde la infancia, el francés, el alemán y el italiano. Hablaba y escribía correctamente, además, el inglés, el portugués y el ruso. Estudió Farmacia en Barcelona y se doctoró en Madrid, en cuya Universidad convalidó su doctorado en Ciencias Químicas suizo.

En la post-guerra fue desposeído de sus cargos y murió oscuramente en Madrid trabajando en una Oficina de farmacia sita en la Cuesta de San Vicente pocos años después de terminar nuestra guerra. Lástima que a su fallecimiento, los Anales de la Real Sociedad Española de Física y Química no publicara más que una escueta nota. Quizá cada uno de sus muchos colaboradores, que tanto debían de agradecerle, tocados de pusilaminidad, se limitaran a considerar, en silencio, la frase destinada al insigne Lavoisier: "La Repúblique n'a pas besoin des savants". Tuvo no obstante mejor suerte que su primer maestro, pues para él lo que no pasara quizá de una simple consideración, para nuestro Académico doctor don Ramón Casamada Maurí, unos desalmados e incontrola-

dos hicieron triste y trágica realidad la famosa frase.

Sigue don *Salvador Tayá Filella* ya nombrado, fiel en la amistad y en el quehacer científico de don Ramón, tan fiel que le acompañó en su trágica muerte en los aciagos días de agosto de 1936.

Joaquín Vellvé Cusidó, analista-urólogo, publicista, principalmente en temas de química biológica, con acreditada oficina en la calle de Fernando. *Enrique Calvet Pascual,* Profesor en la Escuela Industrial de Tarrasa. *Santiago Pagés Maruny,* que ha llevado sus actividades a los intrincados quehaceres de la Industria framacéutica. Académico Numerario de la de Farmacia. *Antonio Borrell Vigo,* analista clínico, Ayudante de la Facultad, con oficina en la calle Conde del Asalto. *Pío Font Quer,* farmacéutico militar. Académico de la Real de Ciencias y Profesor extraordinario de la Universidad Autónoma de Barcelona. *Ramón Ribera Premafite,* Director del Laboratorio Municipal de Badalona. *Guillermo de Benavent y Camps,* Profesor en la Escuela Industrial de Barcelona, y fundador y primer Presidente de la Real Academia de Farmacia. *José Genis Arumí,* destacado farmacéutico de Vic, del Círculo de estudios vicenses. *Miguel A. Baltá Botta,* uno de los más señalados discípulos de la escuela de don Ramón y de más acusada y original personalidad. Hemos ya referido el hablar de Brugués Escuder, su trabajo constante en el Laboratorio de Casamada en los trabajos científicos que allí se hacían, y siempre trabajando con seriedad, con devoción, con pasión, sin limitación de tiempo. La influencia de Casamada en Baltá es indudable, en el aprendizaje, aunque no fue desde luego Baltá simplemente un reflejo de Casamada, porque todo era modificado en Baltá bajo el influjo de su carácter personal, pero sí logró Casamada infundirle la *honestidad insobornable* que fue norte de su vida, no sólo científica sino también privada. Acompañado del doctor Manuel Dalmau, de la "Societat de Biologia de Catalunya", entra en el Laboratorio Municipal, del que fue más tarde Director de los departamentos de Química y en aquel centro de trabajo dedicó los mejores años de su vida. Organizó los cursos de Química General y Bromatología que allí se daban con indudable éxito. Los alumnos trabajaban como no podían hacerlo en la Universidad, y esta época marca la época áurea del Laboratorio Municipal en su actividad docente. Tradujo del alemán la "Enciclopedia de Química Industrial de Schmidt", aprovechando una época en la que no podía *forzosamente* hacer otra cosa. Exiliado a Cuba, trabajó en la Industria farmacéutica cubana y retornado a Cataluña busca en la soledad de Samalus un lugar donde morir. "Enemigo de convertir en espectáculo cualquier acto serio de su vida tanto público como privado, tanto de la materia como del espíritu, una simple nota nos daba cuenta de su muerte: "Miguel A. Baltá Botta ha fallecido el día 20 de noviembre de 1964".

Florencio Coma Roca, quien ela-

boró su tesis de farmacia sobre "El flúor en los vinos" en el laboratorio Casamada; luego fue Ayudante de Química Inorgánica en la Facultad. Los alumnos lo prefiguraban como futuro catedrático. Entró al servicio del Ayuntamiento en el departamento de Higiene, como químico. De espíritu algo inquieto, trocó la Química por la Medicina que cursó rápidamente con el provecho que le permitía su preclara inteligencia. Fue el primer maestro en el arte de la exploración clínica, especialmente la semiología de los aparatos respiratorio y circulatorio, de nuestro compañero de Academia doctor don Antonio Gallart Esquerdo. Por desgracia, murió prematuramente.

Antonio y José M.ª Tarrés Piera, José Guerra Cortés y *José M.ª Cardona Pedrals* ilustraron con su borla de doctor la farmacia catalana en la primera mitad de este siglo. *José Moreno Galvache,* que se distinguió en la farmacia, en Murcia, y en las Constituyentes de la República como Diputado. *Fernando Rubio Tudurí,* como industrial farmacéutico, creador del laboratorio "Andrómaco". *Antonio Cabañes Barba,* que también trocó la muceta morada por la amarilla de la de Medicina, en cuya profesión alcanzó justo renombre. *Amadeo Rifé Davi,* que sustituyó a Baltá en el Laboratorio Municipal. *Miguel Molinas Viñas,* Profesor adjunto en la Facultad. *José Cuatrecases Arumí,* ya citado. Las hermanas *Carmen y María Brugger Romaní,* una de las cuales entró en el Laboratorio Municipal. *Antonio Esteve Subirana,* que ha llegado a presidir la sección de Ciencias del "Institut d'Estudis Catalans", Académico de la Real de Farmacia y Director del prestigioso laboratorio industrial de su nombre y tan ligado, por simpatía a nuestra Academia; *l'Estevet,* como le llamábamos cariñosamente en el laboratorio. *Pilar Gil Montaner,* farmacéutico en el Hospital Provincial de Castellón. *José Piña Valls,* General Inspector del Cuerpo de Farmacia Militar. *María Luisa García Tejedor,* del Instituto Provincial de Higiene de Huelva, las hermanas *Elisea* y *Esperanza Nacente Sadurní. Luis Socias Viñals,* Técnico directivo de F.A.E.S. *Francisco Pulido Cuchí,* Catedrático de Bioquímica. *Manuela Castillo Cofiño,* Profesora en la Facultad. *José M.ª Pla Dalmau,* editor, Académico de Farmacia y mantenedor de la Farmacia científica de Gerona, y tantos y tantos otros...

A propósito, no he citado los nombres de los doctores Miravitlles Millé, Amat Bragués, Oliver Suñé y Gras Riera adjetivándoles debidamente, por ser miembros numerarios, felizmente activos, de la Academia, y por el temor de que la amistad y el cariño no me traicionasen. Sólo quiero indicar —aunque es bien sabido— de que a Raurich puede considerársele hijo espiritual de don Ramón, heredándole no sólo sus cualidades científicas y técnicas, sino por una especie de *mimetismo,* incluso su especial manera de ser. Y otra indicación que debo hacer es la referencia escueta del doctor don José Pascual Vila, alumno predilecto de don Ramón, como lo fue del doctor García Banús, Presidente de la Real

Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, Numerario de la Nacional de Madrid, Premio March de Química y Jefe del Departamento de Orgánica del "Instituto Juan de la Cierva del C. I. C." que tiene su sede en Pedralbes, y una de las más legítimas glorias actuales de la Ciencia catalana.

Fue Casamada Académico numerario de la Real de Ciencias y Artes de Barcelona. Su discurso de ingreso versó sobre el "Análisis electrolítico", trabajo de investigación general básica. Le contestó el que luego fue Presidente de la Corporación doctor Eduardo Alcobé Arenas. Otros trabajos son "Espectro de absorción en el ultravioleta y la investigación de colorantes artificiales en los vinos", y "Espectre d'absorció en el ultra-violeta per a la diferenciació dels olis d'oliva verges dels refinats". Ambos trabajos, como se deduce de sus títulos, son trabajos de investigación aplicada a la Bromatología, ciencia no muy alejada de las preocupaciones sanitarias que son también metas de nuestra Academia. Fue el portavoz de la Academia en el discurso de contestación al de ingreso del doctor don Emilio Gimeno Gil, Rector que fue de nuestra Universidad.

En 21 de mayo de 1922 leyó su discurso de ingreso en esta Corporación de Medicina, que versó sobre "Algunas importantes aplicaciones de la luz en análisis químicos". Con acierto indiscutible y visión profética nos recuerda que las conexiones entre la Física y la Química fueron y han sido cada vez más evidentes, y es realmente digno de consideración cómo el progreso de éstas en lugar de deslindar, completamente los campos, ha venido a estrechar más las relaciones entre ambas, no siendo posible definir cuál es límite de cada una de las mismas. Algunas propiedades y medios físicos se aprovechaban ya entonces para el análisis de diversas sustancias químicas y líquidos orgánicos como son leche, sangre, etc., y hoy es bien sabido que muchos procedimientos ópticos son empleados para sustituir los clásicos métodos volumétricos o gravimétricos abreviando considerablemente el tiempo.

En el curso 1930-1931 leyó ante el Claustro de la Universidad de Barcelona el Discurso inaugural, que no es sorprendente después de lo dicho, que versara sobre los problemas que deparan la enseñanza práctica en la Universidad. Y es que don Ramón Casamada Maurí, tuvo una sola *preocupación:* la enseñanza. Tuvo un solo *amor:* su hija. Tuvo una sola *afición:* la caza mayor; cada año, terminados los exámenes de septiembre y abierta la veda, el Pirineo leridano era campo de sus excursiones cinegéticas. Tuvo una sola *pasión:* la música. Poseía una buena discoteca y era asiduo abonado al Teatro del Liceo. Había nacido en 10 de octubre de 1874. Y un hombre así, bueno, prudente, sabio, sin haber llegado a mancharle las impurezas de una pasión política, a la que no participó jamás, fue asesinado junto con sus amigos y ex-alumnos, los doctores Salvador Tayá y Javier Palomas, ambos asimismo Profesores, en los tristes días del verano de 1936. Detenidos

juntos, acusados de sospechosos de conspiración (¡!), *comprometidos* por la muceta morada encontrada en la casa de Casamada —en cuyo domicilio estaban— y cuya significación desconocían los revolucionarios, una sombra de misterio envuelve todo el primer período de la guerra civil y yo el último y más insignificante de la Escuela de don Ramón, en el amanecer de la primavera del 1939, tuve el triste privilegio de identificar sus restos y de legalizar así oficialmente su defunción.

Aun a trueque de repetir, yo no puedo iniciar una semblanza del doctor D. Enrique Soler Batlle sin referir el impacto que me causó la primera vez que le oí, allá en mis años mozos, cuando estudiante de primer año de Facultad penetró en el laboratorio de don Ramón Casamada, neófito yo todavía en el citado laboratorio y con los ojos y oídos bien abiertos a todo lo que para mí era novedoso y universitario. Era el doctor Soler, alto, fornido, con unos bigotes negros a lo Guardia Civil (a lo Guardia Civil de entonces), y un andar especial, que conservó toda la vida. Saludó afable a todos, sacó su petaca y empezó a liar cigarrillos que entregaba a cada uno de los fumadores presentes, terminando por encender uno él, costumbre ésta de liar perfectos cigarrillos y entregarlos a los fumadores que conservó durante todos los años que fue fumador.

Estaba Florencio Coma Roca —de quien he hablado anteriormente y que luego fue uno de los más brillantes epígonos de la catalana escuela de gastereología fundada por Gallart Monés—, trabajando en su tesis doctoral de Farmacia "El flúor en el vino". Yo no puedo recordar ahora con qué dificultad técnica tropezara Coma, pero sí recuerdo perfectamente cómo Soler Batlle la resolvió con sólo aplicar lo que fue una constante en su vida "su sentido común químico", y a continuación desató su animada charla, teniendo como centro de interés la dificultad mencionada y cual los círculos concéntricos de un estanque iban engrosando los conocimientos, las observaciones, las consecuencias, resultando una lección magistral, viva, cuyos contornos no se desdibujarán jamás de mi memoria. Fue la primera "lección universitaria" que recibí de un verdadero maestro. Y ello ocurría casi todos los días, con un motivo u otro y sobre los temas más variados; colorantes, automóviles, botánica, geografía, zoología, orgánica e inorgánica, balística, historia, arte, marina, teatro, ópera, explosivos, excursionismo, anéctodas de Barcelona, de Madrid, del extranjero —Alemania principalmente—, etc. Y no digamos de las ocasiones en que se habló de fotografías, una de las aficiones más arraigadas de Soler Batlle. Sus fotos eran de una perfección absoluta; su archivo de negativos fue solicitado por cuantos necesitaron disponer de perfectas fotografías de asuntos los más diversos; incluso por entidades semioficiales u oficiales; desde el planteamiento de la exposición de 1928, principalmente del Pueblo Español, hasta algún Instituto del actual Consejo Su-

perior de Investigaciones Científicas.

Más adelante recuerdo también la impresión que me produjo a mí, y a todos, oírle en perfecto italiano hablar en la Universidad, presidiéndola ya como Rector, una sesión conmemorativa del Bimilenario de Virgilio, en donde habían disertado especialistas italianos. Y a los mal pensados, les diré que lo del perfecto italiano no lo digo yo, me limito a transcribir el juicio que la conferencia mereció tanto en su aspecto literario como lingüístico de las Autoridades asistentes y público, italiano en su mayor parte, con el Embajador y Cónsul de Italia y los Miembros de la Casa de los Italianos de Barcelona. Quizá rompió con el protocolo acostumbrado, pero le pareció que la Universidad no podía perder el rango universalista que le pertenecía diciendo sólo en español unas pocas palabras de gracias a los asistentes.

Conocía a la perfección además el francés, el alemán, el inglés y el portugués. Conocía y traducía el latín y sus clásicos, y por si fuera poco, algo de ruso y de holandés con conocimientos de su filología. No es extraño, pues, que sus dotes enciclopédicas y políglotas fueran aprovechadas por muchas editoriales de prestigio, no sólo como traductor, sino principalmente como asesor en los giros difíciles que a veces estos idiomas presentan, y como censor en los conceptos que se estampan en obras enciclopédicas o de carácter científico. Su actividad en este aspecto, aunque al parecer oscura y poco conocida, fue muy importante.

En 1925 fue el representante oficial de España en la "II Conferencia Internacional para la unificación de las fórmulas de medicamentos heroicos", que tuvo lugar en Bruselas del 21 al 29 de septiembre. Dado su temperamento y actividad se comprende perfectamente que varios de los acuerdos internacionalmente adoptados fuesen sugeridos y redactados por el doctor Soler Batlle. Esta Conferencia internacional fue una revisión de la Convención de 1906 y se refiere a unas resoluciones de orden general y a otras de orden especial a ciertos medicamentos; a cuestiones de nomenclatura, a dosis máximas internacionales; a dosificaciones químicas; a preparaciones galénicas; a valoraciones biológicas; frasquería; farmacopeas y farmacopea internacional, etc., etc. Quizás a los estudiantes de hoy no les diga mucho la relación de los nombres que formaron las distintas delegaciones, pero a los que buscan y sondean las profundidades de las cosas, verán que sus nombres forman la élite universal de la Farmacología y Terapéutica de su tiempo: Recordamos a Tiffeneau y Goris de Francia, a Golaz y Eder de Suiza, a Van Itallie y Menlenhoff de Países Bajos, de Mez y Fulleston-Cook de los Estados Unidos; White y Greenisch de Gran Bretaña: Vintilesco de Rumania; Asahina del Japón; Friedrichs de Suecia; Gadamer de Alemania, etc., etc. Esta Conferencia internacional fue uno de sus mayores éxitos; su actuación fue una honra para nuestra Universidad y para nuestra Academia, y una legítima gloria para España. Por habérsele oído

directamente, recuerdo muchos detalles de esta Convención, unos de gran altura científica, otros al parecer no tan importantes, pero que dieron lugar a un juego de actitudes bañadas en el fondo, por un exceso de amor propio nacional. Quiero referir uno, en los que el doctor Soler Batlle tuvo que tomar partido y que esclareció con sus conocimientos. En el artículo 26, se acordó: "En la designación de las sales, el nombre latino internacional debe empezar por el de la base expresado en genitivo". Este artículo era procedente de una proposición de los delegados de la Gran Bretaña, y es al parecer de una inocencia paradisíaca. Existen en realidad dos sistemas principales de dar nombres latinos a las sales. Uno adoptado en las farmacopeas británica, danesa, española, holandesa, italiana, norteamericana, noruega y sueca, que consiste en formar un sustantivo que exprese la naturaleza del ácido y acompañado con el nombre de la base o del metal en genitivo, o con un adjetivo derivado de este nombre: así se forman denominaciones como por ejemplo, *Sulfas natrii* o *natricus; Nitras Kalii* o *Kalicus*, etc.; para las sales haloideas se forman también sustantivos, y se dice por ejemplo *Cloretum natrii* o *Cloridum natrii, Iodetum Kalii o Iodidum Kalii.* Este sistema de nomenclatura corresponde al usado en las lenguas neolatinas, como se ve inmediatamente comparando los ejemplos antes citados con las denominaciones españolas *sulfato de sodio* o *sódico; nitrato de potasio* o *potásico; cloruro de sodio* o *sódico; yoduro de potasio,* etc. El otro sistema adoptado por las farmacopeas alemana, austríaca, belga, francesa y suiza, emplea siempre el nombre del metal, o de la base en nominativo, y lo acompaña con un adjetivo derivado del nombre del ácido o del elemento halógeno. De este modo, a las sales antes tomadas como ejemplos corresponden las denominaciones: *Natrium sulfuricum; Kalium nitricum; Natrium cloratum; Kalium iodatum,* etc. Este sistema corresponde, especialmente en las oxisales, a la nomenclatura usada en algunas lenguas germánicas, pero en la nomenclatura de las sales haloideas en latín pueden dar fácilmente lugar a confusiones, como se comprende sin más que recordar los nombres *Kalium cloratum* (cloruro potásico) y *Kalium cloricum* (clorato potásico), cuyo primer nombre de *Kalium cloratum* puede ser fácilmente traducible y erroneamente interpretado por clorato potásico.

El doctor Soler Batlle intervino, aclaró con su palabra lúcida la cuestión y defendió el sistema primeramente expuesto, no sólo por ser el que de antiguo viene siguiendo la farmacopea española, sino por que es el más generalmente adoptado y el que corresponde mejor al lenguaje corriente de los químicos y farmacéuticos de todos los países. La conferencia se inclinó al fin a esta opinión, al que el delegado francés se opuso, empezando su discurso de oposición con gesto tribunicio no exento de chauvinismo: "Toda la Francia se sentiría *desgraciada* si se aprobase este artículo..."

Si he citado esta anécdota, al parecer baladí, es simplemente para demostrar con un solo ejemplo, que los podría multiplicar, la intervención del doctor Soler Batlle en la citada Conferencia, cuyas actividades han pasado ampliadas a la O.M.S., principalmente en sus diversos departamentos de Farmacología y Toxicología, seguridad en el empleo de los medicamentos y vigilancia de sus efectos. — Farmacodependencia. — Preparaciones farmacéuticas. — Aditivos alimentarios y Departamento de Ciencias Biomédicas, en su sección de estandardización biológica de los medicamentos.

El doctor Soler daba sus clases a primera hora, pues era de ordinario muy madrugador; cuando a las 9 horas daba su clase, ya había trabajado un par de ellas, en sus tareas de corrección, o de redacción por encargo de las editoriales. La obra "Medicamenta", que devino clásica fue una de ellas. Nunca le vi dar una clase sin tener encima de la mesa una pequeña nota, no mucho mayor que un papel de fumar, con el resumen de su lección; bien es verdad que nunca observé que la utilizara, pero ello demostraba que cada día preparaba su lección. Su explicación teórica era impecable, un modelo de claridad, de exposición, finalizando con unos minutos que los utilizaba para hacer un resumen de la misma. No pasaba nunca lista, no preguntaba a nadie, pero nadie faltaba a clase. Si en la exposición teórica no preguntaba, en las horas de prácticas iba personalmente atendiendo a todos y cada uno, con su gran afabilidad y simpatía en catalán, si era catalán el alumno, enseñando prácticamente —lo hacia él mismo, en presencia del alumno— las operaciones propias de la asignatura, provocando el diálogo y explicando con detalles precisos los motivos de índole teórica que los justificaban.

Una concepción de la enseñanza de este modo, tenía que chocar forzosamente con los medios de consignación y locales que entonces eran habituales en la Universidad, y para mejorarlos luchó durante toda su vida académica, y no en su propio beneficio, quiero decir en beneficio de su disciplina o de su laboratorio como hacen muchos, sino en el de todos, en los de su Facultad y en los de otras Facultades. Ello le proporcionó algunos disgustos, pero es acaso, no por oculto y acaso también por ignorado, su mayor timbre de gloria como Profesor. Yo podría explicar por haberlo vivido a su lado y ser en parte, en cierto modo su ejecutor, las incidencias mil de cada local, casi de cada piedra, de nuestra Facultad. Muchos son los Profesores que han protestado de sus locales asignados, muchos de *verdad,* algunos "por el buen parecer", pero pocos que pusieran en juego tantas energías y comprometiesen incluso tantas amistades, ninguno. Aceptó provisionalmente en sustitución de los suyos —casi un verdadero antro— unos locales en la Facultad de Medicina, en el lugar que hoy ocupa remozado el Departamento Central de Rayos X, y allí los alumnos, individualmente, durante todo el curso, él personalmente junto con su Au-

xiliar, doctor Sanclemente, daba sus prácticas en la forma ya aludida; éstas versaban sobre Operaciones de Galénica y, dándose cuenta de la evolución de la Farmacia, instituyó unas lecciones prácticas de Análisis de Medicamentos, con un criterio químico-farmacéutico exacto, conciso y perfecto. En la Universidad creyó que la enseñanza tenía que primar sobre lo superfluo y no dudó en sacrificar la antigua sala doctoral, suntuosa, de proporciones parecidas al actual Paraninfo, en Laboratorios para la Facultad. Cuando la Escuela de Ingenieros se trasladó a la Universidad Industrial y hubieron sido satisfechas las más perentorias necesidades de las Facultades de Farmacia y Ciencias, sólo entonces se restableció, en parte de aquélla, lo que es hoy "Aula Magna". No muchas, porque no eran muchos los alumnos que hicieran el doctorado, pero sí, dirigió varias tesis doctorales de Farmacia y de Ciencias y algunas —a lo menos yo sé de una— que se aprobó con la máxima calificación en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Era un poco escéptico en lo que se refiere a la investigación, y empleaba esta palabra muy pocas veces; sólo la empleaba cuando se trataba de la investigación, pudiéramos decir, con mayúscula, a cuyos servidores admiraba y favorecía; díganlo sino su amistad y admiración por Enrique Moles y por Pascual Vila. Creía que muchos trabajos que pomposamente se llamaban de investigación, no eran más que ejercicios, meritorios eso sí, por lo que tenían de aprendizaje de técnicas y de manejo de aparatos, pero con escasa trascendencia científica. Con su fina ironía recordaba la definición que de la droga daba un farmacólogo —por cierto premio Nobel de Farmacología— "a toda sustancia que inyectada a un cobaya da lugar a un artículo de revista —no creía que todo trabajo que diera lugar a un artículo de revista— fuese sólo por ello, un trabajo de investigación", si no tenía interés científico (investigación básica), interés práctico (investigación técnica) o interés múltiple (investigación social). La investigación para él, tenía que ser fundamentalmente vocacional y organización en equipo, no sólo aparato burocrático —¿caeremos en la trampa?—.

Cuando niño tuvo mucha facilidad para el estudio; basta indicar que a los 13 años era Bachiller. La formación que ya Bachiller supieron darle su padre y su tío, el Obispo que fue de ésta diócesis doctor Catalá, le permitió licenciarse en Farmacia a los 19 años y antes de cumplirse dos meses de la licenciatura, ingresó en el Cuerpo de Sanidad Militar, por oposición y con el número 2. A los 21 años se licenció en Ciencias.

Durante los 10 años que perteneció al Cuerpo, actualmente de Farmacia Militar, dio muestras inequívocas de su preparación profesional, en el Laboratorio Central de Medicamentos en Madrid y en la farmacia del hoy derruido Hospital Militar de la calle de Tallers en esta Capital —hoy plaza de Castilla—.

Dos cosas voy a recordar sólo de su

actuación en el Cuerpo; la obtención de varios cientos de kilos de salicilato de bismuto con que abastecer a nuestro Ejército durante la última campaña de Cuba y Filipinas y su repatriación, en la que consiguió vencer las dificultades que ofrece su preparación en grandes cantidades, gracias a poseer en alto grado al ya aludido "sentido común químico", resolviendo con ello un importante problema a las autoridades militares.

El nitrato argéntico se obtenía casi siempre atacando plata no pura y eliminando el cobre en la forma que todos los textos indican de fundir la mezcla de ambos nitratos. El doctor Soler Batlle demostró que en esta fusión se pierden cantidades regulares de plata por descomponerse también su nitrato de manera análoga a como lo hace el cúprico, consiguiendo recuperar importantes cantidades de nitrato argéntico de los residuos de óxido cúprico existentes en el Laboratorio Central, procedentes de operaciones anteriores; la plata era entonces, y ¡ay! también ahora, casi metal precioso. Esta observación práctica no consta en las obras de Química Inorgánica, a pesar de ser lógica y natural, ya que plata y cobre son dos elementos casi hermanados en varias de sus propiedades por pertenecer al mismo grupo del sistema periódico.

Abandonó, después de 10 años de servicios, la carrera militar, en parte para no desplazarse de Barcelona. Presidió como farmacéutico, como hemos indicado ya, la repatriación de los soldados de Cuba y Filipinas, que se hizo principalmente por los puertos de La Coruña y de Barcelona, y era el Hospital Militar de la calle de Tallers su primer destino provisional, y desgraciadamente para algunos, su último y definitivo destino. Recuerdo, porque estas cosas hacen impresión siempre, a las mentes juveniles, la estampa de la repatriación, que algunas veces nos contó como testigo presencial o por referencias directas. El relato bien pudo ser. Soldados casi todos enfermos o heridos sin poder dar casi un paso de la pura anemia, mal trajeados, *en rayadillo,* a quienes al embarcar les daban un tubito para ir a chupar agua de unos depósitos de hierro ubicados en la cubierta del buque. Durante la travesía, todas las mañanas eran arrojados varios cadáveres de soldados por la borda. Se oían las salvas del postrer adiós. Se oía el choque de los cuerpos contra las aguas. No es difícil imaginarse el terror de los soldados. ¿Quién sería el próximo? Morir cuando ya habían terminado las penalidades de la guerra, los horrores y el espanto de los combates. Morir en el umbral mismo del hogar. Y cuando aparecieron las costas de la Patria y esperaban que los hombres que se *redimieron,* que se *quedaron* en el hogar, mientras ellos sufrían y morían por todos, les esperarían con los brazos abiertos y se oirían los alegres compases de las charangas, nadie absolutamente nadie, sólo la fría recepción oficial y obligada. Les había faltado todo, todo menos "el valor".

Esta estampa trágica es la que dio lugar, como es bien sabido, a la ge-

neración intelectual llamada del 98, y si yo que llegué a conocer hasta donde es dable, la intimidad del pensamiento de Soler Batlle, libado día a día, observación tras observación, anécdota tras anécdota, enseñanza tras enseñanza, confesión tras confesión, tuviera que adscribirle a un credo político o a un ideario determinado, él, que públicamente no profesó ninguno y que llegó a rechazar su inclusión en candidatura para diputados a Cortes por Barcelona, sin compromiso político previo, no dudaría un momento en adscribirle, aunque no fuera más que por su semejanza, con el ideario de aquellos hombres que soñaron en regenerar a España por el trabajo, la despensa y la cultura.

Si actuó en el Cuerpo de Sanidad Militar con cariño y eficiencia, tuvo también la satisfacción de que los farmacéuticos militares fueron considerándole siempre como un compañero y compañero distinguido, y siempre tuve para mí la sospecha que a indicación de éstos se debió su elevación al Vice-rectorado de la Universidad de Barcelona en los tiempos de la Dictadura, durante el gobierno del General Barrera como Capitán General de la IV Región Militar.

Al abandonar la carrera militar ejerció la profesión en su oficina de farmacia de la calle Mayor de Sarriá durante 8 años. Quienes le vimos trabajar en el laboratorio comprendemos perfectamente la escrupulosidad con que debió ejercerla en su forma típica vigente aun en aquellos años, pero aun ejerciendo la profesión —más esclava entonces que ahora—, no abandonó nunca la Universidad, a la que ingresó posteriormente como ayudante y más tarde, previa oposición, como Catedrático de Farmacia Práctica, nombre con que se llamaba entonces lo que hoy es Farmacia Galénica. Soler Batlle como hemos dichos insertó en su programa unas lecciones sobre análisis de medicamentos, principalmente orgánicos, de capital importancia en la farmacología de entonces, por notar la insuficiencia de los alumnos en esta materia.

Todos los farmacéuticos fueron amigos de don Enrique, y él lo fue de todos ellos y de cuantas personas tuvieron la dicha de tratarle; pero fue amigo de verdad, justo y siempre desinteresado, lo mismo en las satisfacciones y alegrías que en los disgustos y desgracias. Siempre tuvo el consejo cabal y oportuno. Y esta amistad individual se manifestó igualmente hacia las colectividades y sus dirigentes, como lo prueba el aprecio que le profesaron la Inspección Provincial de Farmacia y de Sanidad, por la labor realizada durante el tiempo que fue Subdelegado de Farmacia y Vocal de la Junta Provincial de Sanidad; el cariño que le profesaron los Colegios de Farmacéuticos del Distrito Universitario de Barcelona y a cuyos dirigentes resolvió problemas profesionales y sociales de la mayor importancia y en dificilísimos momentos en aquel entonces. Un emotivo acto de homenaje se le tributó el 13 de febrero de 1947 con asistencia o adhesión de todos los que figuraban algo en la vida nacional o local, con

motivo de su jubilación como Profesor Universitario.

Desde que ingresé en la Facultad como Auxiliar fui testigo de su actuación como universitario. En las numerosas Juntas presenciadas, en las que fueron tratados asuntos de la mámixa importancia para la enseñanza, para la Facultad y para la Universidad, el criterio de Soler Batlle expuesto en todas las ocasiones objetivamente y centrado a los verdaderos términos a debatir, se impuso siempre; su palabra resolvía rápidamente los asuntos aunando criterios dispares de los compañeros y casi siempre, por no decir siempre, terminaban las Juntas encargándose él de redactar los acuerdos tomados, según su manera de enfocar las materias tratadas; y en las distintas épocas de su Decanato (lo fue en dos épocas), las Juntas de Facultad se simplificaron, ya que por su autoridad y experiencia, su criterio una vez expuesto, fue siempre aceptado sin reserva por los asistentes. Y no sólo en Juntas de Facultad, sino en Asambleas Universitarias Nacionales, como las promovidas por el Ministro señor Silió a propósito de la Autonomía Universitaria, que hizo exclamar a un universitario ajeno a la Facultad y a la Universidad de Barcelona, "no hay como los boticarios para hallar *soluciones*". Era por lo tanto, hombre de *matiz*, de compromiso.

A la Facultad, al Hospital Clínico, en sus tiempos de farmacéutico del mismo o como Vocal o Presidente de su Junta Administrativa dedicó todos sus afanes durante los 35 años de vida académica. El fue el único catedrático de esta Universidad que durante 7 años aceptó, en bien de la enseñanza, en dar su clase y prácticas en los sótanos prestados del Clínico, ya que no los había *potables* en la Universidad. Pero esta desagradable y enojosa situación acrecentó en él su interés por el asunto locales, y con fuerza de voluntad enorme, trató de convencer a quienes podían resolver tan anómala situación, aunando voluntades y deseos, venciendo dificultades y recelos, consiguió como ya hemos indicado anteriormente, un laboratorio decente para su cátedra sino también para cada uno de sus compañeros de Facultad.

Este asunto de los locales fue el verdadero "leit motiv" de su vida académica, tanto que en el discurso inaugural de curso que por turno riguroso le correspondió, todo él lo dedicó a explicar su gestión como vocal de la Junta de locales, que a su iniciativa se formó, y en su actuación como Vice-Rector y más tarde como Rector, no desmayó en este cometido. A él se debe el primer adecentamiento de la Biblioteca Universitaria con su enorme estantería de hierro de 5 plantas como depósito general de libros. A él se debe la desaparición de aquellos tétricos laboratorios en los que para trabajar era preciso sacar fuerzas de flaqueza, y con gran pobreza y enorme constancia, conseguir algo de lo que es fundamental hacer en enseñanzas experimentales. A él se debe la primera creación de los Seminarios de Letras. Y como trabajo de Sisifo, vio todo esto como esfuerzo casi inútil, pues la gue-

rra lo destruyó casi todo y hubo en la post-guerra inmediata que rehacerlo de nuevo con un diferente planteamiento, pues mayor era el número de alumnos, y diferente el contenido y número de asignaturas que en nuestra sola Facultad pasó de 13 a 22. Y nuevamente un mayor y espectacular salto en alumnado, con otra modificación de planes de estudio que obligó a sus sucesores a buscar cobijo fuera del edificio de la vieja Universidad, instalándose en edificios exprofesos en las alturas de Pedralbes y que también ahora resultan menguados. Yo que he visto en este período de postguerra —por haber sido en parte su colaborador— el trabajo ímprobo para rehacer con la ilusión de un revivir, toda la estructura material de la Universidad, creo que aunque no fuese más que por esta sola actuación merece Don Enrique Soler Batlle nuestra gratitud y un recuerdo perenne de la ingente labor.

El doctor Soler Batlle fue siempre un enamorado de la naturaleza. Creo debió ser su afición al aire libre lo que le indujo a comprar un automóvil que siempre él conducía Su primer coche era un Fiat descubierto con el que se oxigenaba los domingos. Su cariño a los asistentes al Laboratorio de don Ramón Casamada se manifestaba convidándoles a acompañarle en sus excursiones domingueras, y más frecuentemente a Raurich y a mí. La salida en pleno invierno era a las cinco en punto de la mañana. Y bien abrigados, con la bufanda hasta las narices (nosotros, no él) por el frío y por el aire helado producido por la marcha del coche, recorríamos las carreteras de Cataluña y deteniéndonos a desayunar o comer en cualquiera de los pintorescos pueblos de las sierras y regresar unas veces al mediodía y otras al atardecer a la Capital. Siempre el objetivo y lugar de destino era un fin cultural. ¡Y cuántas cosas aprendimos en aquellas excursiones!

Con lo dicho ya se deduce que era poco amigo de encerrarse los domingos en locales públicos, pero un domingo invitó a Raurich y a Cardona a ver en Novedades una película sobre la fábrica de automóviles Studebacker. Y los comentarios a la película —después de su proyección— fueron también pródigos en enseñanzas. Así era el maestro Soler Batlle.

Igual que Casamada, fue partidario de la autonomía de la Universidad de Barcelona en lo que tenía de puro y de universitario, e incluso pronunció en la Sala de Consejos de la Universidad, una Conferencia en un ciclo organizado a propósito, y fue delegado de la Facultad de Farmacia en la Comisión o Ponencia encargada de redactar el proyecto de estatutos, formó parte del "II^on^ Congrès Universitari Català" y de su Comisión permanente presidida por Pi y Suñer, pero se apartó del movimiento pro-autonomía y del Patronato que la rigió, al politizarse éste en forma partidista, pero ¿es que en los años de la guerra civil, y aun unos meses antes, hubo en Barcelona verdadera Universidad? Yo he leído, escrito por autoridad académica, que Soler Batlle se separó del Patronato al sospechar que éste pretendía

minimizar los estudios de Farmacia apeándolos de su categoría de Facultad Mayor, pero en honor a la verdad he de decir que si hubiera existido este propósito y aun me atrevo a decir que si Soler Batlle hubiera tenido esta sospecha, yo me hubiera enterado. ¡Nunca oí cosa semejante!

Puntualicemos en poco más su conducta durante el tiempo de la Autonomía Universitaria en su relación con la Facultad. La Facultad de Farmacia fue la menos politizada de todas, por cuanto la mayoría de sus alumnos procedían de regiones fuera del área lingüística del catalán. Por mutuo acuerdo de alumnos y profesores, las clases teóricas se desarrollaban en castellano, y las prácticas y las relaciones alumno-profesor en el idioma nativo del alumno. Las juntas de Facultad indistintamente en catalán o castellano, y las actas y comunicaciones oficiales de la Facultad se redactaban en ambos idiomas, y los exámenes en el idioma de preferencia del alumno. En realidad no hubo nunca problemas, quizá también porque muchos alumnos —por desgracia— aspiraban sólo al aprobado procurando pescar en el río revuelto de las pasiones universitarias. Y permitidme referir una anécdota de examen en un tribunal presidido por Soler Batlle y del que yo también formaba parte. Un alumno dijo querer examinarse en castellano.

Profesor: "Alcaloides de la belladona".

Alumno: Los alcaloides de la belladona son... son... No; prefiero examinarme en catalán.

Profesor: Bé (acentuando exageradamente la fonética catalana), "Alcaloides de la belladona".

Alumno: Els alcaloides de la belladona son... son... (pausa y silencio prolongado).

Profesor Soler Batlle (el alumno quizá no captó la ironía): "Pot retirarse". "Puede usted retirarse".

Y lo más desmoralizador es la segunda parte, ya que en junio de 1939, esta vez vestido en flamante uniforme y boina al hombro, se presentó el mismo alumno, bastante altanero, a sufrir examen, esta vez el examen fue escrito, por imposición oficiosa y logró finalmente pescar en río revuelto. Ciertamente no *todo* lo que fue en contra de la Universidad Autónoma fue *puro;* hubo mucho, de intereses no confesables entre los alumnos y sus familiares, que crearon una atmósfera que fue *hábilmente* aprovechada; la frustración de esta *experiencia* nos ha llevado 30 años de retraso, pues ahora se empieza de nuevo, con moldes muy parecidos.

Yo creo sinceramente que Soler Batlle se desplazó del lado pro autonomía —recuérdese su anterior amistad con los Bosch Gimpera, Balcells, Banús, los Trías Pujol, La Torre, etc.— junto con los Peyrí, Nubiola, Gil Vernet, no por oposición al régimen universitario en sí, sino por el sesgo que tomaba en su conjunto la política catalana, a la que la Universidad de Barcelona se veía forzosamente arrastrada. Era una política general que hizo repetir a muchos, la célebre frase de Ortega y Gaset:

—¡No, no, no es esto! ¡No es esto!

Como Rector le tocó el período de poco lucimiento que va desde las postrimerías de la Dictadura al advenimiento de la República; tuvo que resistir las presiones extremistas de uno y otro bando que ya se iniciaban, y como defensa se refugió en el trabajo estricto en lo concerniente a su querida Universidad.

Ingresó en la Academia de Medicina el 9 de abril de 1922 con un discurso titulado "Algunas consideraciones sobre las Farmacopeas oficiales". No ocupó plaza vacante sino una de nueva creación de las diez creadas al equiparar en este aspecto la Academia de Barcelona con su homónima la Nacional de Madrid en 1920. Son las farmacopeas de cualquier país, un libro que bajo una aparente simplicidad, encierran una complejidad relativamente grande, y el discurso de Soler Batlle magistralmente expuesto, nos demuestra que una farmacopea oficial no puede convertirse nunca en un libro completo y único, y señala las distintas tendencias que en la evolución de de las distintas farmacopeas se van manifestando, y señala, además, las que a su juicio deberían también manifestarse. Ciertamente, como afirmó el recipiendario en la citada sesión, las farmacopeas oficiales no deben ser el eco de los últimos figurines de la moda Terapéutica, pero no deja de ser exacto, que los formularios oficiales adolezcan en todas partes del defecto de anticuados.

Si en abril del 1922 ingresó en la Corporación, en 27 de octubre de 1924, sólo 32 meses después, era elegido Vice-Presidente de la misma; reelegido en 13 de julio de 1927 y también en las elecciones reglamentarias de diciembre de 1928.

Su labor como Vice-Presidente y como Presidente accidental se centró principalmente en lograr la consolidación para el Estado de la propiedad del edificio, que como usufructo, ocupa actualmente esta Real Academia de Medicina y Cirugía. Le ayudaron mucho en esta labor los cargos Universitarios de Vice-Rector y de Rector que ostentó y para los cuales fue nombrado respectivamente en 1927 y octubre de 1930. También le ayudó el profundo conocimiento que tenía por tradición familiar del antiguo Hospital de la Santa Cruz y de su Administración.

Como síntesis de su labor, puede legítimamente decirse que dejó la Universidad de Barcelona mucho mejor que cuando entró en ella como Profesor, y que dejó la Academia de Medicina mejor albergada que en el vetusto caserón de la calle de Baños Nuevos. Con motivo de su jubilación el Jefe del Estado le nombró Rector Honorario y en junio de 1950 fue nombrado Presidente Honorario de los cinco Colegios Oficiales de Farmacéuticos del Distrito Universitario de Barcelona y se creó un Premio anual que lleva su nombre.

A la liberación fue nombrado de nuevo Decano, cargo que conservó hasta su jubilación, negándose a ser prorrogado en el mismo. Fue también nombrado Administrador de la Universidad, del que dimitió pronto al

chocar con criterios inflexibles y él, que no movilizó jamás ninguna amistad para adquirir ninguna distinción, tuvo que apelar a ellas para que le fuera admitida la renuncia. Tal era el alto concepto que de él se tenía en el Ministerio.

Conferenciante ameno, fueron muchas las que pronunció a requerimientos de Corporaciones o Entidades, pero me quiero referir especialmente a una, pronunciada en junio de 1940 presidida por el Ministro de Industria y Comercio, señor don Luis Alarcón de La Lastra. Esta conferencia que formando parte de un ciclo bajo el lema "Problemas técnicos de importancia económica en la nueva organización de España" tenía por título "Industria farmacéutica"; tuvo mucha resonancia y fue muy diversamente discutida. Se le achacaba principalmente —por algunos sectores farmacéuticos— el haber denunciado ante las máximas autoridades *ejecutivas,* ciertos abusos en la preparación y propaganda de las especialidades farmacéuticas que rozaban los preceptos de la economía, de la moral y de la ética profesional. Propugnó por una regulación *restrictiva* en la industria de especialidadades medicinales. Llegó a indicar que esta industria no era autárquica, porque dependía en gran parte de entidades y capitales extranjeros; no lo era, porque una parte muy importante de su producción se basaba en el empleo de materias importadas; y sobre todo, aunque estuviese toda ella en manos de españoles y no necesitase importar primeras materias, su contribución a la autarquía del país sería muy exigua, porque una gran parte de las especialidades que producía era tan *innecesaria,* que su falta en tiempo de conflicto perjudicaría únicamente a sus preparadores y vendedores.

Ciertamente el panorama ha cambiado mucho desde 1940, en el que predominaba una orientación económica en sentido rigurosamente autárquico, y sobre todo, porque los progresos de la técnica y los descubrimientos de *fármacos de indudable eficacia,* han hecho que la industria farmacéutica actual no pueda ser completamente independiente, quizá en ningún país, pero el fondo del problema continúa siendo el mismo, y la necesidad de reglamentar en sentido restrictivo, el número y la propaganda muchas veces guiada sólo por un excesivo afán de lucro, de las especialidades farmacéuticas, continúa siendo un tema *rabiosamente actual* y *polémico.* Quizá la difícil fórmula; ni *autarquía* ni *colonialismo excesivos,* fuera la ideal.

Después de la jubilación menudeó más frecuentemente sus retiros en Santa Fe del Montseny, cuya "*muntanya de amatistes*", como la llamara poéticamente Guerau de Liost, conocía palmo a palmo, y allí conversador infatigable y ameno, departía con todos; de todos aprendía, y a todos enseñaba, exhumando los arcanos de su memoria prodigiosa.

En 21 de enero de 1951 falleció en nuestra Ciudad víctima de rápida cardiopatía. Por su expresa voluntad no se hizo pública la hora del entierro, pero la triste noticia de su muerte

corrió rápidamente entre amistades y profesionales y una gran manifestación de duelo se formó presidida por el Gobernador Civil, señor Baeza Alegría, quien ostentaba la representación, oficial y particular del Ministro de la Gobernación, doctor don Blas Pérez González, su antiguo compañero de profesorado.

En el vestíbulo de la vieja Universidad le fueron tributados los últimos honores, en medio de un impresionante y emotivo silencio. Pero su recuerdo perdura...

APENDICE

No precisamente en la Sección de Farmacología y Terapéutica, sino en la I.ª de Anatomía y Fisiología ingresó en la Real Academia en 1925 el doctor don Manuel Saforcada Ademá; era médico, pero era también farmacéutico, si bien, sin ejercer directamente esta profesión que no obstante le apasionaba, y es muy posible que su vinculación a la Terapéutica estuviera influenciada por las materias de nuestra profesión. Se licenció en Medicina en 1901 y en Farmacia en 1903; alumno de Casares y ya hemos indicado rindiendo culto a la amistad, los lazos que le unían con todos los de su escuela. No faltaba nunca a las reuniones *campestres* que al finalizar el curso ordinariamente celebraban —celebrábamos— todos los del "clan" de Casamada.

Fue Profesor de Terapéutica con el Marqués de Carulla en una auxiliaría compartida con la de Medicina legal. Al desdoblarse (1907) estos cargos eligió esta última disciplina que explicó junto al Profesor Valentí Vivó. Durante este tiempo y debido a sus profundos conocimientos de Medicina legal no le fue difícil obtener, por oposición (1909) una forensia de Barcelona, que le permitió intervenir en todos los casos de relieve médico-forense de la Ciudad. La incompatibilidad marcada por el Ministerio de Instrucción para simultanear el ejercicio de la Cátedra, para la que fue nombrado en 21 de febrero de 1923, con las actividades estatales, le obligó a dejar la forensia en el orden oficial. No obstante, en el terreno práctico continuó siendo el asesor nato de sus compañeros de especialidad.

En la Academia ocupó el sillón número 4, en el que sucedió al Profesor Calleja, de Histología y Anatomía patológica; creó en colaboración con el sucesor de éste en la Cátedra, el Profesor A. Ferrer Cajigal, los "Anales de Medicina Legal, Psiquiatría y Anatomía patológica" (Barcelona, 1933), en el que recogió parte de su labor. Tradujo la Medicina Legal de Vibert. Fue también miembro fundador de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología (1911) dentro de la Academia de Ciencias Médicas, y Vocal de la Junta de Estudios Penitenciarios y Rehabilitación del delincuente.

Fue muy copiosa y apreciada su labor en la Academia, de la que era uno de sus más asiduos componentes

y por su especial dedicación muy numerosos los dictámenes en los que intervino, bien de orden laboral bien de orden forense.

Nació en Viella (Lérida) en 21 de noviembre de 1877 y murió en Barcelona en 29 de noviembre de 1968. Hasta poco antes de su muerte frecuentaba asiduamente la Academia.

* * *

En el telón de fondo de la Farmacia barcelonesa, en estos doscientos años —con sus miserias y grandezas— rutilaron los que en la Oficina, en el Laboratorio, en la Industria, en la Cátedra, se hicieron dignos de compartir, con sus compañeros médicos las tareas, siempre honrosas, en pro de la Medicina Catalana, confiados a la Real Academia de Barcelona.

Tratamiento Farmacodinámico con Vit. B_6

TRIFORTAL

estabilidad vital

COMPOSICION

1 cápsula contiene:

Clorhidrato de Piridoxol	350 mg.
5'-fosfato de Piridoxal	75 mg.
Clorhidrato de 5'-fosfato de Piridoxamina	75 mg.

PRESENTACION

TRIFORTAL
frasco de 20 cápsulas

Novofarma S.A.

Madrid. Apdo. 21009 - Barcelona. Apdo. 1415

UTILIDAD DE LAS SESIONES INTERACADÉMICAS O CONJUNTAS DE LAS REALES ACADEMIAS DE MEDICINA, CIENCIAS Y FARMACIA (*)

B. RODRÍGUEZ ARIAS
(Académico Numerario)

Se trata únicamente —a mi juicio— de una reinstauración, quizá más bien reanudación "in partibus", de una vieja actividad cultural, extinguida por la fuerza de lo que sucedió en una época marcadamente convulsa, y de una idea, apenas germinada y luego defendida.

Ya que el 14 de diciembre de 1931 celebraron una auténtica sesión interacadémica las 4 Reales Academias existentes, a la sazón: Real Academia de Buenas Letras, Real Academia de Ciencias y Artes, Real Academia de Medicina y Cirugía y Real Academia de Bellas Artes, todas de Barcelona.

Nuestro majestuoso hemiciclo o salón Gimbernat —que ensalzamos a diario sin reparo y que nos place sin cansarnos jamás— acogió a los Miembros e invitados de las, hoy, bicentenarias Corporaciones doctas de la urbe y a los representantes de las autoridades y organismos o grupos culturales varios.

He querido repasar la lista de los presentes —por su delegación más calificada— en el solemnísimo acto. Viven, todavía, gracias a Dios, los profesores Fernando Casadesús Castells, Antonio Salvat Navarro, Francisco Carreras Verdaguer, Fernando Palomar Collado, Antonio Peyrí Rocamora, José Puche Alvarez y Joaquín Salarich Torrents.

Todos prácticamente son Académicos Numerarios, Honorarios o Correspondientes Nacionales de esta Real Academia de Medicina y bastantes —vale la pena advertirlo en 1971— redactores, entonces, de dos Revistas médicas de singular empuje y trascendencia científica dentro y fuera del país: "Revista Médica de Barcelona" (Carreras, Palomar, Peyrí y Puche) y "Ars Médica" (Salarich).

Recibió y saludó a los concurrentes —que llenaban el hemiciclo— el profesor y gran maestro Augusto Pi Suñer, por ser el anfitrión de un conclave de próceres y gente selecta, y leyó el que me atrevería a denominar

(*) Sesión del día 9-XI-71. — Comunicación anunciada y no leída.

ritual oración literaria de la festividad "nostras", titulada "Metges filòsofs i metges artistes", el profesor Jaime Peyrí Rocamora. Este otro maestro, de una erudición suspirada e innovador contumaz de la Dermatología patria, justificó en verdad la importancia de la reunión conjunta al saber hermanar tendencias mixtas en numerosos científicos y profesionales del sublime arte de curar.

Pi y Suñer, hijo, padre, hermano y deudo de personalidades médicas de excepción —debo recordarlo, como un tributo más a su valía— fue un benemérito y soberbio Presidente de esta Casa, el que se posesionó de un histórico edificio médico y dio novel impulso a las actividades científicas y misionales del glorioso Organismo fundado en 1770. Y Jaime Peyrí, el padre, eficacísimo y magnífico sucesor en la alta jerarquía de la grey del imponente Augusto, tan venerable como él e inmerso también en una dinastía de médicos sobresalientes, participó mucho en la salvación del inmueble y del nutrido elenco de socios de los avatares de una catástrofe bélica y de una postguerra harto difícil de conllevar.

El palacio, declarado histórico-artístico, que es nuestra morada oficial desde 1929, escapó de la furia de las masas iconoclastas y las listas de Académicos se mantuvieron sin tilde.

La conflagración no alteró o no modificó, pues, la estructura de un domicilio creado en tiempos de Carlos III y la función imperecedera de un Organismo Consultivo del Estado, que habían sorteado guerras, revoluciones, epidemias graves, cambios políticos, etc.

Esa generosa y liberal reunión de 40 años fecha constituye una bella muestra de actividad "en equipo", de sapiente inquietud en las metas reglamentarias de Academias en plena vigencia de sus designios y una lección, ayer y hoy, de ponderación cívica y de adelantamiento técnico.

Dado que el "aislacionismo" —egoísta y mórbido— de los pueblos y de las instituciones entendidas se observa, por desgracia, acá y acullá.

Y asimismo, la "insolidaridad de las corporaciones", peligro y dificultad tan a flor de labios, siempre, de nuestro último y grandilocuente Presidente, el profesor Agustín Pedro Pons. Solía decir —y tenía razón— que llegaba a esterilizar un montón de trabajos y de propósitos de origen y de secuela o frutos mutuos.

Juntarse o deliberar conjuntamente una vez al año y procurar —en lo factible y lógico— la organización de una entidad supra-académica de 4 brillantes y genuinas comunidades regionales, simbolizaba una acuciante necesidad en aquellos tiempos y una mejor intención táctica.

Pero es que esa clase de sesiones interacadémicas lograrían realzar, superiormente, v. gr., los homenajes "in memoriam" o acaso en vida de los socios conspicuos que usufructuaron poltronas o las disfrutan en una o más de las Reales Academias barcelonesas.

Perpetuamente ha habido Miembros de una de las Corporaciones que lo

eran, por un igual, de otra u otras, dicho de forma relevante, bi o tri-académicos.

Aunque de la misma suerte las cuestiones doctrinales interacadémicas, por sus fundamentos teóricos, por su óptima o legítima calidad de sugerencia espontánea a los poderes públicos, por significar una buena respuesta a las consultas dirigidas por los departamentos de la Administración del Estado, etc., favorecían lo tempestivo y acertado de un intercambio de pareceres de muchos y diversos entes ilustrados.

Pasados unos cuantos lustros, soportados los azares de una nueva contienda bélica mundial y vistos los asombrosos progresos de la técnica, que el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades humanas explota en las novedades de positivo valor, en magnificencia casi apoteósica los postulados higioprofilácticos y preventivos de las dolencias subsidiarias de la civilización occidental, entre un cúmulo inacabable de problemas médicos, los frecuentes contactos de facultativos de todas las ramas científico-biológicas se pueden estimar de una vigencia tajante y encima aleccionadores, cual antaño.

Una poco menos que neófita Academia, la de Farmacia, ha venido a engrosar el índice de lo que se iba estableciendo por quehacer obligado en el siglo XVIII, de apuros profesionales y de hipótesis.

En fin, recién por cierto (octubre de 1970), los modernizados Estatutos de las Reales Academias de Medicina de Distrito ordenan que se incorporen —en la proporción de uno por cada cuatro médicos— al "numerus clausus" de Académicos titulares fijado reglamentariamente, individuos que no siendo galenos cultiven una actividad o ejerzan una profesión sanitaria.

Deseo insistir —porque lo he manifestado ya, en bastantes ocasiones— que la trayectoria pujante y muy ubicua de la Universidad, de la mayoría de departamentos burocráticos de la Sanidad pública, de los propios Colegios de Médicos y tal vez algunos más, no menoscaban un ápice las misiones señaladas —incluso hogaño— a las Reales Academias de Medicina, que los jóvenes y los eternos debeladores de la tradición, de la égida sensata o mesurada de nuestros antepasados, de nuestros laboriosos padres y abuelos, fustigan a placer, por vanidad redentorista de los tribunos o por simples pinitos demagógicos de los más inteligentes y amantes de la oratoria de laudos.

Tan sólo la nociva "insolidaridad" de los grupos harto celosos de su cometido o el "aislamiento" regalón e ingénito de los muy temerosos de opiniones justas, podría entorpecer el funcionamiento de una obra múltiple.

Así las cosas, se echa de ver fácilmente —por pusilánimes y egocéntricos que nos sintamos o por comprometidos que resulten los dictámenes más obvios— que la labor presente de las Reales Academias, en limitados y razonados contactos de las de Medicina, Ciencias y Farmacia, ha de ser palpablemente útil.

Ahora tendremos que elegir, a menudo, farmacéuticos, veterinarios, biólogos, físicos, químicos, etc., y de igual modo afrontar la resolución de dudas o puntos que soslayan un tanto la idoneidad que quepa declarársenos muy liberalmente. La electrónica y la bioquímica, por ejemplo, dominan la escena en la evolución de nuestros conocimientos biológicos y en la fase aplicativa de las ortodoxas medidas sanitarias. Y algo parecido se nota en las demás misiones o gestiones de las restantes Academias legendarias.

La existencia de un idéntico Académico Numerario, personalmente, en dos o tres de las Academias mencionadas subraya muy objetivamente la utilidad de las eventuales sesiones interacadémicas proyectadas.

Es más, un agrupamiento —reglamentado— de las tres Corporaciones y "per accidens" de las otras dos, cuadraría a la finalidad que propugnamos, siquiera en la Real Academia de Medicina.

Yo creo, estimándolo a lo subjetivo, que las tres Academias de la rama científica "vera efigies" del saber, habrían de preparar y llevar a feliz término en adelante estos tipos de sesión conjunta:

a) Las muy solemnes "in memoriam" de los vates y maestros en sabiduría y universitarios, de las aulas, no declaradamente unifacéticos.

b) Las de estudio de problemas básicos y de importante aplicación sanitaria, cuyos efectos o resultas no pequen de unilateralidad.

c) Las de simple trámite de intercambio de directrices o de fallos, no exclusivas por su naturaleza de cada una de ellas.

Y, por añadidura, últimamente, las de homenaje en vida de patricios u hombres singulares enaltecidos por doquier.

De contemplar a este tenor el panorama intercorporativo que nos brinda, en los días que van transcurriendo, lo opugnable y lo que debe refrendarse del progreso técnico, de la crítica histórica y de la salud ambiental, v. gr., habremos establecido sin más un plan incoativo, lo urgente de momento.

Dejaremos el "modus faciendi" para una perspectiva inmediata, si lo que expongo gana los sufragios mayoritarios "inter nos".

Tras la aprobación, naturalmente, del Reglamento Interior complementario de los Estatutos vigentes.

ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA

1 9 7 1

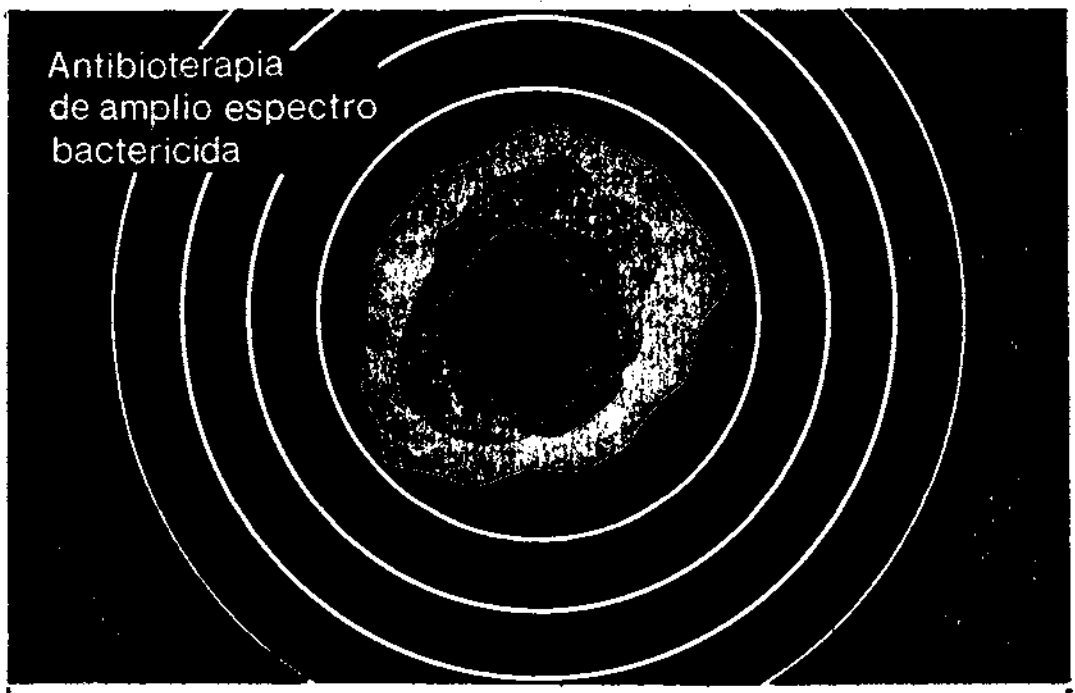
Volumen LI - Año XLVII

INDICE DE AUTORES

INDICE DE MATERIAS

ANALES DE MEDICINA
Y CIRUGIA

N.º 226 Octubre-Diciembre 1971



AMPINOVA-GAMMA

INYECTABLES

	-250-	-500-
COMPOSICION:		
Ampicilina sódica	250 mg.	500 mg.
Gamma globulina	50 mg.	50 mg.
Excipiente apirógeno	4,5 c. c.	4,5 c. c.

PRESENTACION:
Frasco-vial de 250 y 500 mg. con ampollas de disolvente idóneo.

AMPINOVA

CAPSULAS

COMPOSICION:

Ampicilina Trihidrato	250 mg.
Excipiente, c. s. p.	1 cápsula

PRESENTACION:
Frasco con 16 cápsulas.

laboratorios cheminova española, s.l.

C/ Jose Picon, 9 - MADRID - 2